EL PODER DE LOS PAPAS



LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES



TYPVS ORBI
AMERICA SIVE IN DIA NOVA. Ao 1492. a Christophoro Colombo nomine regis Castellæ primum detecta.
CIRCVLVS ARCTICVS
Noua Fran cia.
Chilaga
Estotilant.
Florida.
Peru.
Brasil
Amazones.
Chile.
Chica.
Caribana.
Hispania noua.
TROPICVS CANCRI
MAR DEL NORT
CIRCVLVS AEQVINOCTIALIS
MAR DEL ZVR
TROPICVS CAPRICORNI.
EL MAR PACIFICO
Hanc continentem Australem, nonnulli Magellanicam regionem ab eius inuentore nuncupant.
CIRCVLVS ANTARCTICVS.
Terra del Fuego
TERRA AVSTRA
190 200 210 220 230 240 250 260 270 280 290 300 310 320 330 340 350
QVID EI POTEST VIDERI MAGNVM IN
OMNIS, TOTIVSQVE MVNDI NO



S TERRARVM
NTRIO.
Tartaria
EVROPA
ASIA
Mongol.
Carthaio
China.
Turcheſtan
Perſia
India orien
talis.
Arabia.
Natolia
Aegyptus
AFRICA.
Agiſymba
Nubia
Abiſſini
Manicongo.
OCEANVS AE
THIOPICVS.
MAR DI INDI
Lantchidol
mare.
Pſitacorum regio.
LIS NONDVM COGNITA.
IDIES.
REBVS HVMANIS, CVI AETERNITAS
TA SIT MAGNITVDO. CICERO:


LOS GRANDES
IMPERIOS
Y CIVILIZACIONES

EL PODER DE LOS PAPAS

VOLUMEN 10

LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES

Realizada por la División Grandes Obras de SARPE

Coordinación:
Amelia Alas.

Diccionario Histórico y Artístico,
Eduardo Vázquez, catedrático.
Concepción Aguilera y Concepción Olmeda, licenciadas en Historia.

Diseño y maquetación:
Pablo Hidalgo.

Maquetación:
Eduardo López, Miquel Porres.

Documentación:
Museo de América, Museo Arqueológico Nacional, Museo de Arte Contemporáneo, Museo Nacional de Artes Decorativas, Museo Nacional de Etnología, Museo del Prado, María Izard, Susana Sánchez de Ron, Lucía Sánchez-Piñol, Archivos Gráficos de SARPE.

Edita:
SARPE (Sociedad Anónima de Revistas, Periódicos y Ediciones), Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.

Imprime:
ALTAMIRA, S. A.
ISBN: 84-7291-724-X (Obra completa).
ISBN: 84-7291-757-6 (Tomo X).
Depósito legal: M. 3633-1985.
Printed in Spain - Impreso en España.

Ilustraciones:
Portada: *El encuentro de los peregrinos con el papa Ciriaco* (1493).
Vittore Carpaccio (Venecia, Gallerie dell'Accademia).
Contraportada: El papa Gregorio VII, pintado en cobre (Italia, Museo de la Catedral de Salerno).
Páginas 2-3: *Entrada de Carlos V y del papa Clemente VII en Colonia.*
Juan de la Corte (Toledo).
Página 5: San Ildefonso y Calixto III (Valencia, Colegiata de Játiva).



LOS PAPAS, ENTRE EL PODER TEMPORAL Y EL PODER ESPIRITUAL

El *Liber pontificalis* inicia la lista de los pontífices con San Pedro. Pues bien, desde los oscuros tiempos del antiguo pescador, más tarde fiel seguidor de Jesús y finalmente «príncipe de los apóstoles» hasta hoy, han transcurrido cerca de dos mil años. ¿Cómo ha podido mantener su vitalidad esta institución en el transcurso de un tiempo tan dilatado?

UNA INSTITUCION PERDURABLE

No olvidemos que el papado se puso en marcha en tiempos del Imperio Romano, atravesando, sin apenas rasguños, no sólo su ruina, sino la de otros muchos imperios, formaciones sociales y civilizaciones que se sucedieron a partir de aquellas fechas en la historia de Europa y del mundo. Sufrió duros embates en el siglo XVI, recibió golpes terribles de la Revolución francesa, hubo de competir con nuevas doctrinas, como el liberalismo y el marxismo. Todas las dificultades que se fueron presentando, sin embargo, pudieron ser en última instancia superadas. El creyente encontrará la razón de esta resistencia en el carácter divino de la institución, inspirada y sostenida por el Espíritu Santo. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no podrán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares sobre la tierra, quedará atado en los cielos; y cuanto desatares sobre la tierra, quedará desatado en los cielos» (Mateo, 16, 18-18). En esas palabras, pronunciadas por Jesucristo y recogidas en el Evangelio de San Mateo, se halla el fundamento del primado de Pedro, luego transmitido a sus sucesores.

EL DOMINIO ABSOLUTO

Ahora bien, la institución que dirige los destinos en este mundo de la grey católica y a cuya cabeza se encuentra, como pastor supremo, el vicario de Cristo, ha experimentado en este largo peregrinar desde los días de San Pedro notables transformaciones. ¿Cómo no percibir la distancia que hay entre la coronación de Carlomagno del año 800 y la de Napoleón Bonaparte del año 1804? En la primera, el papa León III colocó la corona sobre la cabeza del rey franco. En 1804, por el contrario, Pío VII fue un mero espectador, pues el propio Napoleón colocó la corona sobre sus sienes. Si nos situamos en otra perspectiva, ¿no captaremos asimismo el abismo que separa a Inocencio III, reclamando a comienzos del siglo XIII la «plenitud del poder», y dirigiendo en todos los terrenos a la cristiandad europea, de Pío IX, arrinconado en el Vaticano, condenando a la modernidad de los nuevos tiempos, actuando en todo momento en una posición claramente defensiva?

Los tiempos brillantes, al menos desde la perspectiva de la historia terrenal, se sitúan ciertamente en la Edad Media. Fue la época en que se produjo una identificación entre Europa y la cristiandad. La aproximación de los obispos de Roma a los reyes francos y la restauración del Imperio en la persona de Carlomagno, marcaron el inicio de una colaboración entre las dos espadas, la terrenal (el emperador) y la espiritual (el pontífice). No faltaron las disputas entre ambos poderes, pero en todo momento fueron debates internos a la propia comunidad de los creyentes. En la llamada lucha de las investiduras, tanto papas como emperadores empleaban argumentos tomados de la Biblia o de los Santos Padres.

El gran salto adelante del papado, no obstante, se produjo a partir de la reforma gregoriana, movimiento que toma su nombre del papa Gregorio VII, y que tuvo lugar en el siglo XI. N. Cantor ha dicho de ella que fue «la primera de las grandes revoluciones de la historia occidental». La defensa de la libertad eclesiástica frente a la intromisión de los laicos condujo, no obstante, al triunfo de la teocracia, es decir, el

gobierno sacerdotal, cuya supremacía sobre el poder temporal se juzgaba indiscutible. Los papas, por su parte, dominaban desde tiempo atrás en los Estados pontificios, en los que eran señores temporales como cualquier monarca en su reino. En este camino ascendente del pontificado el punto más alto lo alcanzó Inocencio III. «De igual manera que la luna recibe su luz del sol, así el poder real recibe de la autoridad pontificia el esplendor de su dignidad», afirmaba Inocencio III, señalando con ello la sumisión del poder temporal al obispo de Roma, «plenipotenciario de Aquel por quien reinan los reyes y gobiernan los príncipes, y que da los reinos a quien bien le parece».

EL FIN DE LA TEOCRACIA

Desde los albores del siglo XIV comenzaron a soplar vientos de crisis en la cristiandad europea y en su cabeza rectora. El traslado de la sede de los papas a Aviñón en 1309 (la denominada «segunda cautividad de Babilonia») no sólo suponía su subordinación a los designios de la monarquía francesa, sino más aún, el fin de la teocracia. Los pasos siguientes fueron el Cisma en Occidente (el de Oriente se había consumado con anterioridad) y la crisis conciliar. A mediados del siglo XV los problemas más agudos estaban resueltos. Pero la crisis afectaba al fondo de la propia vivencia de la fe cristiana. El foso que separaba las actitudes evangélicas de las formas de vida de obispos y papas, demasiado apegados a las glorias mundanas, se agigantaba. En ese contexto florecieron las posturas críticas, cuya conclusión fue la reforma luterana del siglo XVI.

Si la llegada de Colón a América abrió grandes posibilidades a la evangelización, el triunfo del humanismo renacentista y, sobre todo, el desgarramiento producido en la cristiandad por la difusión de las doctrinas luteranas tuvieron efectos negativos en la historia del pontificado. El Concilio de Trento, sin duda, fue el instrumento de la reacción católica ante el hecho de la Reforma. En él se procuró reafirmar las señas de identidad del catolicismo. Pero en el fondo, la etapa de la vida del pontificado que se inició a partir de aquellas fechas estuvo caracterizada por el signo del retroceso. A las querellas con los protestantes se añadió la potenciación de las iglesias nacionales, que de algún modo escapaban al control de Roma, y cuyo mejor ejemplo nos lo ofrece el galicanismo.

EL RETO DEL SIGLO XX

Frente a los progresos de la ciencia, la Iglesia católica se mostraba recelosa, cuando no claramente intransigente. Por lo demás, el rebaño se había empequeñecido, debido al avance de las doctrinas protestantes. Los acontecimientos de la historia europea, posteriores a la Revolución francesa, han constituido una auténtica prueba de fuego para la Iglesia católica. La Revolución abrió el camino al liberalismo, que parecía incompatible con las viejas creencias religiosas. Por su parte, el desarrollo del proletariado, consecuencia de la consolidación del capitalismo, daba paso al socialismo científico, el cual consideraba al hecho religioso como una alienación. La lucha por la unidad italiana desembocó en la pérdida, por parte de los papas, de los estados pontificios. Frente a la vieja confusión entre lo temporal y lo espiritual se proclamaba por doquier la independencia del Estado y la autonomía de lo secular.

Sin embargo, la Iglesia superó esa prueba, si bien ampliamente transformada. Los papas habían sido despojados, definitivamente, del poder temporal (si exceptuamos su jurisdicción sobre el minúsculo Estado Vaticano). Había llegado la hora de recuperar su prestigio poniendo el acento en el aspecto espiritual, en su papel como dirigentes de una comunidad de creyentes. Tal es el reto del siglo XX.

Julio Valdeón Baruque
Catedrático de Historia Medieval. Universidad de Valladolid



EL PODER DE LOS PAPAS



En la página anterior: *Una sesión del Concilio de Trento,* por Pasquale Cati (Roma, Santa María in Trastevere).
Abajo: Interior de Santa María Antigua en Roma, un edificio imperial pagano que pasó a ser cristiano.
Derecha: Efigie de San Pedro, grafito paleocristiano de Aquileya. El apóstol llegó a Roma por primera vez en el año 42, pero la eligió como sede propia varios años más tarde. Aquí ejerció su ministerio hasta el 64, año de la gran persecución de Nerón, en que fue crucificado, cabeza abajo, sobre la colina del Vaticano.





Si es verdad que la historia del Imperio romano, y por lo tanto, de Roma, comienza con un par de gemelos legendarios, Rómulo y Remo, amamantados por una loba, de los cuales nada se sabe con certeza, también es cierto que su sucesor, Numa Pompilio, tuvo ya una fisonomía histórica muy precisa y que las etapas que atravesó el Imperio romano hasta su extinción están claramente marcadas por victorias y derrotas militares, y después por una irremediable decadencia de los valores de la sociedad romana.
También la historia del poder de la Iglesia comienza en forma vaga, incierta, legendaria. La Iglesia misma no pierde su tiempo en tratar de construir el pontificado histórico de San Pedro. Tampoco se sabe con seguridad si el primer pontífice, el apóstol Pedro, estuvo alguna vez en Roma, ni cuánto tiempo vivió, ni dónde fue martirizado. Y continúan en la nebulosa los orígenes de la Iglesia: durante tres siglos por lo menos los primeros pontífices son todos santos. En las centurias inmediatas fueron pocos los que no gozaron de esta gloria celeste.

Los orígenes

Pedro, el primer pontífice, es ciertamente un personaje histórico, de cuya existencia y predicación hay pruebas irrefutables, pero en lo que respecta a la fundación de la Iglesia de Roma es un símbolo más que un personaje. Los que le sucedieron (el orden es incierto) son todos santos y mártires, mas en el curso de su vida terrena sólo fueron generosos hombres pobres que en ningún caso tuvieron el privilegio de conocer personalmente a Jesucristo. Fueron personas privadas de un poder efectivo; sobre la base del juicio de los historiadores laicos ninguno de ellos habría pasado a la historia. Los primeros papas (el término papa entró en uso sólo a partir del siglo IV) ignoraron incluso la concepción laica de poder, de dominio. La autoridad de Pedro en Roma, así como la de San Pablo, alrededor de mediados del siglo I, es consultiva. ¿De quién fue consultor San Pedro? Con toda probabilidad, de la persona que los cristianos de Roma habían elegido ya para representarlos, como obispo de Roma. Pedro dice que los pastores «no deben dominar la grey»: y ésta es una parte esencial de su función consultiva. En efecto, en los primeros tiempos de la Iglesia romana, no es posible hablar de poder. Obligada a vivir en las catacumbas, la comunidad cristiana de Roma se las arreglaba para ayudar a los pobres, prometerles la beatitud en el cielo y el derecho a la igualdad, difundir la palabra de Cristo y prepararse para los trabajos forzados y la pena capital.
La extraordinaria rapidez con que el Verbo de Cristo se difundió en el mundo conocido no confirió a la Iglesia de Roma derecho alguno al predominio. Al contrario, la comunidad cristiana de Roma, constreñida por las circunstancias a vivir la fe más que a administrarla y elaborarla, parece menos importante en sentido temporal que las Iglesias de Asia y de Africa. Los romanos de ningún modo reivindicaron su supremacía en la dirección del mundo cristiano.
Sólo en las postrimerías del siglo II es posible entrever la sombra de una política de la Iglesia de Roma. En 189, un africano fue elegido papa, es decir, obispo de Roma, con el nombre de Víctor I. Tuvo la fortuna de que su elección se produjera nueve años después de la muerte del emperador Marco Aurelio, filósofo y resuelto perseguidor de los cristianos. Le sucedió Cómodo, mucho más tolerante que su padre. Marcia, la amante favorita de Cómodo, aunque no renunció a sus servicios de concubina imperial, se declaró abiertamente convertida al cristianismo. Y gracias al pragmatismo del emperador Cómodo («¡Ay de mí, el cristianismo ha entrado hasta en la corte imperial!»), el papa Víctor I obtuvo permiso para enviar un men-

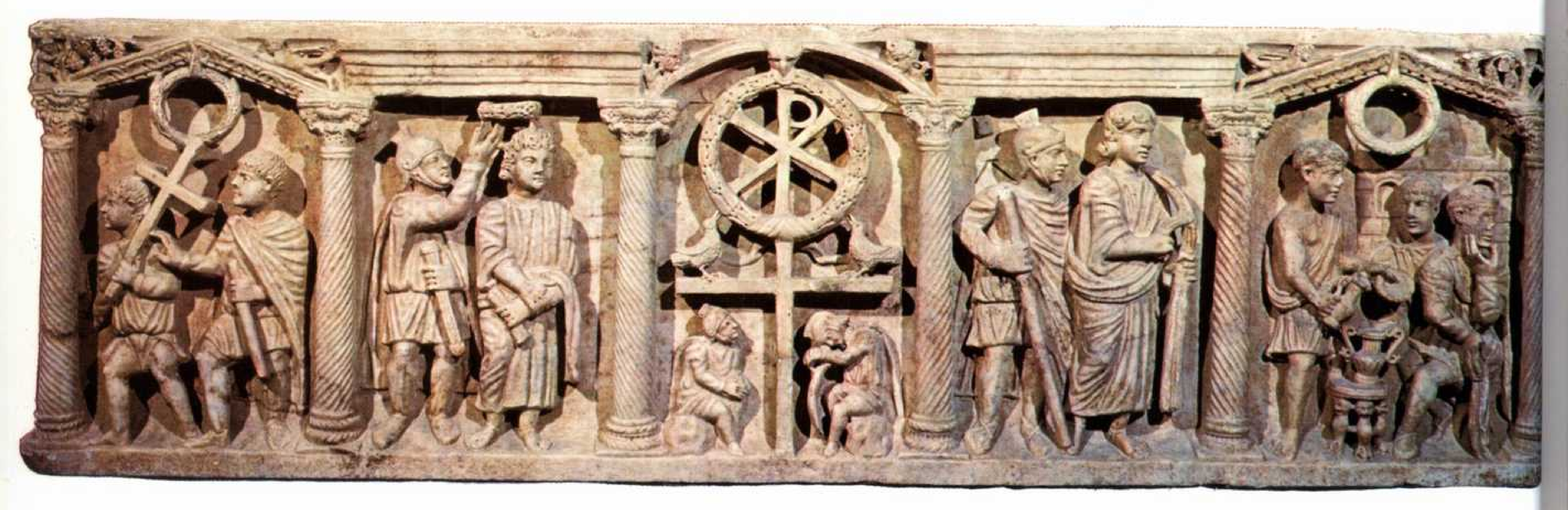


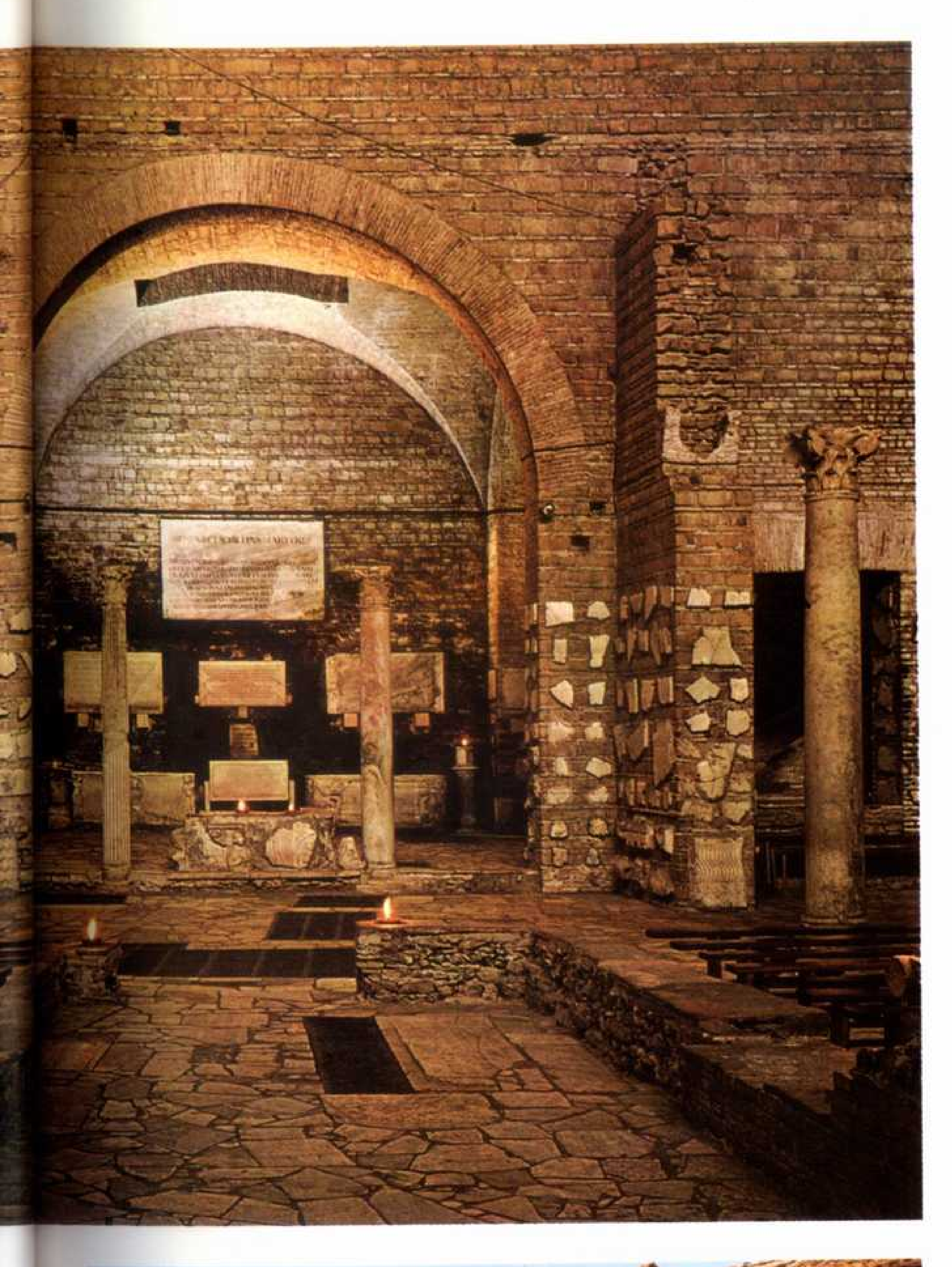
Izquierda: Lápida paleocristiana, siglos V-VII (Londres, British Museum). En los primeros siglos, el arte cristiano fue principalmente funerario. En el centro de la lápida figura el monograma con las iniciales griegas de Cristo. Según la tradición, Constantino ordenó que lo alzaran sobre sus insignias ante la inminencia de la batalla de Puente Milvio (312) contra Majencio.

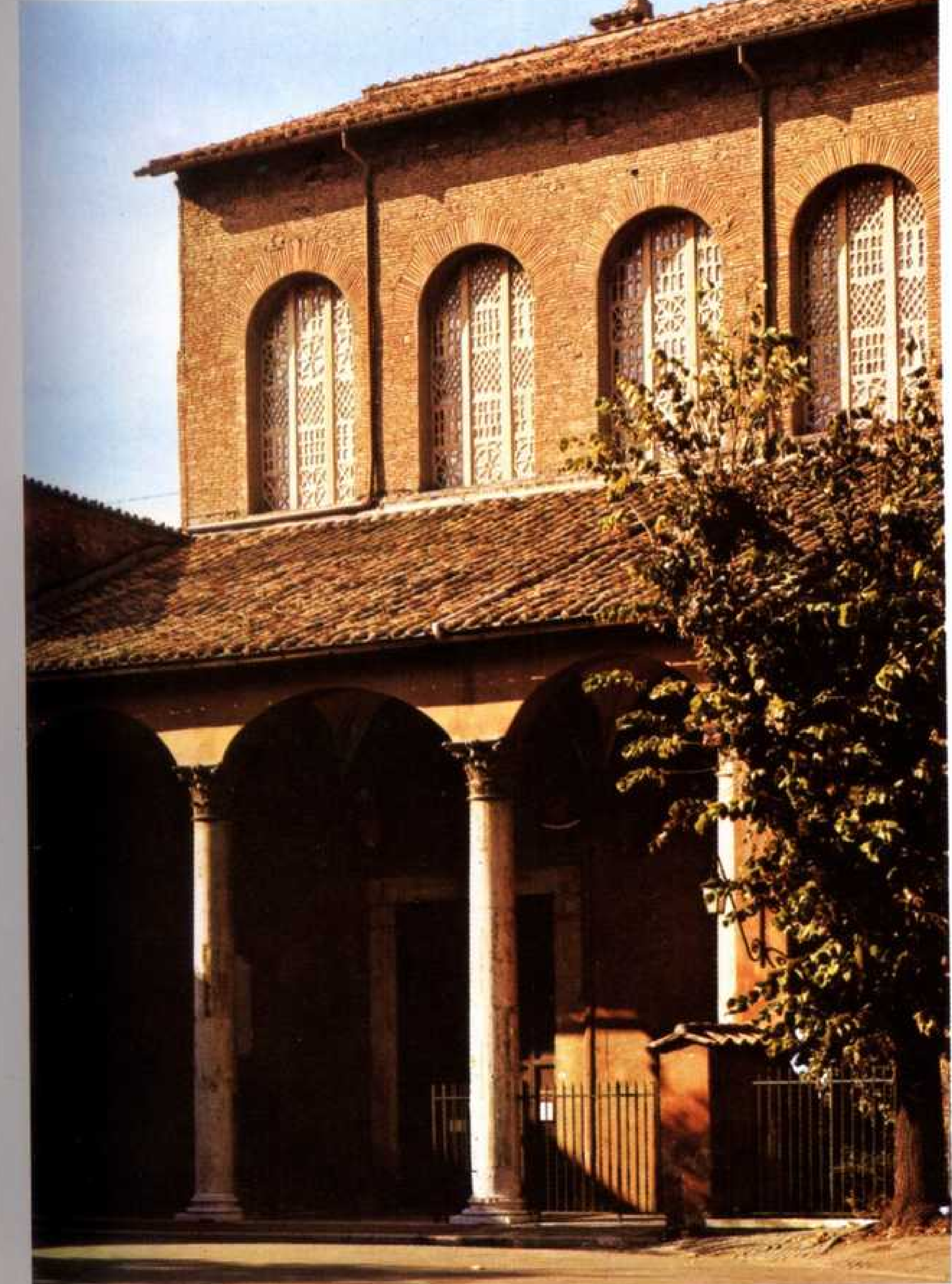
Derecha: Lámpara de bronce que representa la nave de la Iglesia, guiada por Pedro y Pablo (siglo IV, Florencia, Museo Arqueológico). La nave como símbolo de la Iglesia es un motivo recurrente en la iconografía cristiana de los primeros siglos, y el mundo era el mar tempestuoso en medio del cual debía moverse. Aunque jamás se opusieron al orden social de Roma, los primeros cristianos sufrieron persecuciones. Las más masivas fueron ordenadas por Nerón (64), Decio y Valeriano (250-260) y Diocleciano (303).



Izquierda: Construcción de una iglesia (miniatura de un manuscrito griego, París, Biblioteca Nacional). Los primeros lugares de culto no podían ser otros que las casas; en efecto, no existen pruebas arqueológicas de una arquitectura eclesiástica en escala monumental, antes de la paz constantiniana. Con toda probabilidad, en las catacumbas se desarrollaban únicamente los ritos relativos a la sepultura.
Abajo: Lado anterior de un sarcófago cristiano del siglo IV (Roma, Museo Cristiano Lateranense).







sajero a Cerdeña y hacer que fueran liberados de sus cadenas los cristianos que habían sido condenados a perpetuidad al trabajo en las minas.

A este ocasional triunfo político del papa Víctor se agregó la necesidad de adoptar una decisión sobre el día en que habría de celebrarse la Pascua. Por lo que toca a las Iglesias asiáticas, la Pascua se celebraba el Viernes Santo. En cuanto se refiere a las Iglesias de Roma y Francia, se decidió que se celebraba el domingo siguiente.

El papa Víctor estuvo tentado de excomulgar a los obispos asiáticos. Pero, renunciando a dicha excomunión, el de esta Iglesia, que vivía la fe, pero no conducía, obtuvo al menos algunos resultados: los obispos asiáticos, en lugar de empecinarse en su posición, aceptaron celebrar la Pascua en domingo, igual que Roma y Francia, y la Iglesia de Roma asumió el papel de comunidad abierta a todos, en vez de constituir un grupo autoritario.

En 199, el africano Víctor fue sucedido por Ceferino, en cuyo pontificado, más bien deslucido, predominó la presencia de dos vigorosas personalidades: Calixto, un cristiano, condenado ya a trabajos forzados y liberado como de costumbre por la intervención de Marcia, y el teólogo Hipólito.

Calixto, que sucedió a Ceferino, en 217, en la cátedra de Pedro, fue el primer administrador de la Iglesia de Roma, en el sentido de que, por primera vez, equilibró los fondos de aquella comunidad miserable y se ocupó de asegurarle un cementerio reservado al culto de los muertos y, si se diera el caso, a las reuniones de los vivos. A su vez, Hipólito, en desacuerdo con Calixto, demasiado conciliador, se hizo nombrar jefe absoluto de la Iglesia de Roma, declarando su intención de eliminar a aquél. Calixto habría podido excomulgar al antipapa Hipólito, pero no lo hizo.

A partir de ese momento, los antipapas se multiplican en la historia de la Iglesia. Hasta el día de hoy, el cómputo oficial es de treinta y seis. Hipólito murió reconciliado con la Iglesia, después de un largo período de condena imperial en Cerdeña; tuvo incluso el honor de ser santificado. Importa subrayar que esta serie de antipapas jamás impidió el desarrollo o la difusión de la Iglesia, aunque en sus años lóbregos fueron la causa de sangrientas luchas.

Al promediar el siglo III se reanudaron las persecuciones imperiales a la Iglesia de Roma. El exilio y la muerte volvieron a ser el destino de todo aquel que era elegido obispo de Roma. También se sucedieron los antipapas. Pero, en cierto modo, la persecución imperial terminó por reforzar la tolerancia y el espíritu conciliador de la Iglesia de Roma. En 251, el papa Cornelio sucedió a Fabiano, que fue asesinado. A su vez, Cornelio murió consumido por la debilidad en Centocelle, donde se había exiliado. Pero fue él, justamente, quien persuadió a los obispos a perdonar y readmitir en la Iglesia a los apóstatas que, sometidos a tortura, habían repudiado a Cristo. Brotaron los antipapas como hongos. Pero en general, papas y antipapas corrieron una suerte común: el trabajo en las minas hasta la muerte, las galeras, el martirio, y en ese sufrimiento se entendieron y reconciliaron.

Precisamente por esta razón, en su sufrida tolerancia, o en su tolerante sufrimiento, la Iglesia de Roma propuso y expuso, acaso inadvertidamente, su propia unidad. Cada cual podía

Arriba, izquierda: Interior de la basílica de los Santos Nereo y Aquileo (390-395), en Roma. En el siglo V existían en Roma veinticinco centros parroquiales principales, dentro de las murallas de la ciudad; la basílica de los Santos Nereo y Aquileo era uno de ellos. Estaban después las iglesias de extramuros, que cumplían principalmente la función de cementerio.

Izquierda: Fachada de la iglesia de Santa Sabina, en Roma. Sabina fue una mártir romana del siglo II. La iglesia que se le dedicó es la mejor conservada del siglo IV. La decoración principal es pictórica; son notables los mosaicos del ábside y los dieciocho paneles del portal con escenas bíblicas.







En las páginas anteriores: La donación de Constantino al papa Silvestre (Roma, iglesia de los SS. Quattro Coronati). Después del Edicto de Milán (313), Constantino donó al obispo de Roma, Milcíades, el palacio del Laterano *(Domus Faustae)*, que se convirtió en la sede del obispo de Roma y durante todo el Medievo fue sede del papa.
Arriba: Página de un códice del *De civitate Dei* (La Ciudad de Dios), de San Agustín (Florencia, Biblioteca Laurenciana).

vivir o morir, las más de las veces, por sus principios. Fue una gran reserva de fuerzas, no un poder cerrado, y esto habría de entenderlo el emperador Constantino, llamado el Grande.

Constantino y el Concilio de Nicea

En la historia laica, Constantino aparece cumpliendo el papel de un decoroso y astuto administrador de esa materia putrefacta que ya era el Imperio romano. La Iglesia estuvo a punto de convertirlo en santo. Se trata lisa y llanamente de uno de esos individuos geniales que, merced a su agudeza, se incorporan a la historia como pivotes indispensables para hacer girar las puertas que cierran y abren los períodos.
Tocado o no por el milagroso resplandor de la cruz, que le dice *In hoc signo vinces* en la víspera de la decisiva batalla del Puente Milvio, a las puertas de Roma, contra el usurpador Majencio (312), fue otra muy distinta la iluminación de Constantino: de un orden completamente terreno y político. Quizás aun mejor que los cristianos, que ya eran mayoría, comprendió que si conseguía solucionar las diversas disputas teológicas en nombre de la fe común, infundiría al Imperio una fuerza popular que no sólo sería numéricamente inmensa, sino también profundamente cohesiva. Y para que esta fuerza garantizara su cohesión no bastaba establecer un acuerdo teológico, también había que concertar una intención política común entre las distintas Iglesias.
Constantino basó toda su política frente a la cristiandad en dos puntos que atacó con firmeza: la herejía y la debilidad del poder real de la Iglesia.
Suprimido su rival Majencio, que, herido, se ahogó en el Tíber, Constantino, en acción de gracias a Dios, promulgó el *Edicto de Milán* en el 313, el cual concedía a todos los súbditos del Imperio la libertad de adorar al Supremo Hacedor o al dios que quisieran, y se empeñó en dar unidad a las distintas Iglesias o religiones, colocándose como árbitro por encima de éstas. Con el fin de no ir demasiado lejos con sus reformas, Constantino mantuvo para sí el título de *pontifex maximus*, es decir, de sumo sacerdote pagano. En realidad el paganismo había sido totalmente disgregado, cosa que se advertiría cuando algunos decenios más tarde su sobrino Juliano, llamado el Apóstata, procurara restaurarlo, aunque movido por nobilísimos motivos



filosóficos, de puro intelectual más que de político. Así, pues, en la práctica, Constantino se convirtió en el pontífice máximo de los cristianos más que de los otros, mientras el papa de Roma, gracias a él, también se encaminaba a ser rey. Fiel al programa de conciliar las herejías, Constantino promovió un primer encuentro entre los obispos de la Iglesia de Roma y los de la de Cartago, partidarios del hereje Donato (los donatistas). Según Donato, el pecador no podía estar en la Iglesia, porque ésta estaba hecha exclusivamente de santos. De estos encuentros, los donatistas salieron derrotados, pero también perdonados, salvo el propio Donato: la Iglesia de Roma se manifestó dispuesta a acogerlos. Constantino vio que su política empezaba a dar frutos: en el Concilio de Arles del año 314, consagrado siempre a la cuestión de los donatistas, los obispos de Occidente, ligados a la Iglesia de Roma, recomendaron al de Roma, o sea al papa, la promulgación de los decretos de la mencionada asamblea. De esta manera, el papa Silvestre I se encontró a las puertas del poder espiritual efectivo sobre todos los cristianos.

Sólo en el año 325, Constantino y la Iglesia de Roma efectuaron su viraje histórico, el primero en las milenarias vicisitudes del poder pontificio. Alrededor del año 315, la Iglesia se vio desgarrada por una de las cuestiones doctrinales más importantes de la historia. Arrio, un sacerdote de Alejandría, Egipto, sostuvo que el Verbo de Dios no es Dios; por consiguiente, no puede ser eterno ni divino. El Hijo no es consustancial con el Padre (es decir, no está hecho de la misma sustancia). Constantino aprovechó la ocasión para convocar en Nicea, en 325, el primer Concilio Ecuménico, o sea, universal. Se reunieron todos los obispos del mundo, heréticos o no, y ante el emperador Constantino (presidente honorario del Concilio) y los delegados del papa de Roma, decidieron si podía tolerarse o no en la Iglesia cristiana a Arrio y a los obispos arrianos (seguidores de Arrio). Había una docena de obispos arrianos; los no arrianos eran trescientos. Sobre Arrio y los herejes cayó el anatema y la Iglesia los excluyó. Se estableció la consustancialidad del Padre con el Hijo y se formuló la primera versión universal del Credo cristiano.

El papa Silvestre I había permanecido en Roma: no era hombre de excepcional estatura política ni doctrinaria. Vivía de la luz que irradiaba Constantino, y nada hace pensar que se daba cuenta de la importancia que lo ocurrido en el Concilio de Nicea podía tener para la historia posterior de la Iglesia y la supremacía del obispo de Roma.

Arriba: Decapitación del beato Mauricio, obispo de Florencia, y destrucción de la ciudad por obra de Totila; sólo se salvaron el templo de Marte, una puerta y la Torre de Pompeyo.
Totila, rey de los ostrogodos, ocupó dos veces Roma (547 y 549), en tanto Justiniano, emperador de Oriente, retenía lejos de la ciudad al papa Vigilio.

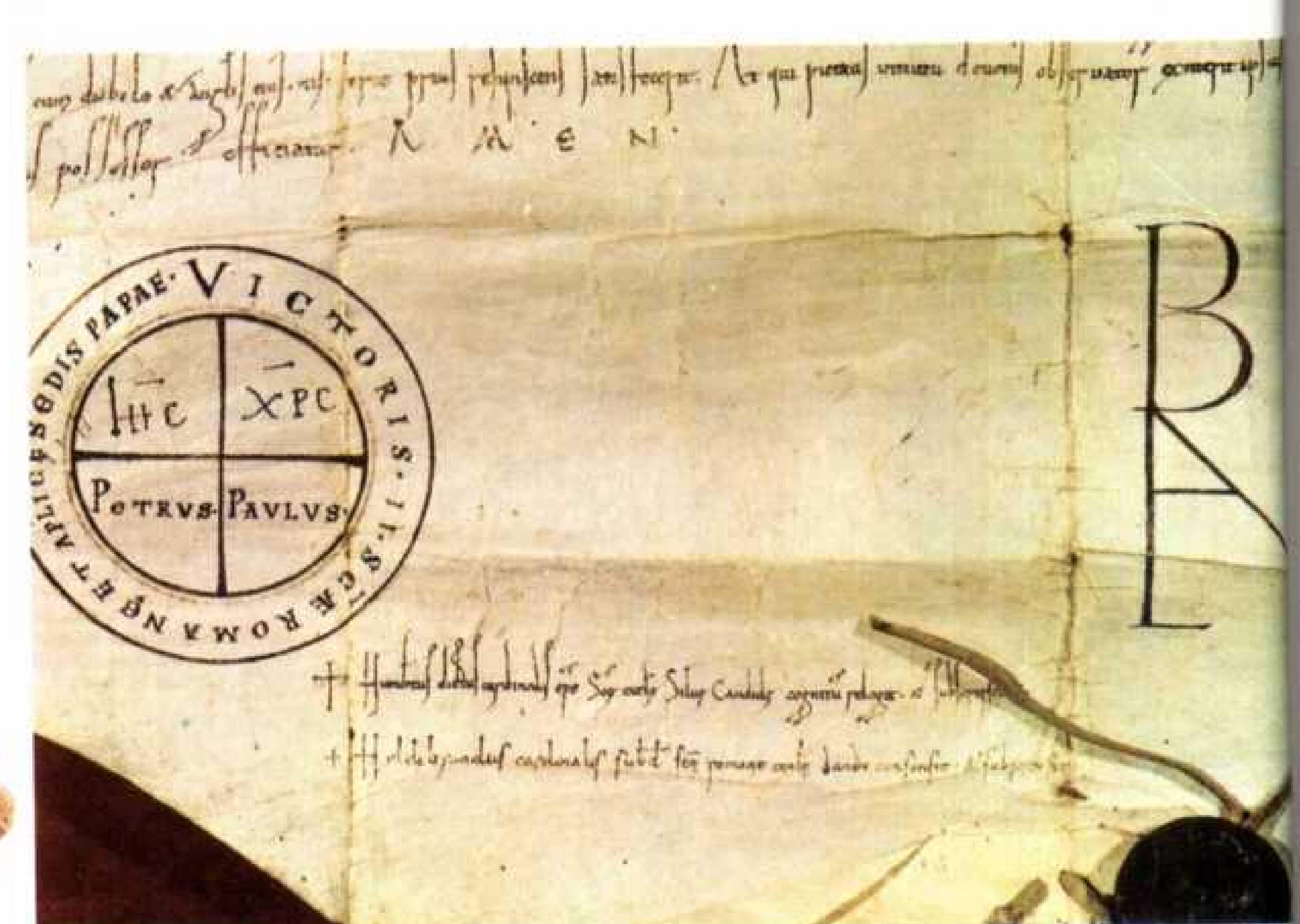
SAN BENITO

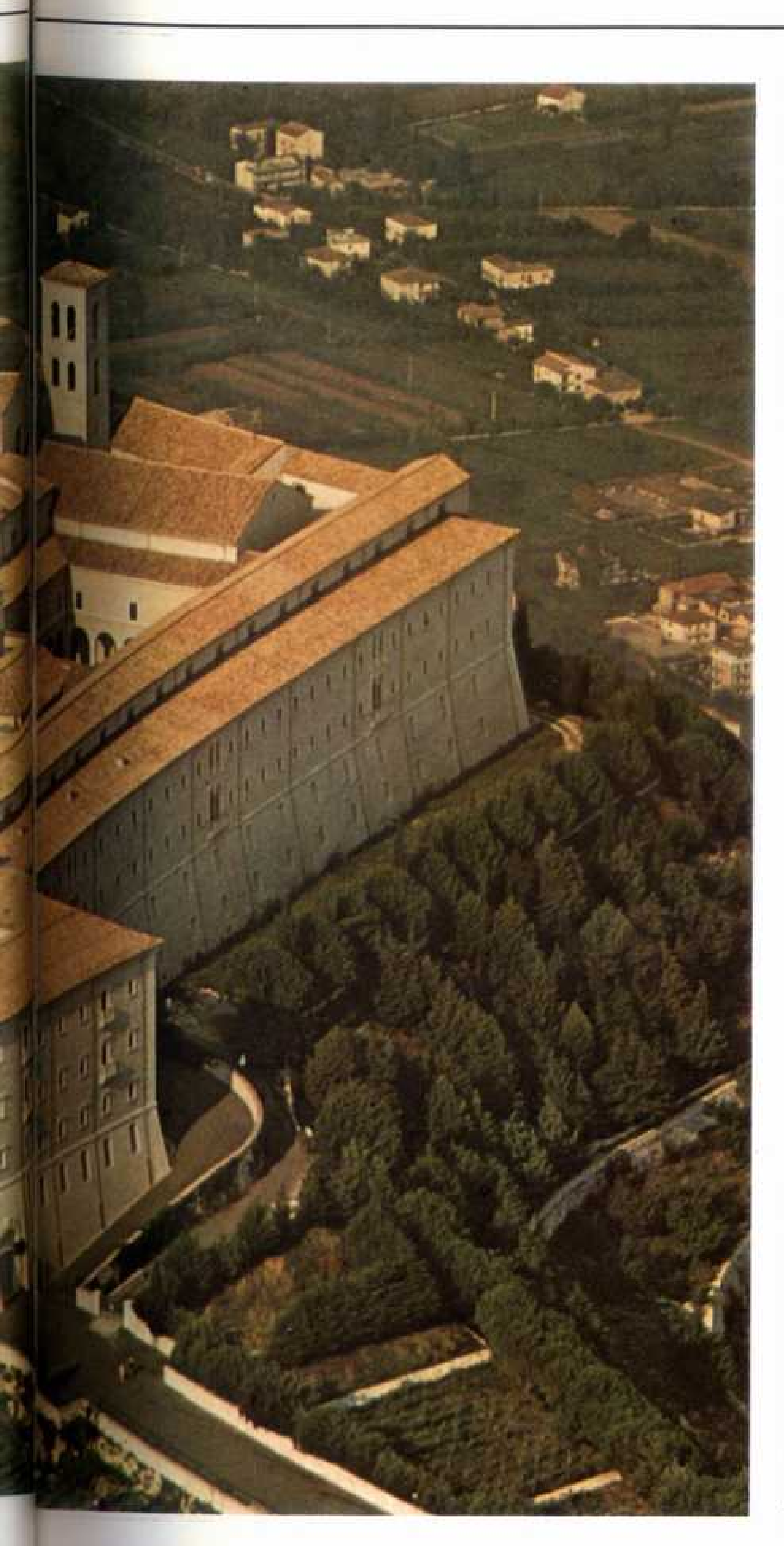
El monaquismo surge en Oriente (Siria y Egipto) con el propósito de fomentar la austeridad cristiana a través de los ideales ascéticos y de la vida eremítica. Hacia el año 300, San Antonio Abad se retira al desierto y practica la soledad del ermitaño. San Benito, llamado padre del monaquismo occidental, fundó en Montecasino, en el año 529, una de las abadías más famosas del mundo.
Antes de Benito, habían surgido en Oriente dos grandes figuras de organizadores de grupos monásticos, el egipcio Pacomio, que funda la primera colectividad monástica cerca de Tebas, y Basilio el Grande, obispo de Cesarea, en Capadocia, que establece una regla común vinculante para el monacato griego. Partiendo de sus experiencias, basadas principalmente en un monaquismo de tipo eremítico, Benito propuso una nueva *Regla (Regula Benedicti)*, más adaptada al espíritu y a la mentalidad occidentales, y unió a las horas dedicadas a las plegarias, períodos consagrados al estudio y al trabajo manual, según el principio *Ora et labora*.
Aúna la disciplina romana y las tradiciones del monaquismo antiguo: establece obligatorio el residir en el monasterio en contraposición a la vida de los ascetas, la pobreza y castidad y la sumisión al abad. Se insiste en el trabajo manual y la oración y moderación en las prácticas de ascesis.
Circunspectos primero ante la proliferación de los monasterios benedictinos, los papas intuyeron muy pronto la carga de entusiasmo y renovación que podían aportar a la Iglesia y se ocuparon de sostenerlos. En el interior del monasterio regía una disciplina muy estricta que el abad, elegido por los monjes, estaba encargado de custodiar y garantizar; simultáneamente padre espiritual de la comunidad, administrador, maestro, gobernador, el abad nombraba un prior como su ayudante, así como a los decanos, a razón de uno por cada diez monjes. Los miembros de la comunidad, al igual que en una familia, mantenían relaciones de hospitalidad frente al mundo exterior.



Izquierda: San Benito y el abate Juan (miniatura, en un manuscrito antiguo; Biblioteca de Montecasino). Las noticias sobre la vida del santo provienen en su mayor parte de San Gregorio el Grande, que dedicó íntegramente a Benito el segundo libro de los diálogos *De vita et miraculis patrum italicorum*.
Se atuvo sobre todo a los relatos de los discípulos.
Abajo: Original de la bula de consagración de la iglesia de Montecasino, que lleva al pie la firma del cardenal Hildebrando, que se convirtió en el papa Gregorio VII (Archivo de Montecasino).

Arriba: Vista del monasterio de Montecasino. Se fundó probablemente en 529, cuando Benito abandonó Subiaco, donde por espacio de varios años hizo vida de eremita, y e una segunda etapa acogió a un grupo de monjes, pues difundida su fama de santidad le rogaron que asumiera su conducción.
En Montecasino, Benito demoli un templo dedicado a Apolo y erigió dos oratorios, consagrados a los santos Juan Bautista y Martín, antes de dirigir personalmente los trabajos de construcción del monasterio.





Derecha: Figura de amanuense, en un códice del siglo XV. La copia manual de textos religiosos y profanos constituía una de las principales ocupaciones de los monjes benedictinos, que a menudo poseían una cultura notable. Merced a su obra se conservaron y difundieron textos literarios y filosóficos del clasicismo latino.

Abajo: Interior de la iglesia de la abadía benedictina de Farfa, en el Lacio. Los monasterios benedictinos se difundieron con sorprendente rapidez: cuando el santo aún vivía. surgieron los de Vercelli, Novara, Milán, Pavía, Aquileya, Bolonia, Espoleto, Nursia (ciudad natal de Benito) y Fermo.



Derecha: Página miniada, tomada de la *Regla de San Benito*, que representa algunas monjas en la cocina (siglo XV; Milán, Biblioteca Ambrosiana). La *Regla*, compuesta de un prólogo, setenta y dos capítulos y un epílogo, fue escrita alrededor del año 540, siete antes de la muerte de San Benito, quien quiso unir el trabajo manual o intelectual a la tradicional ocupación monacal de la plegaria y la contemplación. Para que el monasterio estuviese en condiciones de satisfacer las exigencias materiales de sus ocupantes, los monjes debían trabajar la tierra y encarar otras producciones; con frecuencia se saneaban las tierras incultas que rodeaban a los monasterios benedictinos y se desarrollaban los mercados. La *Regla* respondía al principio *Ora et labora*.







LA IGLESIA Y SU PODER

El equilibrio siempre delicado entre los poderes espiritual y temporal de la Iglesia católica y los conflictos, a veces agudos, que surgieron entre la Iglesia y los Estados, jugaron un gran papel en la formación de los Estados pontificios.

Orígenes del Estado pontificio

Hasta el siglo III la cristiandad fue tolerada o perseguida por el Estado romano. Con Constantino, la Iglesia obtuvo el reconocimiento oficial mediante el Edicto de Milán (313). Pero, incluso entonces la evolución fue lenta. Las herejías, las rivalidades entre Constantinopla y la Iglesia de Roma impidieron que ésta se afirmara.

La caída del Imperio romano en el siglo V llevó a los papas a asumir progresivamente los poderes ejercidos hasta entonces por los emperadores de Occidente. El papel del papado respecto a los bárbaros acrecentó notablemente su influencia, mientras que las donaciones que los nuevos conversos hacían a la Iglesia aseguraban su riqueza. Hacia el siglo VIII se designó como «Patrimonio de San Pedro» todos los territorios así obtenidos, ya estuvieran próximos a Roma o en cualquier lugar de Italia, Sicilia o Cerdeña.

En el año 754, Pipino *el Breve* donaba al papa el exarcado de Rávena, como testimonio de agradecimiento por su coronación. Este gesto, la Donación de Pipino, confirió a los sucesivos papas el derecho a reivindicar una autoridad temporal sobre la Italia central que dará origen a los Estados pontificios. Constantino proseguiría este apoyo activo al papado donando más tierras y reforzando de este modo el poder terrenal de la Iglesia.

En los siglos que siguieron al reinado de Carlomagno, el papado se enfrentó con graves problemas. Implicados inevitablemente en la política de su tiempo, los papas se encontraron en medio de los conflictos que enfrentaban a la Iglesia y al Estado. Reconocidos como jefes espirituales de los reinos de Occidente, los papas estaban menos seguros de serlo como soberanos temporales.

La lucha de las Investiduras

De hecho, de esta lucha, surgirían innumerables abusos de la Iglesia a todos los niveles. Uno de los grandes papas de la Iglesia, Gregorio VII, proclamó el celibato de los eclesiásticos y la supresión de la simonía (con la consiguiente prohibición a los laicos de conceder investiduras de feudos eclesiásticos). Su idea de la autoridad papal está basada en una concepción monárquica centralista. En el *Dictatus Papae* (1075) expresa que únicamente el papa, como dirigente supremo de la Iglesia universal, puede deponer no sólo a los obispos, sino incluso a los reyes, puesto que éstos, por recibir el poder como dignatarios de Dios son dignatarios de la Iglesia. En estos esfuerzos reformadores se veía obligado a oponerse al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Enrique IV, al que excomulgó. La penitencia de Enrique y su readmisión en la Iglesia no impidieron que esta lucha de las investiduras, entre el papado y el Sacro Imperio, durase hasta el Concordato de Worms (1122), en el que se llega a un acuerdo basado en la distinción entre investidura temporal (bienes seculares cedidos en feudo) y canónica (dignidades canónicas), que establecen teólogos y juristas franceses. Los soberanos renunciaron a la investidura con anillo y báculo; en Germania la elección canónica tendrá lugar en presencia del rey o de un legado suyo. La investidura temporal con cetro precederá en Germania a la consagración, mientras que en los territorios de Italia y Borgoña habrá de tener lugar después de ella.

Como consecuencia de esto, la Iglesia pierde poder temporal, pero acrecienta su autoridad, dando un nuevo impulso a la reforma deseada. El poder de los príncipes germanos y de los señores laicos se ve, de esta forma, reforzado. En el año 1085, Gregorio VII muere en Salerno. Fracasa su tentativa de subordinar la Iglesia y el Imperio a la autoridad absoluta del pontífice; subsiste la doctrina del origen divino del poder imperial. Urbano II prosigue, con actitud más conciliadora, la política de Gregorio VII. En el Concilio de Clermont (1095) renueva la prohibición de la investidura eclesiástica por parte de los laicos, así como la prestación de juramento feudal de los clérigos a un señor feudal.

La Iglesia a partir del siglo XIV

Las rivalidades entre los príncipes y las familias romanas llevarían al papado al exilio de Aviñón, que duró casi setenta años (1309-1377).

Durante gran parte del siglo XIV, el poder del papado sobre sus Estados estuvo al menos asegurado. Los ingresos de la Iglesia gravaron sobre la cristiandad: la curia reivindicó el es-





EL ESTADO PONTIFICIO A LA MUERTE DE JULIO II (1513)



EL ESTADO PONTIFICIO EN LA ÉPOCA NAPOLEÓNICA

polio (herencia personal de los clérigos), las anatas (anualidades de un cargo) y los derechos de confirmación y palio para el otorgamiento de los cargos. Obtuvo grandes cantidades mediante las indulgencias, ligadas primeramente a determinadas condiciones especiales (cruzadas, peregrinaciones...) y posteriormente al pago de dinero.

El Renacimiento italiano iba a representar un nuevo peligro para el papado, que veía soplar nuevos vientos en los que se presagiaba un creciente culto al hombre. El auge de la burguesía, la secularización de la cultura, el culto al individuo, las tendencias nacionalistas de los príncipes, se escapaban a la autoridad espiritual de la Iglesia. Sin embargo, los papas del Renacimiento fueron eficaces administradores y jugaron un papel muy importante en esta revolución cultural.

Durante las guerras que conmovían a Italia, César Borgia, animado por el papa Alejandro VI, se alió con Francia y tomó bajo su control, entre otros territorios italianos, los pueblos de la Romaña. Sus conquistas terminarían en las manos del papa Julio II. Guerrero incansable, este papa lucharía contra Venecia y se apropiaría de Rávena, Rímini y Faenza.

Tras haber consagrado una gran parte de su energía a administrar sus Estados, a desarrollar las artes y a embellecer sus ciudades, los papas no supieron hacer frente a las necesidades de reforma que tenía toda la Iglesia. En la segunda mitad del siglo XV los humanistas rechazan la tutela ideológica impuesta a los laicos, así como el principio de la jurisdicción papel. La amplia difusión de las ideas y sentimientos renacentistas (relativismo, subjetivismo, individualismo) reforzaron el eco general de su posición crítica respecto a las riquezas de la Iglesia (se considera que favorecen el relajamiento de los deberes espirituales y morales del clero y de algunas órdenes monásticas), la actitud mundana del alto clero (oposición a que las prebendas eclesiásticas sean consideradas como una renta lícita destinada a costear una vida adecuada a su estado) y los abusos en la aplicación de los medios de salvación (indulgencias, penitencias...). Las luchas religiosas iban a asolar Europa hasta la paz de Westfalia (1648). El papado, debilitado por la Reforma y el resurgimiento de los territorios controlados por los príncipes protestantes, tuvo todavía el coraje de convocar el Concilio de Trento, punto de partida de una Contrarreforma católica que influiría decisivamente en la vida de Europa hasta nuestros días.

La consolidación de la Iglesia católica se llevó a cabo mediante los ataques al protestantismo, que constituyeron propiamente la Contrarreforma, y mediante las reformas internas, especialmente en Italia y España, según los acuerdos del Concilio de Trento.

El Concilio fue convocado por Paulo III (1534-1549) para asegurar la unidad de la fe y la disciplina eclesiástica. Contó con el apoyo de Carlos I y la oposición de Francisco I. Entre 1545 y 1547 tiene lugar el primer período, en el que son de destacar las disensiones entre el legado Seripando (apoyado por el emperador), partidario de la conciliación, y los cardenales italianos y españoles, que anteponen el problema del dogma.

En el segundo período del Concilio, nuevamente en Trento, después de haber sido trasladado a Bolonia, asisten representantes protestantes por deseo de Carlos I; tras la derrota del emperador queda disuelto el Concilio.

Durante el tercer período (1563-1568) los jesuitas españoles contribuyen a la victoria de las tesis dogmáticas.

Trento marca una reordenación dogmática y disciplinaria, que influirá decisivamente en la posterior evolución del catolicismo; junto a las Sagradas Escrituras se afirma, como fuente de la fe, la Tradición; la presencia de Cristo en la Eucaristía es real (transustanciación); la Iglesia se reserva el criterio de autoridad sobre la Biblia; se crean seminarios como centros de formación sacerdotal. En la última sesión se reconoce la superioridad del papa sobre la asamblea conciliar. Pero su papel temporal en los Estados pontificios, apartados del progreso y del desarrollo económico, no podía más que debilitarse. La anexión de estos Estados a Francia realizada por Napoleón terminó por confirmar este declive.



EL ESTADO DE LA CIUDAD DEL VATICANO

El Congreso de Viena

Celebrado en 1815, restauró el poder del papa y puso a sus Estados bajo la protección de Austria. En 1870, el rey de Italia, Víctor Manuel II, se apoderó de Roma, y los Estados pontificios pasaron a formar parte integrante del reino de Italia.

Los acuerdos de Letrán firmados en febrero de 1929, pusieron fin a esta situación; la ciudad del Vaticano pasaba a ser un Estado soberano y su independencia quedaba garantizada por Italia. Este tratado sigue actualmente en vigor.

El Estado Vaticano es uno de los Estados más pequeños del mundo, con sus 44 hectáreas y sus 1.000 habitantes, alberga los principales órganos de gobierno de la Iglesia de Roma.

Es un hecho, determinante más que relevante: los delegados del papa Silvestre en Nicea obtuvieron el derecho de ser los primeros en firmar los decretos del Concilio Ecuménico. Fue un reconocimiento esencial, y no sólo formal, de la autoridad de Roma. El emperador Constantino renunció a ser *pontifex maximus* de los paganos y abrió camino a la persecución de éstos. La religión cristiana se convirtió en la religión del Estado. Se donó al Papa la *Domus Laterana,* donde se erigió la primera basílica cristiana, y allí instaló su catedral el obispo de Roma. Se comenzó a construir la Basílica Vaticana en el lugar donde presuntamente se había llevado a cabo la crucifixión de San Pedro. Pese a estos reconocimientos y donaciones en bienes materiales, aún no puede hablarse exactamente de poder temporal del papado. Según el texto de la donación, ya en 313, el año del Edicto de Milán, Constantino habría asignado al papa Silvestre la soberanía civil sobre Roma, Italia y todo Occidente. Pero sucede que, ni Silvestre ni sus sucesores inmediatos tuvieron jamás en sus manos esta donación, pues de ella se empezó a hablar en concreto unos siete siglos después, aproximadamente en el año 1000, porque Constantino nunca pensó en consumar un acto semejante.

Por consiguiente, la donación de Constantino fue un documento falso, de alrededor de fines del siglo VIII, destinado a legitimar y hacer que pasara a manos de Constantino el poder real del Papa, consolidado ya en aquella época. Pero sólo después del año 1000 la donación pasó a ser argumento de disputa, y únicamente en el Renacimiento se probó su falsedad.

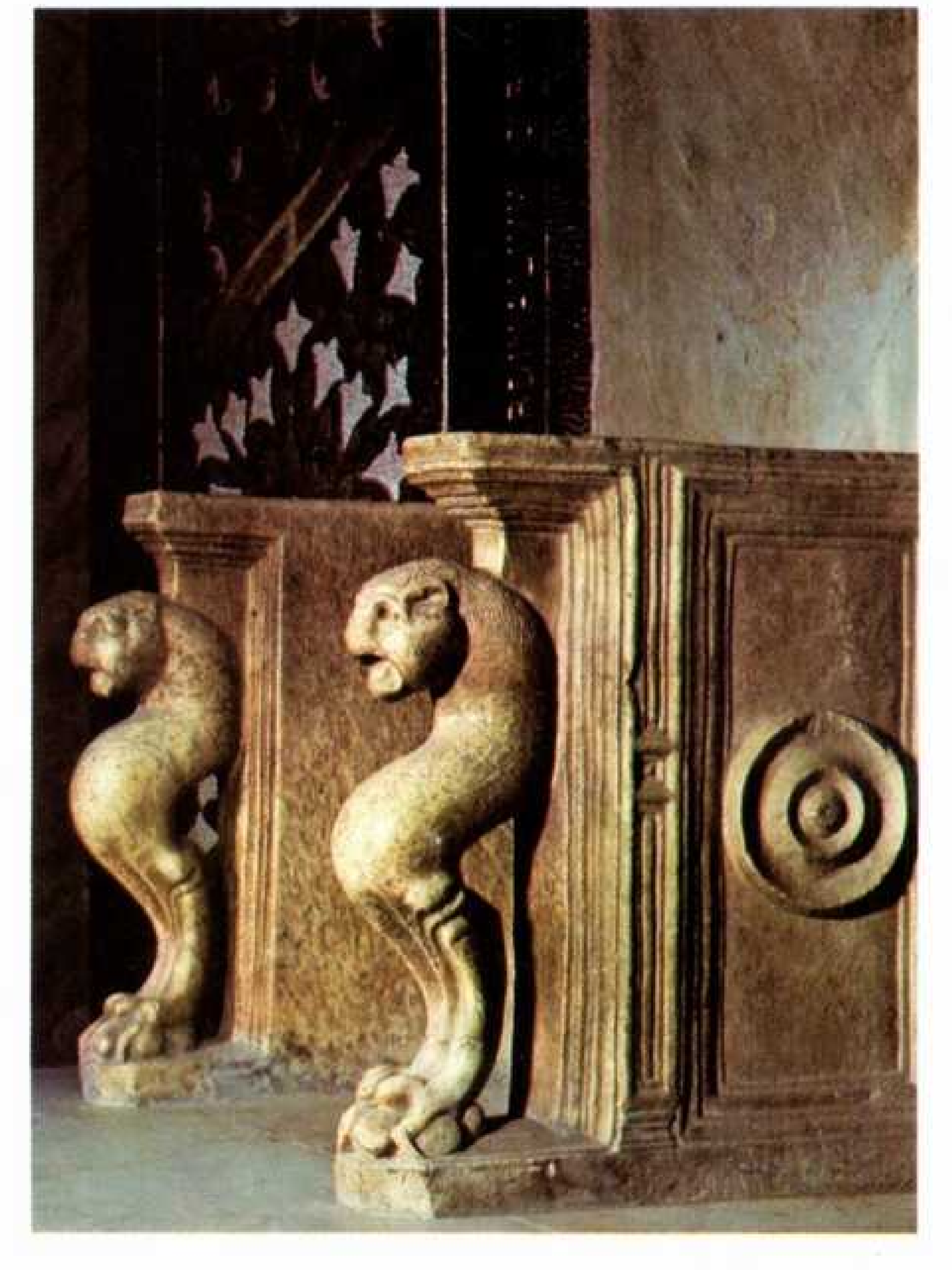
No menos falsa que la donación es la fábula de la conversión de Constantino. Este emperador politiquero y genial, que ligó su nombre al triunfo de la Iglesia sobre el paganismo y al triunfo de Roma sobre las demás Iglesias, no hizo otra cosa que legitimar y conferir utilidad política a una fuerza que ya era incontenible

En cuanto tal, el Imperio no obtuvo ventaja alguna, al contrario: se hallaba demasiado corrompido. Por otro lado, la Iglesia de Roma no tenía interés alguno en poner sus fuerzas al servicio del Imperio. Pero igualmente se dio a Constantino el calificativo de Grande. En cuanto a su espíritu religioso, era cualquier otra cosa menos humilde y firme. Después del Concilio de Nicea, se retiró a Constantinopla y dejó que, de hecho, el Papa fuese también la máxima autoridad civil de Roma.

Una vez en Constantinopla, Constantino cayó presa de sus extravagancias, y él, nada menos, se hizo arriano. Dos años antes de morir, en 335, reunió en Tiro un concilio, que ha pasado a la historia con el nombre de conciliábulo (literalmente, pequeño concilio), en el cual tomaron la revancha los derrotados en Nicea. Constantino no parecía poseer la lucidez y agudeza de diez años antes, en los tiempos de Nicea. No comprendió que era ya imposible apoyarse en las herejías para saltar al carro de la Iglesia, en marcha hacia adelante, y quedar en la posición de mando. Y bastó poco para que Roma se percatara plenamente de su supremacía.

Los arrianos, rehabilitados por Constantino, nombraron sus






Izquierda, arriba: Misa gregoriana (mediados del siglo XIV; Nápoles, Biblioteca Nacional).
Izquierda: Escenas que ilustran la Penitencia, tomadas del *Decretum Gratiani,* también en Nápoles.
Arriba, derecha: Palacio del pretorio en Soana, cerca de Siena, donde de una familia humilde nació Hildebrando, que fue elegido papa con el nombre de Gregorio VII, en 1073.
Arriba, centro: Cátedra de mármol de Gregorio VII, en la catedral de Salerno, donde aún se conservan sus reliquias.
Derecha: El emperador Enrique IV, arrodillado ante Matilde de Canossa y el abate de Cluny (miniatura de un códice conservado en la Biblioteca Vaticana). El nombre de Gregorio VII quedó ligado a la reforma litúrgica que efectuó y a la lucha que lo opuso a Enrique IV, por la afirmación de la supremacía de la Iglesia sobre el Imperio. Enrique IV reaccionó y Gregorio excomulgó al emperador (1076), quien debió implorar el perdón del Papa mientras se encontraba en Canossa, siendo huésped de la condesa Matilde (1077).





obispos en cátedras importantes, incluyendo las de Milán y Alejandría, y persuadieron a los obispos franceses. Cuando Constantino murió y lo sucedió Constancio, los arrianos del nuevo emperador intentaron persuadir hasta al Papa que aceptara la herejía, que por aquel entonces era Liberio, un pobre hombre, elegido en 352. El papa Liberio no aceptó, mientras estuvo en libertad. El Emperador mandó que lo arrestaran y deportaran. Sometido a un lavado de cerebro, del cual no estuvieron excluidas las torturas, suscribió hasta cierto punto todo lo que le dictaban: eran fórmulas de la fe arriana. Pero es ésta sólo una deslucida anécdota en la historia de la Iglesia. Ni el Emperador ni los arrianos obtuvieron otra cosa que la rendición individual de un infeliz destituido. De Liberio, el papa hereje, ya no se hablaría: la Iglesia de Roma nunca registró sus admisiones. Estas eran tan poco valiosas que no impidieron que se le ungiera santo. Su sucesor fue Dámaso, español (santo también él), que sin perderse en disputas sobre heréticos, se empeñó en reforzar la supremacía de Roma en materia de doctrina. Y en Milán, ante el furor y la aclamación del pueblo, se eligió obispo a Ambrosio, que demostró palpablemente el poder real que poseía la Iglesia, prohibiendo al emperador Teodosio la entrada en la catedral, si antes no hacía pública su penitencia por algunas matanzas que había cometido en Grecia.

Cuando terminaba el siglo IV, agonizaba el Imperio de Occidente y avanzaban los bárbaros. El poder espiritual de la Iglesia era sólido, pero mucho menos que el temporal. No obstante, el avance de los bárbaros brindó a la Iglesia de Roma una ocasión en la cual ambos poderes pudieron emerger (como aconteció en efecto) no sólo exaltados, sino también intrínsecamente unidos. El imperio moral de la Iglesia convertiría a los bárbaros al cristianismo y su conversión otorgaría a la Iglesia el poder real, temporal y espiritual, definitivo que perduraría durante muchos siglos.

La Iglesia se transforma en una potencia

La escena en que el papa León I se adelanta desarmado al encuentro de Atila, el rey de los hunos, que se dispone a asaltar Roma, es tan legendaria como aquella que protagonizó el emperador Constantino, cuando antes de afrontar a Majencio, su rival, en el Puente Milvio, queda deslumbrado por la aparición de la Cruz. Así como, en el plano político fueron determinantes la conversión de Constantino y el consiguiente Edicto de Milán, también en el plano político fue analizada la misión del papa León I contra Atila, tras la cual salió investido de un poder temporal que se añadía al espiritual.

No tiene gran importancia saber si la mirada o las palabras del Papa indefenso ejercieron magnética seducción en el rey de los hunos. Lo que interesa es que el Papa salió de Roma para tratar con él políticamente, mientras el emperador Valentiniano III se mostraba impotente y falto de iniciativa, albergando la esperanza de no verse obligado a una defensa imposible. El papa León I detuvo a Atila y lo convenció de que retornara a Hungría, para salvar la vida de los cristianos de Roma y salvar al propio tiempo lo que aún quedaba del imponente

El pontificado de Alejandro III (1159-1181), Rolando Bandinelli de Siena, se inició bajo el signo de la disputa. En efecto, dos cardenales de la corriente filoimperial no reconocieron su elección y ungieron papa al cardenal Octaviano, que se transformó en el antipapa Víctor IV. El emperador Federico Barbarroja propuso un encuentro de conciliación. Alejandro respondió excomulgando al antipapa y a sus partidarios. La posición de Barbarroja se tornó crítica, después de la victoria de la Liga Lombarda en Legnano (1176). En 1177, se produjo en Venecia el encuentro entre los dos grandes rivales, y Federico hizo acto de sumisión (a la izquierda, vemos este episodio en una pintura de Spinello Aretino, en el Palacio Público de Siena).

LAS ORDENES RELIGIOSAS

Desde los tiempos iniciales del cristianismo hubo conspicuos ejemplos de la vida religiosa organizada en comunidades, de varones y mujeres, aisladas del mundo civil, en la mayoría de los casos alejadas en lugares remotos y desérticos (el término monje deriva precisamente del griego *monachós*, solitario). Pero sólo en el curso del siglo VI pudo hablarse de órdenes religiosas, pues estos grupos se organizaron en torno de una personalidad que se convertía en el centro ideal de la vida monástica, en comunidades ordenadas de acuerdo con una *Regla*, una especie de código que encerraba los principios fundamentales.
Surgieron entonces, en toda Europa, los grandes monasterios (benedictinos, cluniacenses, cistercienses, etc.), que fueron centros de cultura y civilización e iluminaron con su presencia los oscuros siglos de la Alta Edad Media. En los monasterios se estudia y conserva la historia y la literatura antiguas, se redactan crónicas y se procede a la copia de textos. Junto a estas actividades intelectuales los monjes se dedicaban a la agricultura, la ganadería, la viticultura. Gracias al favor de Gregorio Magno y de Carlomagno, en el año 743 se declara obligatoria la regla de San Benito para todos los conventos del reino franco.
Muchos decenios después, en el siglo XIII, se registró algo así como una revolución, que envolvió también a las órdenes religiosas: la estructura del mundo feudal, rígidamente subdividida en castas y aglomerada en torno de las defensas de los castillos nobiliarios, se derrumbó frente a nuevos hechos, como las ciudades y comunas libres o la expansión de la economía y el comercio. La transformación del mundo monacal fue rápida (que reacciona incluso a las instancias populares que habían favorecido el nacimiento de movimientos heréticos, como los cátaros y los albigenses, tendentes a lograr la pureza de la Iglesia primitiva manchada por el poder político y económico de las jerarquías eclesiásticas): los monasterios tradicionales perdieron importancia, mientras se afirmaban las órdenes mendicantes, así llamadas por cuanto pertenecían a ellas los que hacían voto de pobreza y vivían de limosnas.
Francisco de Asís y Domingo de Guzmán fueron los principales artífices de esta transformación: franciscanos y dominicos dejaron sus pobres conventos y se mezclaron con la gente común, con los pobres, los sufrientes, los que vivían miserablemente en la ciudad o el campo, y predicaron la fraternidad, la humildad y el amor.





Arriba: Un monje de la orden de los dominicos.
Derecha: El papa Honorio III aprueba la Regla de San Francisco (fresco de Domenico Ghirlandaio; Florencia, Santa Trinidad). Además de aprobar su Regla el 29 de noviembre de 1223, el Papa concedió en 1216 a Francisco indulgencia plenaria para todos los fieles que visitaran la Porziuncola, primer centro de la orden, incorporado en la actualidad a la basílica de Santa María de los Angeles, en Asís. El mismo pontífice aprobó asimismo la Regla de Santo Domingo (1216), a quien se nombró Maestro del Palacio Sagrado.











Arriba: Un fraile capuchino. Entre los Frailes Menores, los capuchinos constituían el ala que propugnaba el respeto más severo a la Regla de San Francisco, en contraposición a los Conventuales.
Abajo, de izquierda a derecha: Un carmelita (el nombre deriva del monte Carmelo, en Palestina, donde inició vida de ermitaño el fundador de la orden, el sacerdote cruzado calabrés Bertoldo); San Benito en las Indias, San Francisco de Paula, fundador en 1435 de los Frailes Menores; un humillado, un cartujano, un hospitalario de San Juan de Dios, un cisterciense y un monje armenio.

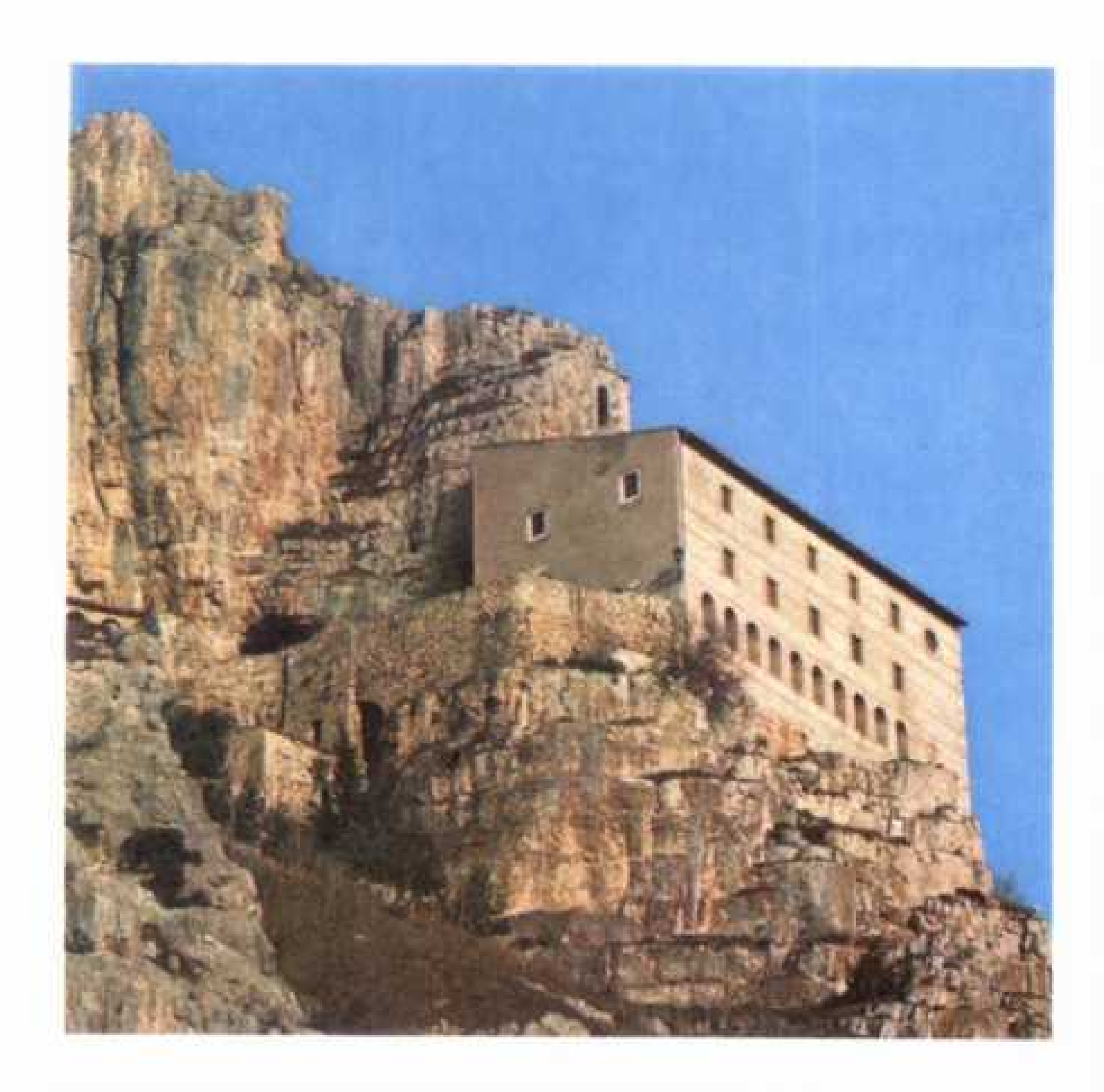


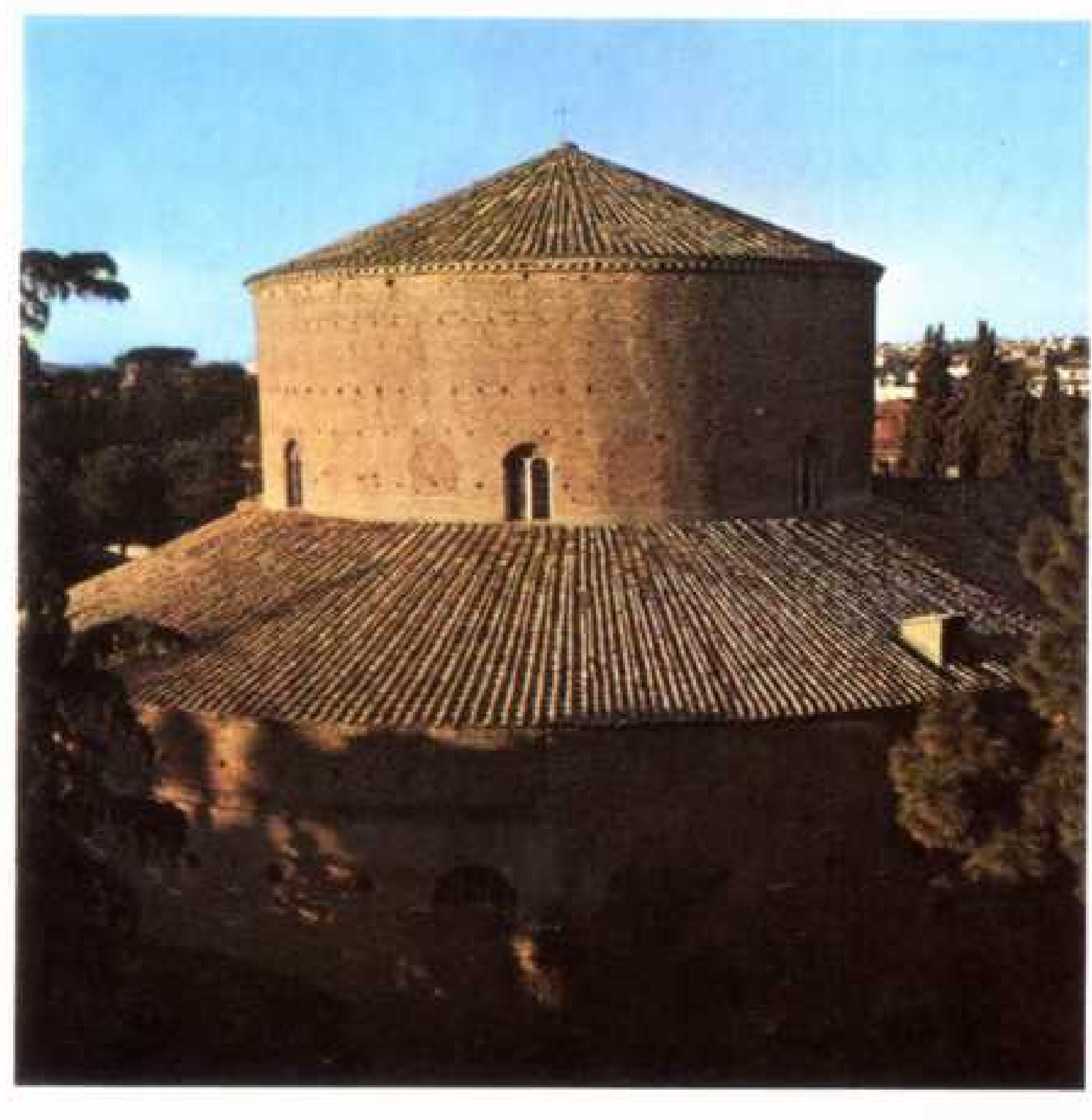






Imperio. Fue la primera vez que, de hecho, un papa unía la misión de pastor de la grey a la de representante de Roma y del Imperio de Occidente.
Tres años más tarde (455), el papa León I salió de Roma por segunda vez y trató con Genserico, rey de los vándalos. Nuevamente, Roma se salvó gracias al Papa, aunque en verdad sólo se perdonó la vida a los romanos: efectivamente, los vándalos saquearon la ciudad, aunque no exterminaron a los habitantes. En los decenios que siguieron, la perspectiva fue hacer que esta política defensiva se transformara en persuasiva.
Y fue en esta etapa de la historia que la Iglesia demostró ver mucho más allá que los soberanos y emperadores laicos. La universalidad de la Iglesia, ya reconocida en el orden espiritual, se encaminaba a concretarse también en el plano terrenal. Los futuros imperios, por inmensos que pudieran ser, siempre serían espiritualmente menos universales que la Iglesia, y por consiguiente, siempre tendrían menos poder, ya que estarían supeditados, en el plano espiritual, a ella.
En consecuencia, al final, no pudieron hacer otra cosa que tener siempre presente y en cuenta el poder de la Iglesia y reconocer que era preciso medirlo con la misma vara: la del poder efectivo, histórico y temporal.
Al concluir el siglo V, y en el VI y VII, las conversiones a la Iglesia de Roma constituyeron hechos políticos esenciales. Se convirtió Clodoveo, rey de los francos; se convirtió Recaredo, rey de los visigodos. Entre los siglos VI y VII, cuando ejercía su ministerio el papa Gregorio el Grande, se convirtieron a la ortodoxia romana incluso los lombardos de la reina Teodolinda, que hasta aquel momento habían sido herejes arrianos. A esta altura, conviene recordar que desde sus orígenes la Iglesia de Roma se demostró siempre, por espiritualidad, pero también por necesidad, menos cavilosa y más espontánea (puede





Arriba: Eremitorio del papa Celestino V, en Sulmona, en los Abruzzos. El 5 de julio de 1294 (después de más de dos años de cónclave) se eligió sumo pontífice a un eremita, Celestino V. Este, octogenario ya, aceptó el nombramiento por espíritu de obediencia, pero cayendo en la cuenta de que no era la persona adecuada para una misión tan gravosa, abdicó el 13 de diciembre de ese mismo año.
Sobre estas líneas: Iglesia de San Esteban Redondo, en Roma.
Derecha: Inocencio III, tomado de las *Historias de San Francisco*, de Taddeo Gaddi (Florencia, Galería de la Academia).
Con Inocencio III, Lotario Conti (1198-1216), la Iglesia llegó al apogeo de su prestigio. Nació entonces el Tribunal de la Inquisición.

decirse más auténtica) que las otras Iglesias. En el encuentro o encuentros con los bárbaros, que sabían poco y nada del cristianismo, resplandeció esta cualidad de la Iglesia de Roma. En síntesis, se estableció así en la Iglesia misma que sólo el papa y los obispos podían pronunciar la última palabra en las controversias y disputas.

El primado de Roma se fue definiendo cada vez con mayor claridad, hasta que sin hallar oposiciones considerables se impuso en tiempos de Gregorio el Grande, pontífice que dejó su indeleble impronta en la historia de la Iglesia. Gregoriano es el canto litúrgico que todavía hoy configura una de las expresiones artísticas más elevadas de la Iglesia. En aquellos tiempos de caos universal, la búsqueda de un orden que conferir a todas las expresiones de la Iglesia se unió, con Gregorio el Grande, a una apertura pastoral que habría de obtener indudablemente resultados políticos, pero que ostentó la marca de la más alta espiritualidad. Inglaterra se inclinó, convertida a la Iglesia por el papa Gregorio. Después de un largo intercambio de correspondencia entre el pontífice y la reina Teodolinda, los lombardos hicieron otro tanto. El papa Gregorio sabía muy bien que la transmutación del poder espiritual en poder mundano, temporal, podía ser muy fácil, pero evitó la tentación. Acusado por los arrianos de Constantinopla de haber mandado asesinar a un obispo arriano-lombardo antes de la conversión de sus compatriotas a la ortodoxia, dictó a su secretario: «Si yo hubiese querido ensuciarme las manos con la sangre de los lombardos, hoy el pueblo lombardo no tendría rey, ni duques, ni condes, y estaría disperso en la mayor confusión. Pero porque temo a Dios, me cuido bien de mezclarme en la muerte de un hombre, quienquiera que sea.»

Las palabras de Gregorio el Grande son quizá las últimas que pronunció un papa para alejar de sí la tentación del poder

Arriba: San Francisco predicando a los pájaros (Asís, Iglesia Superior de San Francisco).
Derecha: La cripta de la catedral de Asís. Francisco di Pietro Bernardone, rico comerciante en tejidos, muerto en 1226. Después de una juventud irreflexiva se retiró a la vida de ermitaño en 1206 y, por su santidad ejemplar, atrajo imitadores y discípulos a los que impuso una Regla fundada en la predicación y la pobreza. La expansión de los Frailes Menores cobró inmediatamente un ritmo vertiginoso. Cuando Francisco aún vivía, la Orden debió ser distribuida en las provincias, con personas responsables al frente de las mismas (ministros provinciales), y estaba en condiciones de enviar misioneros a Oriente. Este santo estuvo en 1219 en Egipto y Marruecos, esperando acaso el martirio. El 14 de septiembre de 1224, recibió en el monte Verma los estigmas en las manos y en los pies.







terreno, hasta la época que podemos llamar contemporánea. Después de él, el poder temporal fue prácticamente consustancial con la figura de los papas.

Cuando se tiene conciencia de que basta una señal para transformar el poder espiritual en temporal, el rechazo de este último puede ser tan sincero como vano.

Sólo en el siglo VIII, casi medio milenio después de Constantino, se tradujo en leyes codificadas la indicación vagamente dada por aquel Emperador.

La fecha es incierta: el año 728 ó 742. Por ese entonces, un rey, el lombardo Liutprando, donó al papa una franja de tierra sobre la cual dominar también en los asuntos civiles. Cristiano y devoto al papa, Liutprando acariciaba un proyecto político: hacer de Italia una monarquía lombardo-católica, que no gustaba nada a los pontífices, todavía más espirituales que temporales en lo que respecta al poder.

El primer paso que se debía dar en esta dirección era conseguir acabar con la presencia de los bizantinos en Italia. Si el papa de Roma hubiese sido político, el proyecto de Liutprando habría resultado ideal. Los bizantinos, más o menos abiertamente, siempre habían intrigado contra las pretensiones de supremacía religiosa de la Iglesia de Roma. En ese momento la rebelión de Constantinopla se manifestaba con una suerte de cruzada moral y material para abolir las imágenes religiosas, las estatuas, los símbolos, los cuadros (iconoclastia). El emperador de Constantinopla, León III el Isáurico, habría pronunciado la amenaza de destruir incluso la imagen de San Pedro, en Roma.

Liutprando inició una acción contra los bizantinos que, en Italia, tenían su centro en Rávena. Pero el papa Gregorio II se opuso. No le agradaba la idea de Italia unificada bajo el poder lombardo. Y así fue que, paradójicamente, el propio Grego-



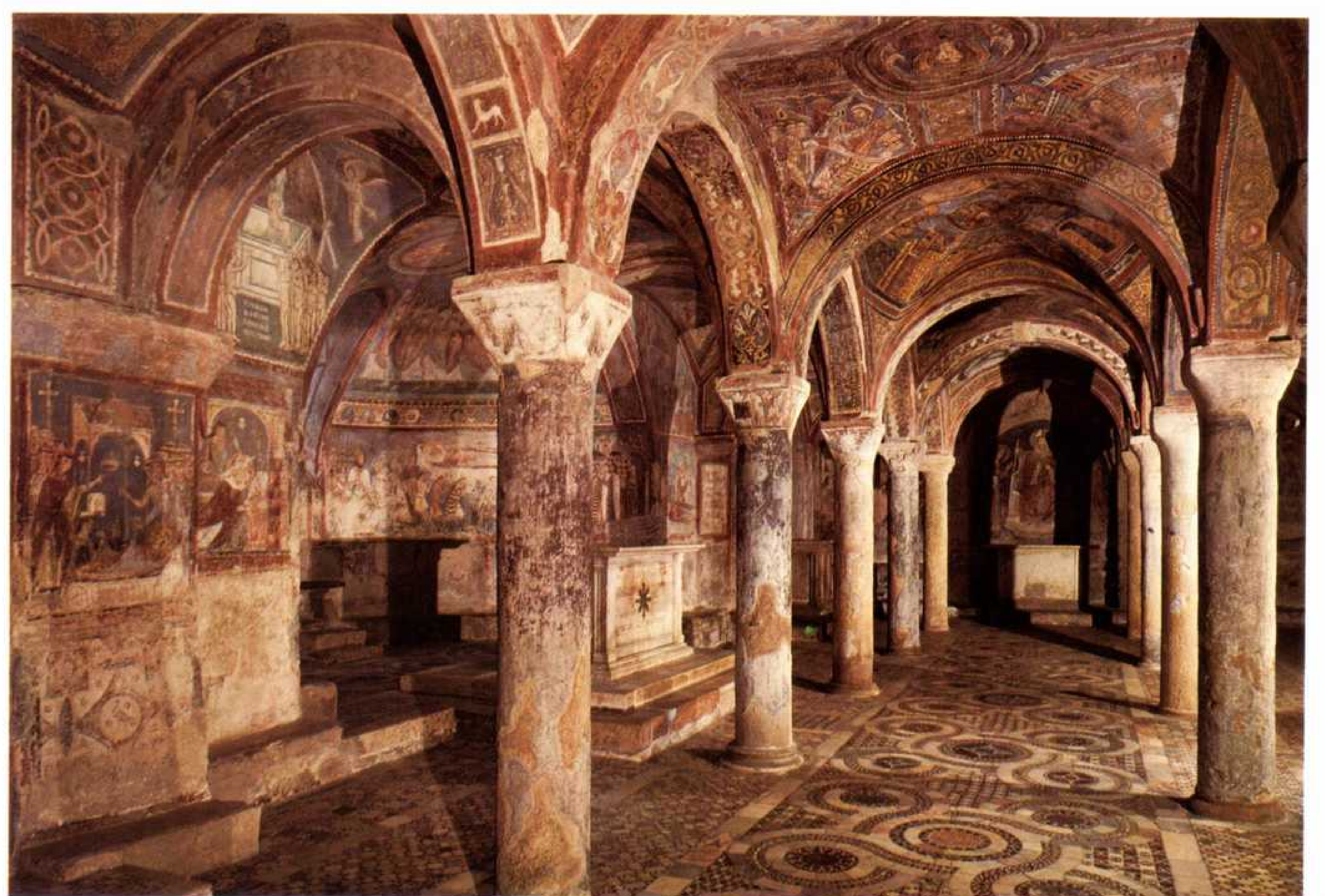
Izquierda, en el extremo: Inocencio IV, papa, en el Concilio de Lyon. Sinibaldi Fieschi, genovés, fue electo en 1243, en Anagni, después de casi dos años de estar la sede vacante. No agradó al emperador Federico, quien lo obligó a refugiarse en Génova. Inocencio convocó en Lyon un concilio para juzgar, entre otras cosas, el comportamiento del Emperador, que no respetaba la voluntad pontificia en materia de nombramientos eclesiásticos.
El concilio, inaugurado el 3 de junio de 1245, renovó la excomunión a Federico y decretó una cruzada en su contra. El Emperador, derrotado en Fossalta el 26 de mayo de 1249, se retiró a Capitanata (actualmente en la región de Puglia), donde murió el 3 de diciembre de 1250.
Izquierda, arriba: El papa Clemente IV ordena una cruzada, con la ayuda de Carlos de Anjou (miniatura de los siglos XIII-XIV; Florencia, Biblioteca Riccardiana).
Izquierda, abajo: Gregorio IX (mosaico de la antigua ábside de San Pedro). Elegido papa cuando contaba ochenta años, Ugolino Conti di Segni se empeñó, con poca fortuna, en la lucha contra Federico II porque el emperador se hallaba en el apogeo de su poder y llegó hasta impedir el concilio que el Papa convocó en Roma (1239).

Arriba: Dibujo de una epístola de Santo Tomás.
Derecha (de arriba hacia abajo): Tres imágenes de papas, tomadas del *Chronicon Imperatorum et Pontificum* (Módena, Biblioteca Estense); Honorio IV (1285-1287), que en la vida seglar se llamaba Jacobo Savelli, pertenecía a una familia romana noble. Su período de pontificado fue breve y pacífico; Nicolás IV (1288-1292), Jerónimo d'Ascoli, obispo de Palestina, fue uno de los pocos sobrevivientes de un cónclave diezmado por una peste, y el primer franciscano que llegó a ser papa. Mandó construir la Catedral de Orvieto, autorizó la fundación de la Universidad de Montpellier y desarrolló de gran manera la actividad universitaria también en Italia; Celestino V (1294), el papa del gran rechazo.





Arriba: El jubileo de Bonifacio VIII, obra de un pintor romano del siglo XIV (Roma, San Juan de Letrán). En el tormentoso pontificado de Benedetto Gaetani, de Anagni, el Año Santo, proclamado por primera vez, fue el único período de tregua. Después, el Año Santo se celebró cada cincuenta años y actualmente cada veinticinco años.
Derecha: Fachada de la Catedral de Anagni, del siglo XII.
Abajo: Cripta llamada de San Magno, en la Catedral de Anagni, interesante por la iconografía bizantina que presenta.
Abajo, derecha: Detalle de la casulla de seda que perteneció al parecer a Bonifacio VIII, quien la donó a la Catedral de Anagni.







Coronación de Clemente V, primer papa de Aviñón (Códice Chigi, siglo XIV; Roma, Biblioteca Vaticana). El cónclave se reunió en Perusa. Su labor duró once meses y los perusinos, impacientes por la larga espera y forzándoles para que tomasen una decisión, quitaron el techo del sagrado palacio donde se reunían los cardenales y redujeron sus raciones de alimentos. Se eligió entonces a Bertrand de Goth, arzobispo de Bordeaux, coronado en Lyon, en 1305.

rio II se alió con sus enemigos bizantinos para oponerse a sus amigos lombardos. Liutprando cedió y donó a Gregorio II la ciudad de Sutri, que había sido conquistada.

Sutri fue la primera ciudad que se entregó a un papa (728). A partir de ese momento se empezó a hablar de un *Patrimonium Petri,* de un patrimonio de San Pedro. Otros historiadores citan como fecha el año 742: muerto Gregorio II, le sucedieron Gregorio III y luego el papa Zacarías; el rey Liutprando, que entretanto no había dejado de combatir a los bizantinos en Italia, regaló al nuevo pontífice las tierras conquistadas (Orte, Bomarzo, Blera y Amelia).

De esta manera se originó el Patrimonio de San Pedro: el poder temporal de los papas, que creció con el curso del tiempo. Doce años más tarde, Pipino, el rey de los francos, amplió dicho dominio, ya que entregó al papa el poder temporal sobre el centro de Italia (Las Marcas y Romaña).

Los lombardos estaban siempre en el medio: Astolfo se hallaba a punto de marchar sobre Roma, con menos escrúpulos que Liutprando. El papa Esteban II quiso lograr el mismo milagro de León I frente a Atila y Genserico, el rey de los vándalos. Intentó la misma persuasión que Gregorio II pusiera en práctica con Liutprando. Pero la operación espiritual-diplomática del papa Esteban II no dio resultados positivos. El lombardo Astolfo continuó su avance hacia Roma para unificar a Italia bajo una sola monarquía: la suya. Entonces, el papa Esteban II recurrió a los francos, pueblo cuya conversión data de más antiguo que la de los lombardos. Esto es muy importante: el obispo de Roma, el papa, eligió en esa época el apoyo de un imperio continental, aunque embrionario, contra una fuerza de unificación nacional. Francos, lombardos y romanos creían en el mismo Dios, con las mismas fórmulas y ritos: sin embargo, el jefe de la Iglesia optó por los constructores de un imperio en lugar de optar por los artífices de una nación. Fue una elección de calidad que hizo con la mirada puesta en lo universal más que en lo local. Los francos parecían ser los más fuertes y constituían una genuina potencia naciente. Mediante el pacto de alianza entre Esteban II y Pipino, rey de los francos, que se estipuló en Quiery en 754, el Estado pontificio pasó a ser, de hecho y de derecho, una potencia terrena. Veintitrés años más tarde, un papa, Adriano I, reclutaría por primera vez su propio ejército.

Guiado por Carlomagno, el reino de los francos se encontraba en su máximo grado de esplendor, mientras que los lombardos habían desaparecido del escenario. La alianza entre el Estado

Arriba: Vista de Aviñón. Situada al sur de Francia, sobre el Ródano, en una zona fértil y rica, la pequeña ciudad fue escogida como sede papal cuando se eligió como papa, en 1316, a su obispo, Jacques d'Ense, con el nombre de Juan XXII. Benedicto XII (1334-1342) y Clemente VI (1342-1352) confirmaron la elección y dieron vida al período de la historia de la Iglesia que se conoce como cautiverio de Aviñón, a causa del intenso condicionamiento que el rey de Francia ejercía sobre el papado.



Izquierda: Inocencio VI (del *Chronicon Imperatorum et Pontificum.* Siglo XV; Módena, Biblioteca Estense).
Esteban Alberto de Limoges (1352-1362), se preocupó de retomar el control en los territorios del Estado de la Iglesia, enviando a Italia al cardenal español Egidio Alvarez de Albornoz. Este formalizó negociaciones favorables con Milán y Florencia y entró en Roma, donde se hallaba en auge el tribuno Cola di Rienzo. Pese a la súbita muerte de Cola, asesinado en 1354 en un tumulto popular, Albornoz restauró el orden en la caótica vida de Roma, y en el curso de cuatro meses redujo a la obediencia inclusive a los ducados de Espoleto, Ancona, Rávena, Faenza y Forli.
Derecha: Urbano V (Bolonia, Collegio Arcivescovile).



pontificio y los francos parecía ser la única solución que garantizaría la paz a Italia. Por otra parte, Carlomagno consideraba que su imperio sería imperfecto sin la consagración por el Sumo Pontífice. Así, pues, la noche de Navidad del año 800, en un marco que impresionaría a la humanidad durante los siglos venideros, Carlomagno y su hijo asistieron a la misa solemne en San Pedro. Y aquí, aparentemente en forma sorpresiva, pero en realidad tras una larga y minuciosa preparación, el papa León III descendió del altar y colocó, en nombre de Dios, sobre la cabeza de Carlos, la corona de oro de emperador, y simultáneamente otorgó al hijo de éste el título de rey de Italia. En las bóvedas de San Pedro resonó el saludo del pueblo romano al Emperador: «¡A Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria!»

Este espléndido momento fue, en realidad, la iniciación de uno de los períodos más oscuros de la historia de la Iglesia. La consolidación del poder temporal se superpuso a la nobleza del poder espiritual (y a menudo pareció anularlo). Desde el momento de su consagración en San Pedro, la alianza ante Dios entre el Papa y el Emperador estuvo señalada por una brutal rivalidad. En los años que siguieron, la administración papal fue directamente controlada por un enviado permanente del Emperador, y uno de los sucesores de Carlomagno pretendió supervisar la elección del Pontífice.

Entretanto se perfilaba el cisma más grave en la historia de la Iglesia, anterior al de Martín Lutero: el Cisma de Oriente. La larga disputa teológica, en ese momento en que la Iglesia de Roma era también una potencia terrena, se convirtió lisa y



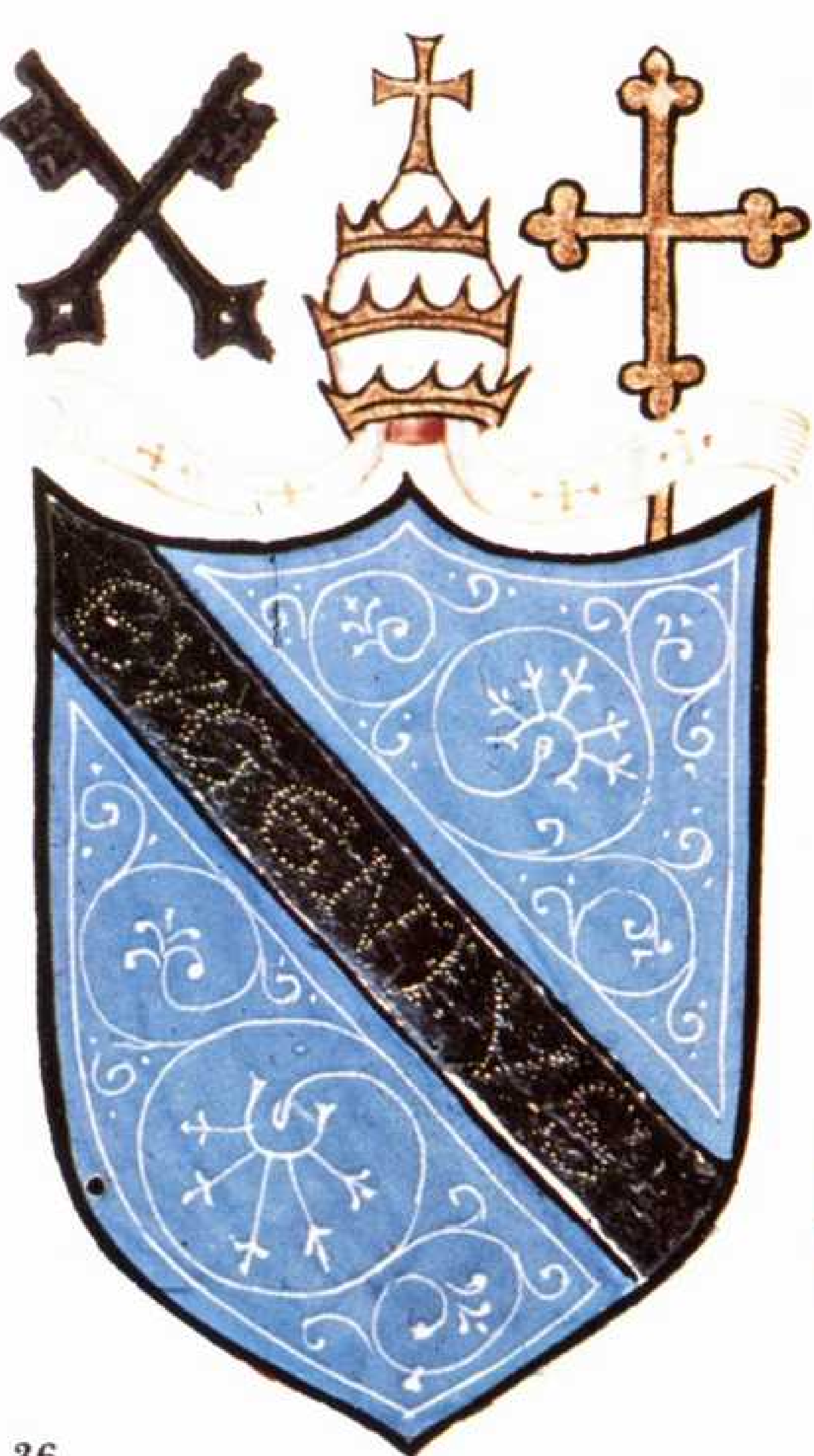
Arriba: Elección del papa Bonifacio IX (1389-1404), en una miniatura de la época. Después que Gregorio XI, atendiendo también a la solicitud de Santa Catalina de Siena, devolvió el papado a Roma, en 1378, los cardenales franceses eligieron papa a Roberto, conde de Ginebra. Este, hombre de armas más que de Iglesia, asumió el nombre de Clemente VII (izquierda) y tuvo por sede a Aviñón. Fue la iniciación de lo que se llamó el Cisma de Occidente, que se prolongó hasta el año 1417, cuando el Concilio de Constanza declaró perjuro, cismático y hereje al último antipapa, Juan XXIII, que murió en 1423 (derecha).







Arriba: Fachada de Santa María del Fiore, en Florencia, consagrada por el papa Eugenio IV.
Arriba, derecha: Vista de la Catedral de Florencia, también consagrada por el papa Eugenio IV.
Derecha: Pintura que se conserva en la Biblioteca Mediceo-Laurenciana de Florencia.
Abajo, izquierda: Blasón del papa Eugenio IV (Códice, Biblioteca Vaticana). El pontificado de Eugenio IV fue muy borrascoso. Se enfrentó con Colonna, heredero de su predecesor, Martín V, a quien excomulgó y privó de sus bienes. En 1434, cuando Roma fue atacada por Francisco Sforza y Nicolás Fortebraccio, Eugenio IV se refugió en Florencia, donde desempeñó algún tiempo la función de obispo y concluyó el Concilio de Florencia. Murió en el año 1447.







Izquierda: Una escena del Concilio Ecuménico celebrado en el siglo XIV (iglesia-monasterio de Sucevita, Rumania). Arriba: Lucha contra la herejía, un episodio de las *Historias de Santo Tomás*, de Filippino Lippi (Roma, Santa Maria sopra Minerva), inspirado en la actividad de Tomás de Aquino (1225-1274).
Gran estudioso del pensamiento de Aristóteles, la eficacia de su método para demostrar la existencia de Dios, fue muy pronto reconocida universalmente y se consideró a Tomás de Aquino como uno de los grandes doctores de la Iglesia de Occidente. Fue el más lúcido y tenaz opositor de los errores y herejías de los comentaristas árabes de Aristóteles.

llanamente en una fractura política, aunque siempre enmascarada bajo el aspecto de cavilosas discusiones abstractas. Verdad es que ni Roma ni Constantinopla tenían posibilidad de entablar la guerra por su cuenta, pero eran dos culturas profundamente diferentes. Una cantidad de discusiones políticas culminaron en recíprocas excomuniones. Los embajadores no lograron resultado alguno, y en la primera mitad del siglo XI se sancionó el Cisma de Oriente, en forma irreversible.

Si el Cisma de Oriente, al igual que el posterior de Lutero, respetó en cierto modo el tiempo largo de la Iglesia y se prolongó en el curso de los siglos, lo que sucedió en Roma al declinar el milenio fue una crónica negra, tenebrosa, oscura, a menudo sórdida, mensurable según los cánones laicos.

Una de las manifestaciones más vulgares es el comercio de las rentas eclesiásticas, de las propiedades de la Iglesia, de los estipendios que corresponden a los detentores de cargos eclesiásticos. Con el correr de los siglos, este pecado se denominaría simonía, y derivaría del nombre de un tal Simón el Mago, que quiso comprar de San Pedro el don de conferir el Espíritu Santo. En este mercado, la rivalidad entre el poder papal y el imperial se convirtió en una sorda lucha de facciones, que no tuvo asomos de grandeza. Ascendían al poder los aventureros y nombraban papas a sus protectores, que eran de la misma ralea. Una mujer, Marozia, hija de un supuesto cónsul y senador de los romanos, consiguió hacer encarcelar y estrangular después al papa Juan X, y algunos años más tarde logró que se coronara papa a Juan XI, su hijo, que sólo era un muchacho. En poco tiempo habría directamente un papa de dieciséis años. El abismo moral en el que se precipitó el pontificado parecía no tener fondo. Los enemigos de la Iglesia hacen gran hincapié en las abyecciones de este período negro, así como, más adelante, en las aberraciones de la Santa Inquisición. Sin embargo, es un hecho que ninguna institución puramente política habría podido sobrevivir a la ruina. La Iglesia sí, y los no creyentes pueden atribuir la razón de esto a las muchas islas de pureza, de alta espiritualidad, que siguieron existiendo entre los devotos humildes, en los monasterios más ignorados, entre los pastores de almas que carecían de poder alguno. Y es así que, en el primer siglo del milenio (cuando aún estaba fresco el recuerdo de las elecciones papales fraguadas), dominó una de las figuras más extraordinarias en la historia de la Iglesia, la del pontífice Gregorio VII (Hildebrando de Soana), que repropuso e impuso la dignidad e independencia de la Iglesia. Gregorio VII captó mejor que cualquiera de sus predecesores la esencia del problema que provocó tantos desastres. Comprendió que la crisis de espiritualidad de la Iglesia estaba inextricablemente unida a su crisis de poder. Ya en ese momento la Iglesia no podía renunciar al poder: el mismo pueblo pontificio solicitaba a la Iglesia y a su jefe que actuaran sobre la tierra como lo habría hecho un buen emperador, si hubiese existido. Una vez aceptada la vía del poder temporal, la degradación se originaba en el torpe cruce de intereses entre las familias influyentes, los señorones, los seudorreinantes y los pastores de almas.

Hildebrando de Soana llegó al pontificado casi contra su voluntad. Fue un monje que huía de la gloria terrena, un místico con ideas muy claras sobre la decadencia de la Iglesia.

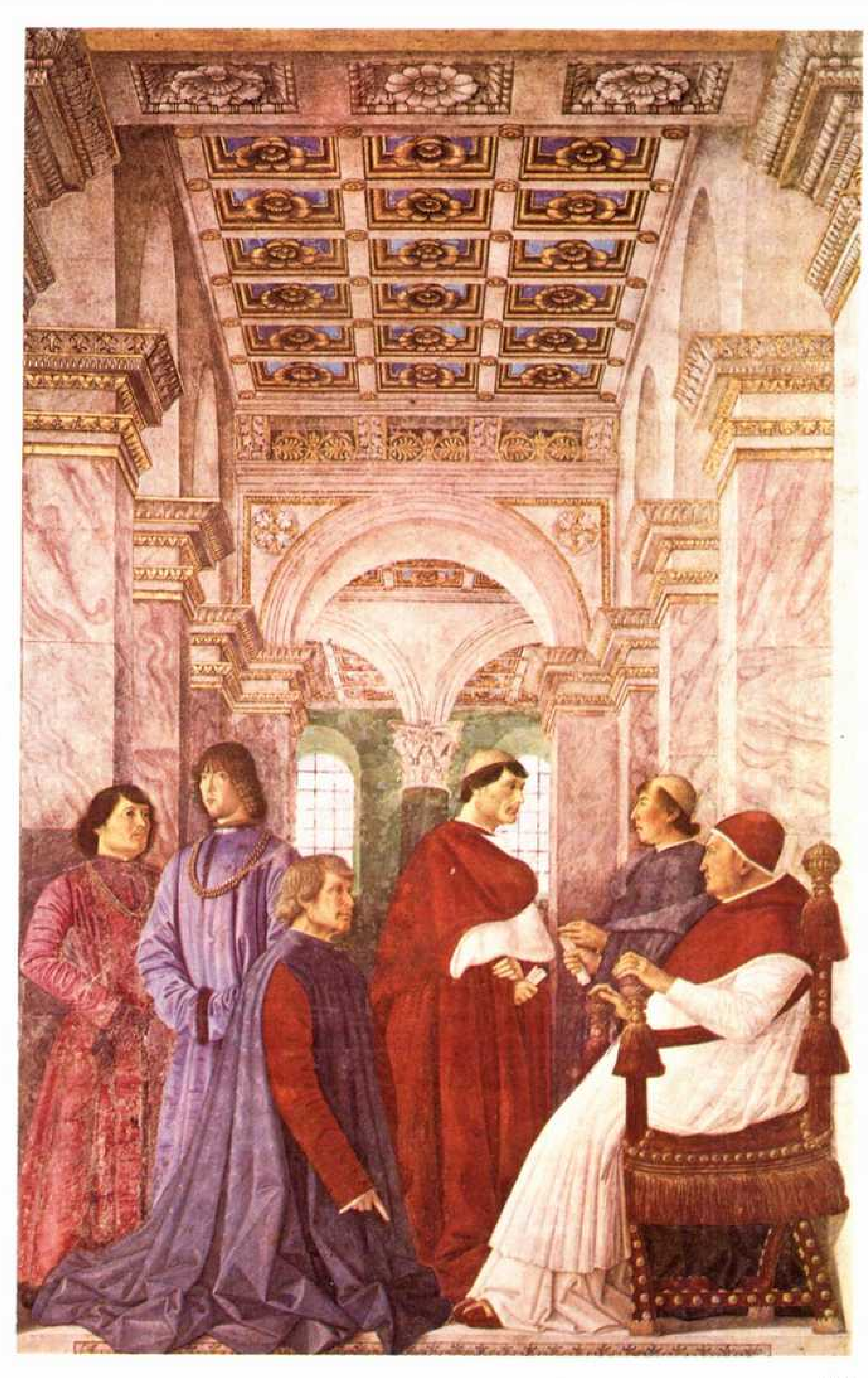
Tuvo la fortuna, si así puede decirse, de vivir en una época en la que se experimentaba la vaga sensación de que no se podía caer más bajo, que la destrucción era definitiva.

En vísperas de la iniciación del nuevo milenio, se decía «el año Mil y ningún otro después». Pero superada la fecha fatídica, volvieron las esperanzas. Soplaban vientos de reforma; se predicaba la condena de los simoníacos del comercio de indulgencias y se reivindicaba la absoluta libertad de la Iglesia respecto de los grandes señores y del emperador. Se libraba la lucha de las investiduras, de la que hemos tratado ya.

El papa Alejadro II sabía qué camino debía escogerse, y no



Arriba: Cúpula vaticana de la Capilla Sixtina. Instituida en 1480, mediante una bula especial, aún lleva el nombre de Sixto IV, que la mandó construir. Ha sido decorada por los más insignes maestros italianos, desde Mino da Fiésole hasta Miguel Angel *(Juicio Universal)*.
Izquierda: Blasón de Pablo II. Elegido en 1464, el cardenal Pietro Barbo desagradó a muchas familias romanas. En el curso de la severa represión de tumultos que ordenó, fue arrestado, entre otras personas, B. Sacchi, llamado Platina.
Derecha: Sixto IV y Platina (Fresco de Melozzo da Forli; Vaticano, Pinacoteca).



pudo tolerar que un talento como el de Hildebrando de Soana se perdiera en un monasterio. Y fue él quien lo llevó a las puertas del pontificado.

A la muerte de Alejandro II, Hildebrando lo sucedió y asumió el nombre de Gregorio VII. Paradójicamente, si se considera lo que habría de acontecer luego, Gregorio VII exigió que su entronización fuese ratificada por el emperador Enrique IV, de conformidad con la ley. Esta jugada fue habilísima porque demostró que el nuevo papa respetaba y se atenía de forma escrupulosa a la forma, mientras que se reservaba la absoluta libertad de criticar el contenido real de la forma, esto es, la sustancia. Cuando se le impidió que hiciera tales críticas en nombre de la forma, también la rechazó.

La lucha de las investiduras

No bien se tuvo la evidencia de que el Emperador y los grandes señores estaban aliados para impedir la reforma moralizadora del Pontífice, porque les arrabataba todo poder real dentro de la Iglesia, y no bien los obispos alemanes, ligados a Enrique IV, declararon depuesto al papa, Gregorio VII reaccionó, utilizando el arma más fulminante que poseía la Iglesia: la excomunión.

La excomunión también constituye un acto formal, ni más ni menos que la ratificación imperial en la elección de los papas. Pero Gregorio VII, ante todo, demostró al mundo que este acto formal podía causar consecuencias prácticas mucho más



graves que la enemistad imperial. Excomulgado, Enrique IV comprendió que su poder efectivo ya no se basaba en las masas populares. Y, puesto que se trataba de un hombre de visión, se dio cuenta de que ningún poder puede regir sin el consenso de las masas.
He aquí por qué Enrique IV se resignó a pedir perdón al Papa. Y por qué a partir de ese momento, independientemente de la crónica, que registraría aún muchos pontífices temporalmente humillados por los emperadores, los sucesores de Pedro se percatarían de la inmensa fuerza persuasiva o compulsiva de la excomunión frente a aquellos que sólo tienen ejércitos a su disposición y, por lo tanto, sólo pueden luchar con ellos. El arma de la Iglesia era mucho más poderosa.
En enero de 1077, el emperador Enrique IV, descalzo, y vistiendo hábito de mendicante, se presentó ante las murallas del castillo de Matilde de Canossa, en las inmediaciones de Reggio Emilia. El papa Gregorio estaba en el castillo de Matilde. Entre otras cosas, corría la voz de que ella era la amante del Papa. No era, por consiguiente, oportuno que Gregorio VII pretendiera recibir las excusas de Enrique IV allí, en casa de la persona acusada, sin sombra de verdad, de corromper al Sumo Pontífice. Así, con una sola imagen legendaria (el emperador, vistiendo harapos, rezando y suplicando en vano puertas afuera, mientras del otro lado se encontraban el papa santo y la más grande terrateniente de Italia), puede sintetizarse la inmensa obra de la Iglesia en el primer siglo del segundo milenio. Obra, pero no triunfo de la Iglesia todavía, pues si bien Gregorio VII deseaba sobre todo la autoridad espiritual del papado y la autonomía de la Iglesia, las condiciones objetivas demostraban que el poder no existe sin poder temporal.
Enrique IV hizo un uso puramente político del perdón obtenido: reconsolidó el Imperio y reanudó la guerra contra Gregorio VII. Venció a las tropas de Matilde de Canossa, tomó Roma y eligió a un antipapa. Gregorio VII se vio obligado a refugiarse en Salerno, a medias como huésped del normando Roberto el Guiscardo, y a medias como su prisionero, hasta que murió en el exilio, en 1085.
La lucha de las investiduras (definición restringida del problema que se debate) prosiguió. Coexistían los papas y antipapas, y convivían directamente en Roma misma. El papa Víctor III, legítimo sucesor de Gregorio VII, habitaba en la isla Tiberina; protegido por Matilde: el antipapa Clemente III estaba en San Pedro. Sin embargo, la prolongación de la lucha actuaba lentamente a favor de la Iglesia: a la patente corrupción y al servilismo de los antipapas, los papas opusieron una pureza creciente y ejercieron en la mentalidad de la gente una fascinación muy distinta que la de los lacayos de un imperio marchito. Y en este clima, el papa Urbano II, devuelto a San Pedro por las tropas de Matilde de Canossa, promovió en el Concilio de Piacenza (1095) la primera cruzada para liberar el sepulcro de Cristo en Jerusalén, ocupado por los musulmanes. Las cruzadas, arriesgadas pero popularísimas aventuras militares, terminaron en baños de sangre y en la brutal adquisición de algún modesto territorio en Oriente, por parte de los caudillos cristianos. No obstante, es cierto que la idea de la cruzada brotó de un masivo entusiasmo religioso, de ardientes frenesíes místicos y de un profundo sentimiento de pecado. Quien ha pecado mucho puede salvarse, sacrificando su vida a Cristo y en esencia las cruzadas eran esto mismo.
De esta manera, la cruzada de Urbano II en cierto modo ridiculizó y degradó al rango de disputas locales, las pretensiones de los emperadores en la lucha de las investiduras. Jerusalén fue conquistada en 1099, pocos días antes de la muerte de Urbano II. Pese a este triunfo internacional del papado, el emperador Enrique V abrigó ilusiones, unos años más tarde, de anular el poder temporal de la Iglesia. Se obligó al papa Pas-

Izquierda: Detalle del revestimiento ornamental del frontal del altar de mármol de San Gregorio (siglo XV; Roma, iglesia de San Gregorio Magno). En él, Gregorio libera del Purgatorio el alma del monje Justo. San Gregorio es uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia de Occidente del período más antiguo, junto con los santos Ambrosio, Jerónimo y Agustín.
Abajo: Figura alegórica de un papa con pies de demonio.
Derecha: Alegoría de un papa condenado. Son dos miniaturas del códice Jensky. Las alegorías y representaciones satíricas de los pontífices estuvieron presentes ya en la Edad Media, pero se multiplicaron en el Renacimiento, a causa de la inmoralidad y la desmedida sed de poder mundano de muchos de ellos.



cual II a renunciar al derecho de conferir las dignidades eclesiásticas, y debió entregar al Emperador todos los territorios del Estado pontificio. Pero Matilde de Toscana, al morir, dejó en herencia a la Iglesia todos sus dominios. Enrique V procuró apoderarse de ellos, pero el pueblo romano se alzó en rebeldía y lo persiguió. En 1122 concluyó formalmente la lucha de las investiduras, con un compromiso (Concordato de Worms) entre Enrique V y el papa Calixto II, que reconoció a los pontífices el poder de nombrar a los obispos y de investirlos espiritualmente, mientras que el emperador o sus representantes los investirían del poder temporal. Al año siguiente (1123) se reunió el primer Concilio Lateranense que, además de ratificar el Concordato de Worms, le dio una interpretación favorable a los intereses de la Iglesia, reavivando el espíritu de las cruzadas. Aunque concluida en el papel, la lucha de las investiduras perduró en los hechos, pero dejó de denominarse así. Grandiosos y complejos acontecimientos sociales, que corresponden a la tímida aparición de una burguesía urbana de comerciantes y artesanos en la escena de la historia, cambiaron la faz de la sociedad italiana y europea. En el siglo XII estalló en Alemania la lucha entre güelfos y gibelinos. La misma lucha se repitió en Italia, donde güelfos y gibelinos, más que representar a varias familias pretendientes al trono imperial, terminaron por expresar a los que se batían por el poder del papa (güelfos) y a los que exigían todo el poder, temporal y espiritual, para el emperador (gibelinos). Pero, sobre todo, floreció en Italia la civilización comunal.

Iglesia, Comunas e Imperio

En Italia, las Comunas constituyeron la primera expresión consciente de una burguesía que ya no admitía depender del emperador. Fueron fruto de una evolución comercial y social

ALEJANDRO BORGIA, CESAR Y LUCRECIA

El ascenso de la familia Borgia, originaria de Gandía, Valencia, y emigrada a Italia en el siglo XV, se inició en 1455, con la elección al pontificado de Alfonso, arzobispo de Valencia, que se convirtió en el papa Calixto III. A su vez, su sobrino Rodrigo fue elegido papa en 1492, con el nombre de Alejandro VI.
Más inclinado a las armas y diversiones que a la plegaria, Alejandro tuvo muchos hijos, todos legitimados, de distintas mujeres, y procuró favorecerlos de todas maneras, concediéndoles honores, títulos, riquezas y poder.
Por esto, por su vida disipada, por su injerencia en las alternativas de la vida política italiana, Alejandro VI fue una personalidad muy discutida; Jerónimo Savonarola, entre otros contemporáneos, lo condenó duramente, acusándolo de simonía y terminó primero excomulgado por el pontífice, y después quemado en la hoguera, en Florencia.
Antes de abrazar el estado eclesiástico, cuando era militar, tuvo de Julia Farnesio cinco hijos, que fueron: Juan, César, Godofredo, Luis y Lucrecia; los más famosos son César y Lucrecia.
El primero, aventurero sin escrúpulos, pero óptimo caudillo y hábil administrador, acariciaba el sueño de constituir un fuerte señorío hereditario en Italia central, con las posesiones de la Santa Sede. Su padre le nombró cardenal, pero abandonó la carrera eclesiástica por la de las armas y casó con la hija de Juana de Albret, reina de Navarra. Se alió con Luis XII, rey de Francia, y en unión de las tropas francesas se apoderó de toda Romagna, entre 1500 y 1501, y su padre lo nombró duque de aquella región en mayo de 1501. Penetró luego en el reino de Nápoles y ocupó el ducado de Urbino. Entretanto, tuvo conocimiento de un complot urdido en su contra por algunos de los capitanes que le merecían mayor confianza, y por Pablo y Francisco Orsini, e invitó a un banquete a todos los conjurados, haciéndolos encarcelar o asesinar. Pero la carrera de César, que murió en España, en el año 1507, quedó truncada al desaparecer Alejandro VI, pues ascendió al solio pontificio Julio II, Juliano della Rovere en la vida secular, enemigo de los Borgia, que lo prendió y lo envió a España al cuidado de Gonzalo de Córdoba.
En cuanto a Lucrecia Borgia, duquesa de Ferrara, muerta cuando sólo contaba treinta y nueve años, su nombre es sinónimo de corrupción, intrigas y crueldad. En realidad, hoy se tiende a ver en ella, sobre todo, un instrumento de las ambiciones políticas de su padre y su hermano, que combinaron para Lucrecia una serie de matrimonios, en su totalidad de conveniencia, y no tuvieron reparo en anularlos aun con el homicidio, en caso necesario. Se casó sucesivamente con Juan Sforza, señor de Pésaro; Alfonso de Aragón, hijo natural de Alfonso II de Nápoles, y Alfonso de Este, duque de Ferrara. En la vida de la corte de Ferrara, Lucrecia tuvo una posición de primordial importancia, que se refleja en las páginas que le dedicaron Bembo, Ariosto y otros literatos insignes.





Arriba: Retrato del príncipe César Borgia (1475-1507), el más ambicioso de los hijos de Rodrigo, que fue el papa Alejandro VI. Después de ascender rápidamente todos los escalones de la carrera eclesiástica (era cardenal cuando contaba sólo dieciocho años) César renunció a ella en 1498, y desposó un año más tarde a Carlota d'Albert, prima del rey de Francia: se convirtió entonces en duque de Valentinois (de ahí el nombre de *el Valentino*, con el que es más conocido).
Izquierda: Vista de la fortaleza de San Leo, en Las Marcas, posesión eclesiástica tomada por la traición de César Borgia, en 1502.
Abajo: Moneda acuñada con motivo del jubileo de 1500; ostenta la efigie del papa Alejandro (Museo Nacional Romano).



Derecha: Castillo de la familia de Este, en Ferrara. En 1501, para que su hermana Lucrecia se casara con Alfonso de Este y ganar así su amistad, César Borgia no vaciló en hacer asesinar al marido de aquélla, Alfonso, duque de Bisceglie. *El Valentino*, abandonado por los franceses, hostigado por los Orsini, fue finalmente capturado y encarcelado por Julio II; no obstante, logró huir y se refugió en Navarra, donde murió en combate el 12 de marzo de 1507. Se había cerrado el ciclo de la familia Borgia.



Abajo: La fortaleza de San Marino, con una de las tres torres medievales de la pequeña república. Independiente de la Santa Sede, hasta de derecho, desde el siglo XIII, hasta comienzos del siglo XVI, San Marino resolvió someterse a Venecia, para no ceder a César Borgia, pero esa tentativa fue en vano por cuanto en 1503 el caudillo romano logró conquistar el minúsculo Estado, que, sin embargo, volvió a ser libre tan sólo seis meses después.



Arriba: Retrato de Francesco Maria della Rovere, duque de Urbino, realizado por Tiziano (Florencia, Uffizi). El ducado de Urbino fue conquistado en 1502 por César Borgia, pero volvió a manos de Guidobaldo de Montefeltro, después de la muerte de Alejandro VI. En 1508, a la muerte de Guidobaldo, el papa Julio II asignó el ducado a Francesco Maria della Rovere, quien contrajo matrimonio con Eleonora Gonzaga, de Mantua.

LOS ENEMIGOS DE LA IGLESIA

«Beatos y puros de espíritu...», he aquí una de las enseñanzas de Cristo más olvidadas hasta por los pontífices de la Edad Media y el Renacimiento, que se cuidaban principalmente de extender su poder temporal, reprimiendo a todo adversario y olvidando en más de una ocasión que eran los representantes de Cristo a los ojos de toda la cristiandad y que con su vida daban ejemplo.

Una actitud tan resuelta es francamente intolerable cuando está frente a quien predica un retorno a la pobreza de los orígenes, a la espiritualidad desinteresada. Se trataba de hereje al que criticaba al papa y a la jerarquía eclesiástica, y a menudo terminaba en la hoguera.

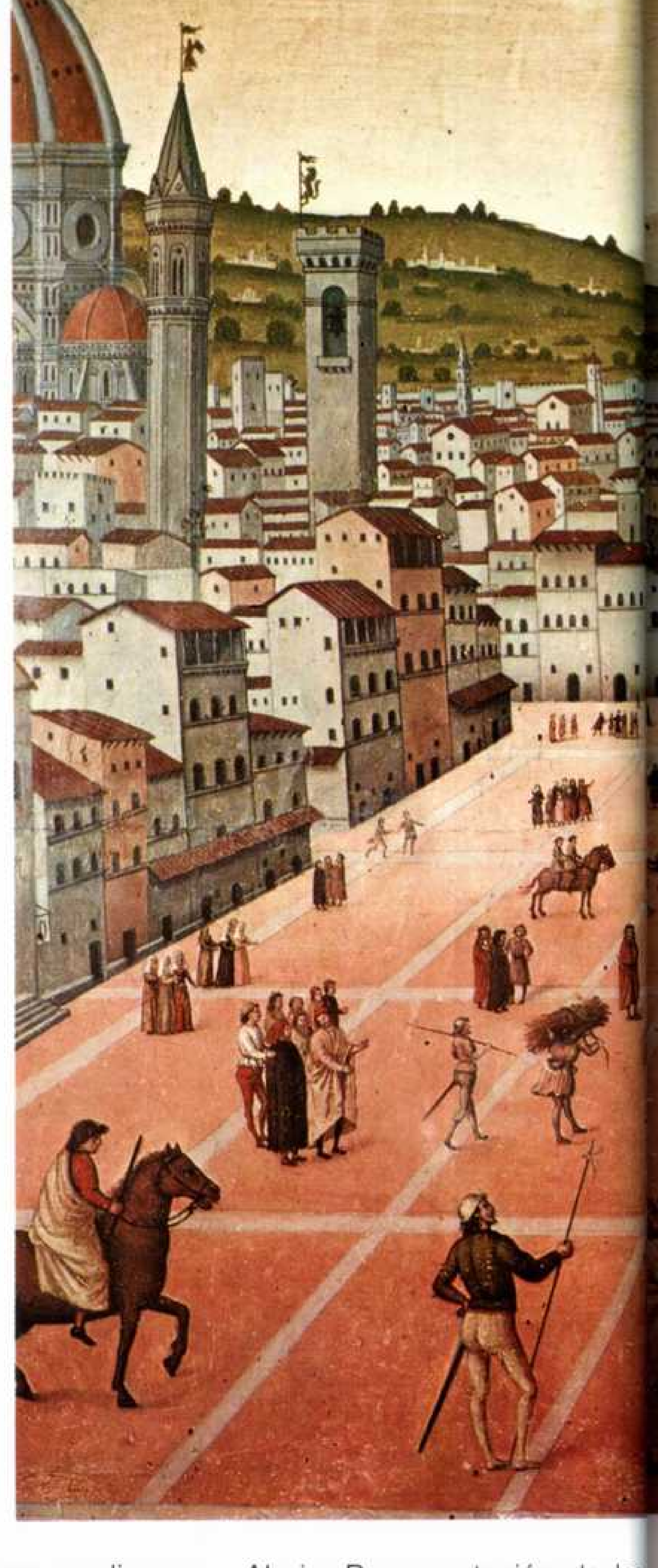
En el curso de los siglos, fueron ajusticiados como herejes, decenas de anónimos predicadores y sus partidarios y personajes de la talla de Juan Huss o Jerónimo Savonarola.

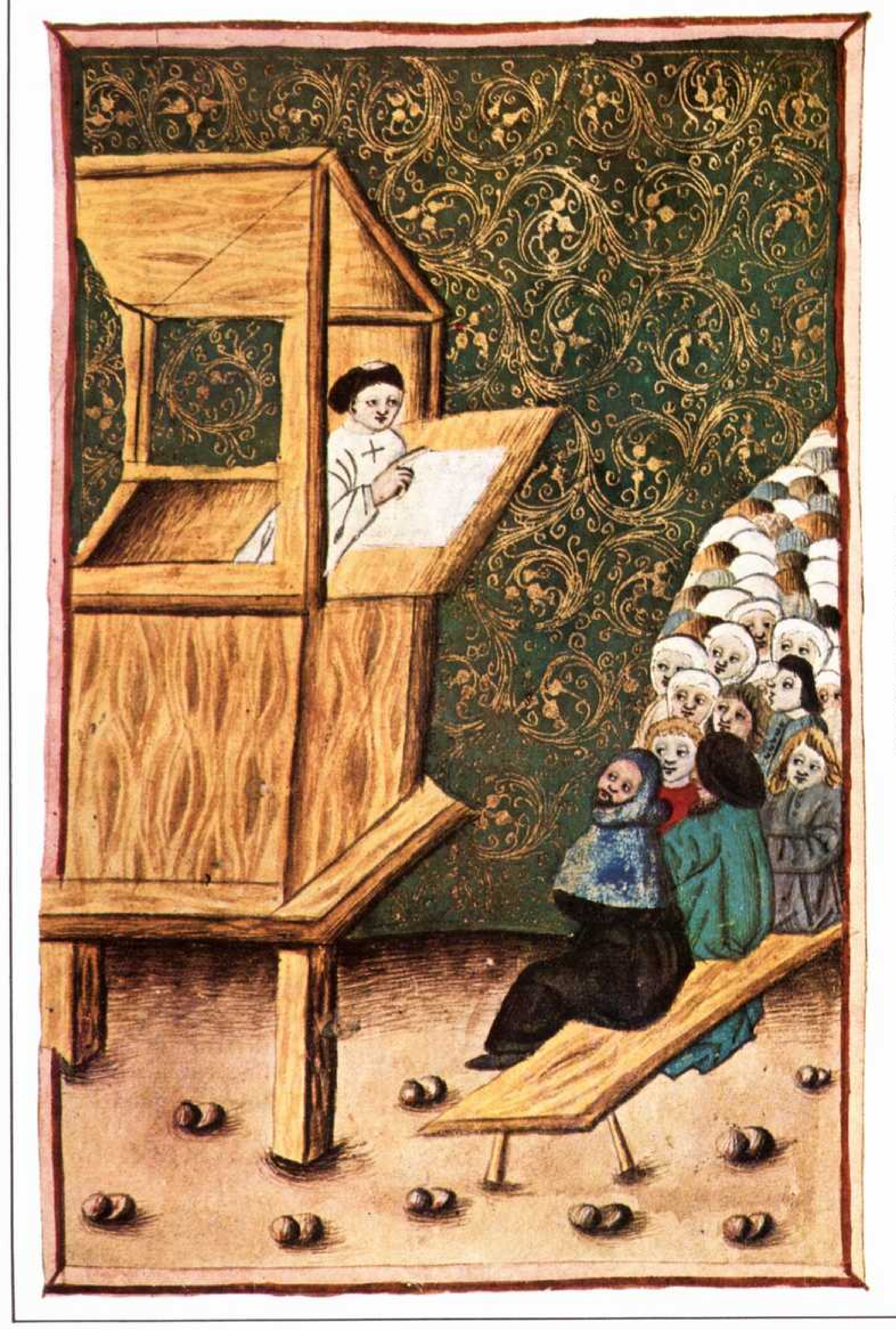
Las suspicacias de la Iglesia oficial rozaron también a los que iban demasiado lejos en el camino de la experimentación o la filosofía: los astrónomos (por ejemplo, Ticho Brahe, Kepler o Copérnico), los alquimistas, los pensadores poco ortodoxos (Erasmo de Rotterdam, Tomás Campanella, Giordano Bruno) y los científicos como Galileo, que fueron obligados a suspender sus investigaciones y a trabajar casi en secreto.





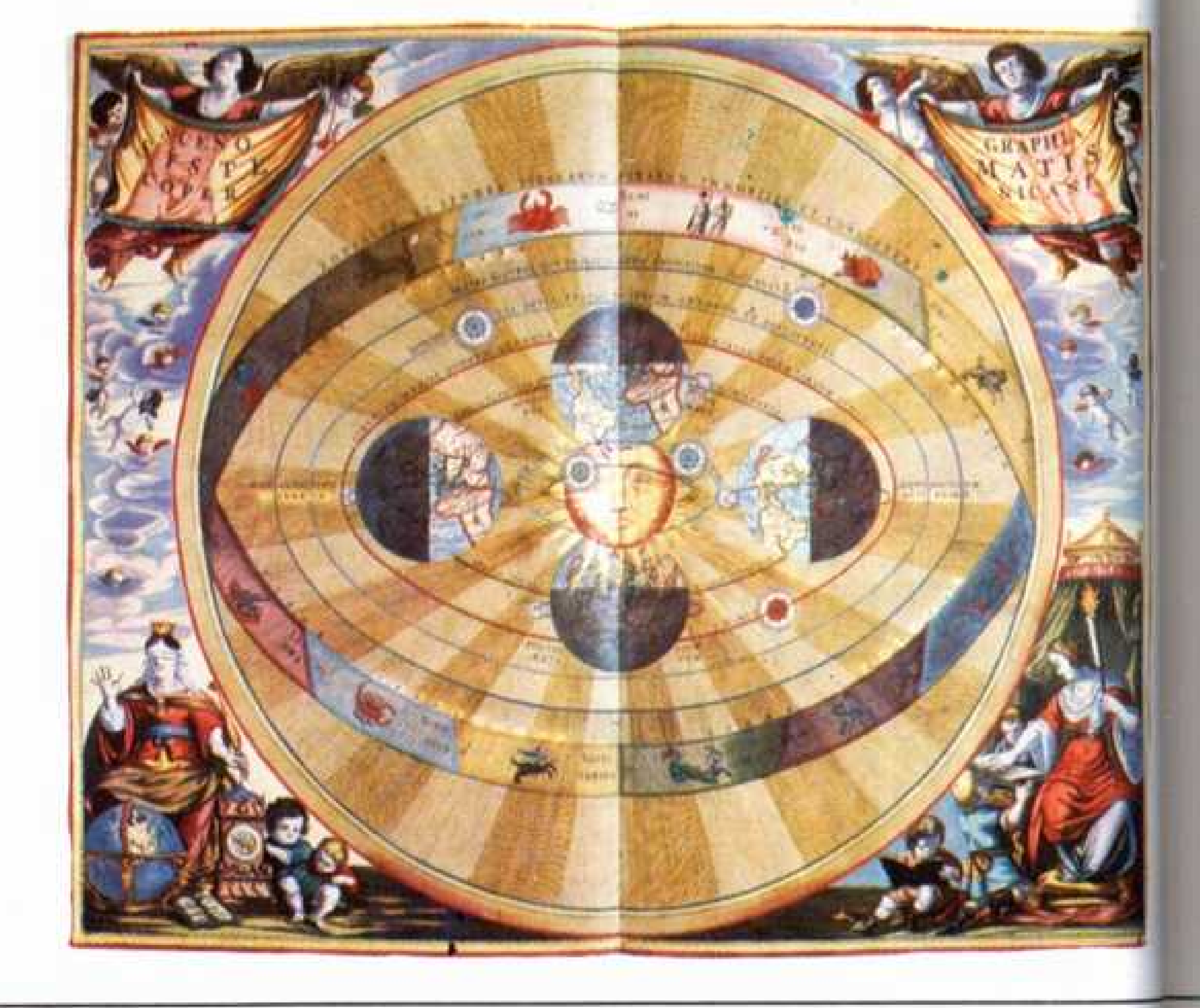
Retrato de Jansenio (Museo de Versalles). Obispo de Ypres, intervino en la secular polémica sobre la Gracia y el libre albedrío, y dio vida al jansenismo con el *Augustinus*.





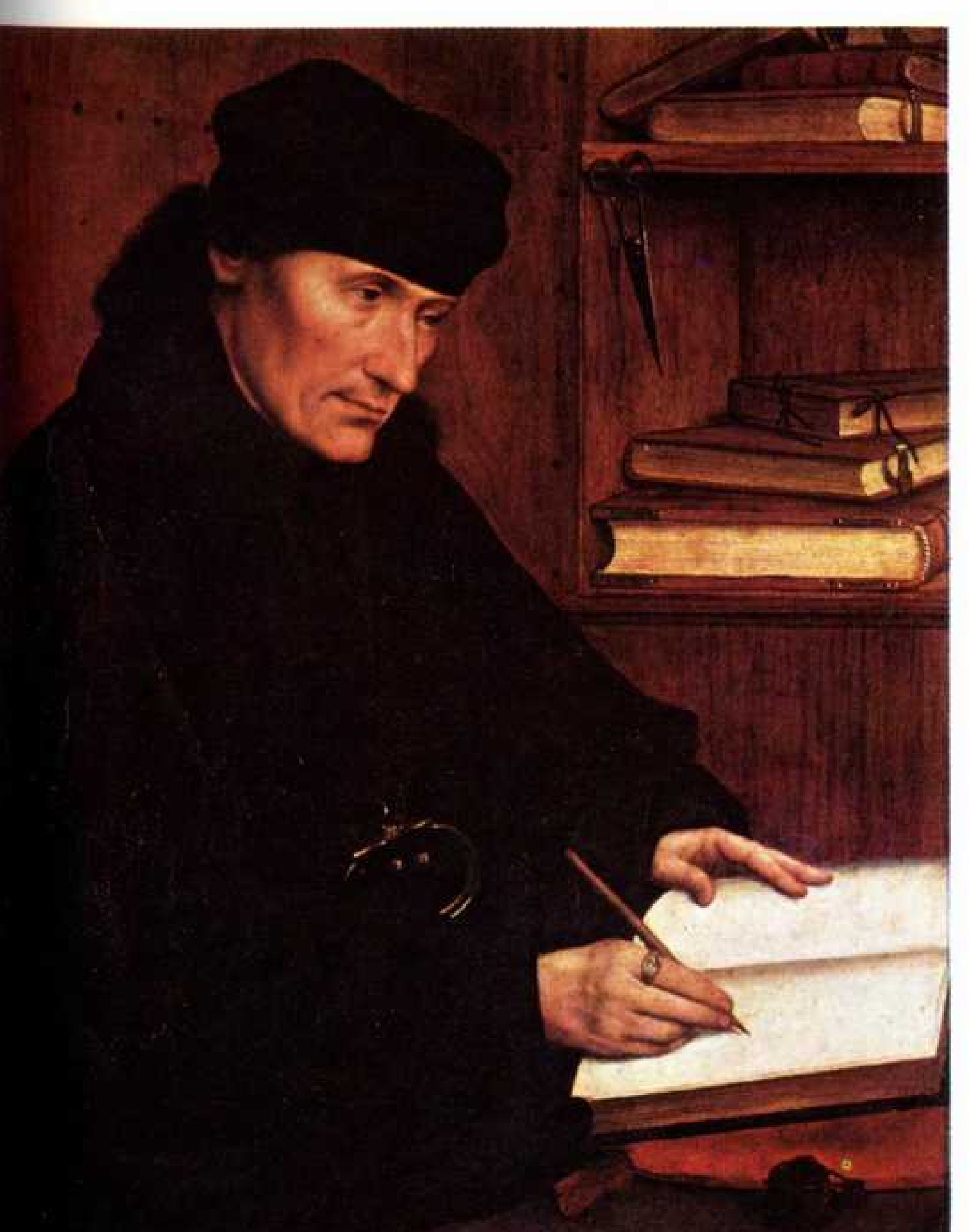
Izquierda: Juan Huss predica en la capilla de Bethleem (Códice Jensky, siglo XV, Praga, Museo Nacional). Sacerdote bohemio, Huss predicó el retorno de la Iglesia a la pobreza y la humildad evangélica y atacó la corrupción y el temporalismo del alto clero, reconociéndole hereje y condenándole a la hoguera.

Abajo: Representación de las estaciones según el sistema copernicano, de Andrea Cella (Amsterdam, 1660). El astrónomo polaco Copérnico (1473-1543) formuló la hipótes heliocéntrica y provocó la reacción de los conservadores y de la Iglesia, que vieron en ello una subversión de la historia de la Creación.





Arriba: Jerónimo Savonarola (Florencia, Museo de San Marcos).
Izquierda: Ejecución de Savonarola, estrangulado y quemado el 23 de mayo de 1498, en la plaza de la Señoría, Florencia (Florencia, Convento de San Marcos). Prior del convento dominico de San Marcos, Savonarola atacó vehementemente la corrupción del clero romano y del papa Alejandro VI. A pesar de un decreto pontificio que le ordenó suspender la predicación (1496), continuó su acción e involucró en la denuncia también a los Médicis, señores de Florencia. Entonces fue excomulgado, y posteriormente fue encarcelado y condenado a muerte.



Izquierda: Erasmo de Rotterdam, obra de Quentin Metsys (Roma, Galería Nacional de Arte Antiguo). Sacerdote y humanista, en su *Elogio de la locura* (1511) denunció vigorosamente y con intención satírica las taras de la vida religiosa contemporánea, las supersticiones populares, la ignorancia de los monjes y la estupidez de los teólogos, ejerciendo considerable influencia a favor de la reforma de las costumbres y del espíritu.

Derecha: Galileo Galilei (Londres, Wellcome Museum of Medical Science). Perfeccionando el uso del anteojo, el científico pisano hizo descubrimientos astronómicos de fundamental importancia (las manchas y los cráteres lunares, los satélites de Júpiter, etc.) que convalidaron el sistema de Copérnico. Obligado a no ocuparse más de la teoría heliocéntrica, Galileo fue denunciado por herejía, y en 1633 se le obligó a abjurar y a retirarse a su villa de Arcetri.



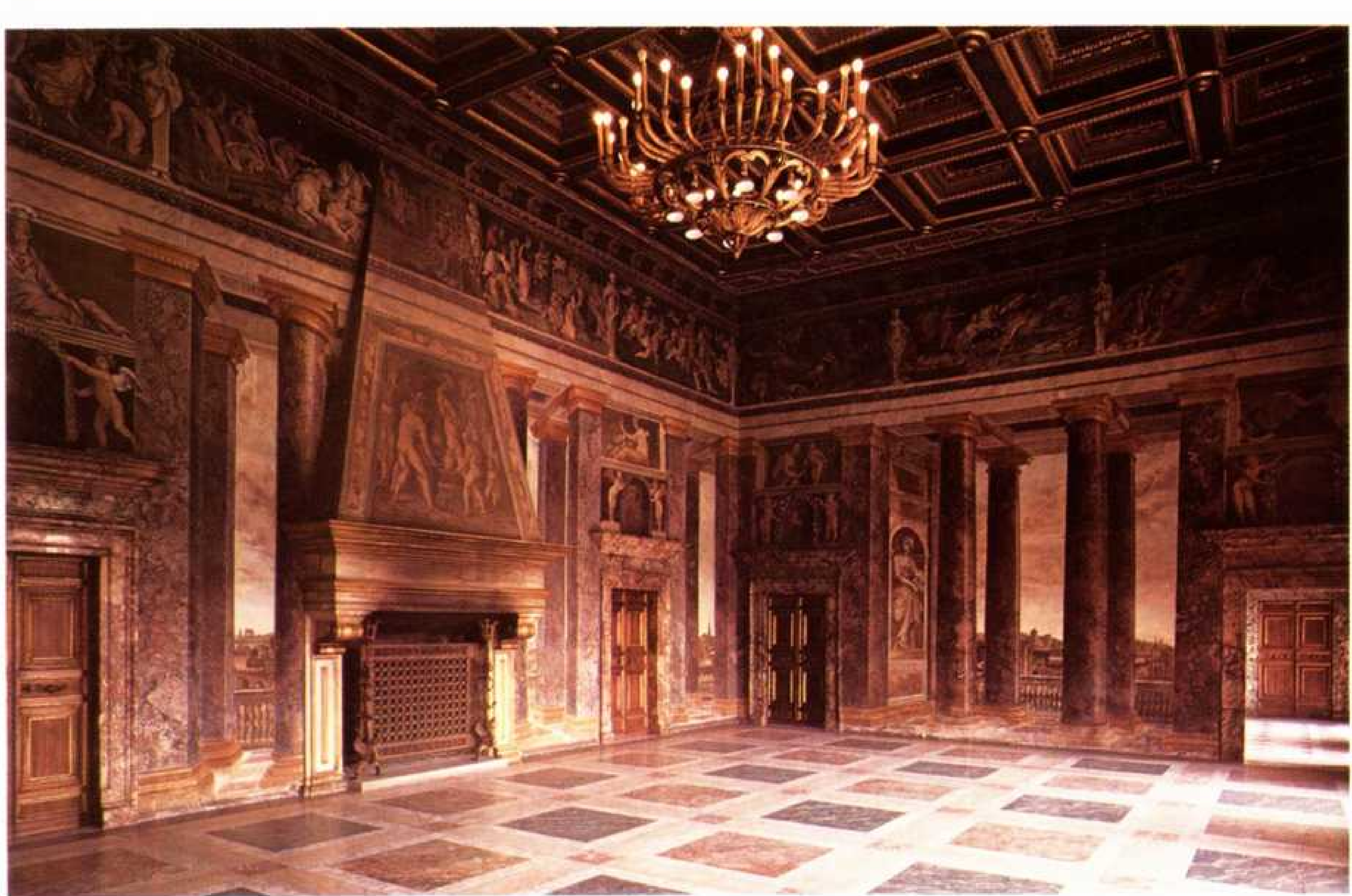
que cambió la fisonomía de las principales ciudades italianas del centro-norte de la península.
Pero Federico I, apodado Barbarroja, el nuevo emperador del Sacro Imperio Romano, no podía admitir ciertamente divisiones en su programa de reconstitución del Imperio, y mucho menos mutaciones sociales que facilitaran a la nueva clase burguesa el acceso al poder.
De pronto, las buenas relaciones entre el Sacro Imperio Romano que restauró Barbarroja y la Iglesia revelaron ser precarias y de conveniencia. Federico I tendió desde un principio a olvidar las cláusulas del Concordato de Worms, y pretendió ser él quien confiriera las insignias religiosas a los obispos alemanes. Su concepción misma del Imperio Sacro, es decir, determinado por Dios (que había heredado de Carlomagno), chocó ya entonces con la autoridad de la Iglesia en toda Europa. Así, pues, si un inglés, el papa Adriano IV, coronaba emperador a Barbarroja, su sucesor, Alejandro III veía en él a un enemigo peligroso. Así fue que recurrió al habitual sistema de los antipapas (eligió cuatro), en tanto que Alejandro III adoptó la posición de máximo coordinador de las ligas que se habían creado en el norte de Italia contra el Emperador y en defensa de las Comunas libres.
Conviene recordar que Federico Barbarroja era también rey de los lombardos: de esta manera, se comprende mejor cuánto había cambiado la política de la Iglesia desde los tiempos de Carlomagno. En aquel entonces, la Iglesia, contra los lombardos, invocó la protección de los francos teniendo que asumir la secular acusación de haberles vendido la posible unificación de Italia a la que, bajo su dominio, aspiraban los lombardos. Ahora, la oposición al lombardo Federico, cuyos sueños imperiales se parecían a los de Carlomagno, indujo a la Iglesia a buscar apoyo entre las primeras organizaciones político-



Izquierda: Galería de Rafael, en San Pedro. Los pontífices de su tiempo apreciaron mucho a Rafael: Julio II le encargó las Salas vaticanas y León X sintió veneración por él. Le confió la terminación de las Salas y la Galería, y el diseño de los cartones para los diez tapices de la Sixtina, remmunerándolo a razón de cien ducados cada uno.
Abajo: Salón de la Perspectiva, en la Villa de la Farnesina, Roma, con frescos de Baldassare Peruzzi y sus ayudantes.



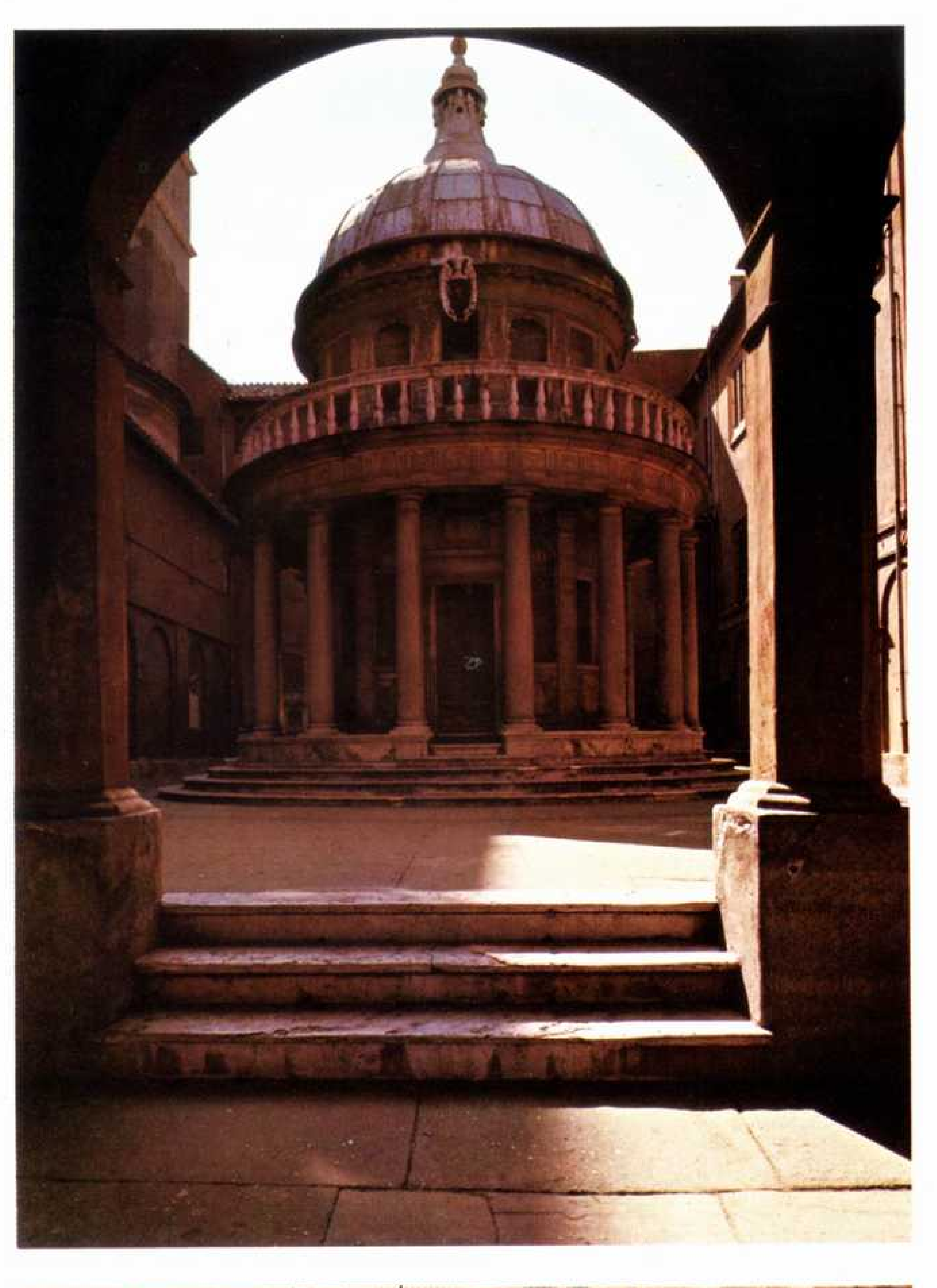
Derecha: Interior de Santa María la Mayor, una de las cuatro basílicas principales de Roma. Construida en el siglo V, sobre una basílica pagana anterior, constituye uno de los más grandes exponentes de basílicas paleocristianas. Son notables los mosaicos con escenas del Antiguo Testamento, que se ejecutaron entre los años 432 y 440 p.C., en tiempos de Sixto III.



sociales verdaderamente italianas y progresistas, si es dado hablar en estos términos, tratándose de épocas tan remotas: nos referimos a las ligas comunales. Y, en ese momento, las ligas que, en resumidas cuentas, jamás habían aceptado la presencia de las tropas imperiales en las Comunas, derrotaron la potencia imperial de Barbarroja en la épica batalla de Legnano (1176) con la bendición simbólica del pontífice.

Sin embargo, es difícil decir si el solemne momento de la alianza entre la Iglesia y las Comunas pertenece a un plan sociopolítico de vasto alcance, bien meditado. Los acontecimientos que siguieron permiten creer que la alianza fue puramente casual. Después de la batalla de Legnano, las Comunas se encaminaron hacia un período de esplendor, hasta tal punto que la historia habla de una civilización comunal. En cambio, la Iglesia debió afrontar tremendas crisis. Puede afirmarse que sufrió las consecuencias de su propia expansión mundial, de su propia penetración, a menudo violenta, en culturas lejanas y distintas y, sobre todo, de sus propios lazos de unión con las diversas familias reinantes. Se sucedieron las cruzadas: a cada victoria siguió una derrota. Barbarroja mismo murió ahogado, cuando conducía una cruzada para reconquistar Jerusalén. Los moros predominaban en España. Europa entera padecía constantes guerras entre las casas reinantes. Fuera de Italia, se multiplicaron los movimientos heréticos, nacidos de la convicción de muchos fieles de que la Iglesia había perdido sus virtudes originales. Se invocaba el retorno a la pobreza absoluta; se rechazaban los vicios y privilegios de las jerarquías eclesiásticas, con la intención más o menos sobreentendida de impugnar incluso las jerarquías. A la Iglesia le resultaba difícil percibir el sincero ardor de los movimientos a favor de la pobreza por el peligro que suponían para la unidad de los cristianos. Correspondió al papa Inocencio III, noble intelectual elegido







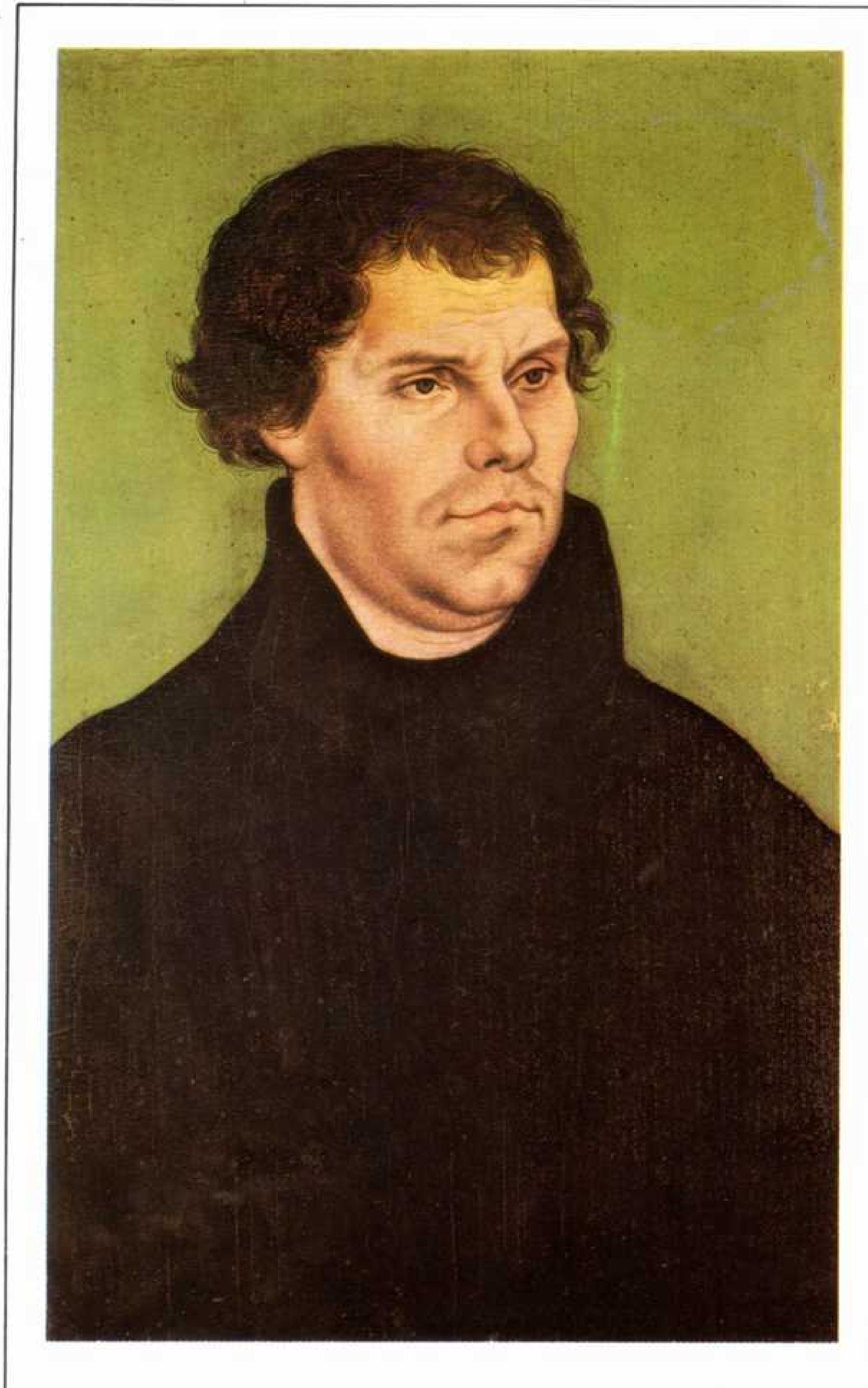
en 1198, a la edad de 37 años, acompañar las excomuniones, en las que se mostró pródigo en extremo, con acciones políticas y militares. Dirigió contra los albigenses una cruzada al mando de Simón de Montfort. Desapareció así la herejía, porque desaparecieron los albigenses mismos, que fueron eliminados aunque estuviesen inermes o se tratara de mujeres y niños.
Inocencio III pasó a la historia como infatigable organizador de guerras y cruzadas, pero sintió con profunda sinceridad el drama de una Iglesia herida. Su máximo objetivo fue transformar a la Iglesia en un punto de referencia para todos, humildes y poderosos. En efecto, la cantidad de excomuniones que ordenó contra aspirantes a emperadores güelfos y gibelinos, contra el rey de Francia y contra el de Inglaterra, restituyeron a la Iglesia un prestigio internacional del que ningún emperador podía vanagloriarse. A los ojos de los pueblos, la excomunión equivalía a destitución: por ello es que, tarde o temprano, los reyes excomulgados se inclinaron ante Inocencio III y le juraron obediencia.
Durísimo frente a los movimientos heréticos, Inocencio III comprendió, sin embargo, que la Iglesia había generado en sí misma nuevas fuerzas que no podían reprimirse y que habrían de recuperarse. Así es que, si bien con suma prudencia, protegió a las órdenes mendicantes de Francisco de Asís y del español Domingo de Guzmán. Desde el punto de vista político, esa protección, oficiosa aunque no oficial, fue una medida genial. La palabra de San Francisco y su ejemplo atrajeron hacia la Iglesia a multitudes de pobres, cuya sincera devoción y deseo de paz privaban al Imperio de toda autoridad efectiva: eran centenares de miles de opositores de conciencia, que tenían como únicos interlocutores a Dios y al prójimo. Los seguidores de Domingo de Guzmán, que con su fervorosa predicación se habían comprometido ya en la cruzada contra los albigenses, se convirtieron en poco tiempo en indiscutidos administradores de la Santa Inquisición, la más formidable organización de la Iglesia para el control de la ortodoxia religiosa.

La Iglesia en la Edad Media

Antes de perdernos en la maraña del papado durante la Baja Edad Media, conviene establecer los puntos firmes de este período de transformación. El pulular de herejías no es más que la degeneración de una nueva vitalidad del cristianismo. Si San Francisco y Santo Domingo aseguraron a la Iglesia una enorme cantidad de fieles sinceros, también es cierto que las tendencias heréticas, aun sin convertirse en herejías propiamente dichas, propendieron a la formación de Iglesias nacionales y a situaciones cismáticas. Estas tendencias encerraban en sí mismas el componente del laicismo: por primera vez, asomaba en Europa una cultura laica (el propio Francisco pretendió y obtuvo de Inocencio III licencia para seguir siendo laico). Por otra parte, el amor hacia los pobres, una vez establecido como criterio moral indispensable para juzgar la actitud incluso de la Iglesia, paralizó la evolución social de las poblaciones del Estado pontificio.
En efecto, su destino fue el de representar el papel de pobres,

Derecha: Cabeza del Moisés de Miguel Angel, destinada a la tumba de Julio II (Roma, San Pietro in Vincoli).
Izquierda, arriba: Templete de San Pedro en Montorio, en Roma, obra de Bramante.
Izquierda: Julio II, detalle de la Misa de Bolsena, que pintó Rafael en la Sala de Heliodoro, del Vaticano. Giuliano della Rovere (1503-1513) fue sobre todo un papa guerrero. Apenas elegido, mandó arrestar a César Borgia, y en breve tiempo reconquistó a Perusa y Bolonia (11 de noviembre de 1506). Se volvió contra Venecia, propugnó la Liga de Cambrai con España, Francia y Austria (1508) y derrotó a la República del Adriático (Venecia), obligándola a concertar la paz por separado.







Izquierda: Martín Lutero (pintura de Lucas Cranach; Estocolmo, Galería Nacional). El monje alemán (1483-1546) formuló una nueva doctrina, que llevó a la escisión entre la Iglesia de Roma y las protestantes o reformadas.



Arriba: Retrato de Catalina Bora, mujer de Lutero (obra de Cranach; Estocolmo, Galería Nacional). Coherentemente con sus teorías, que no preveían el celibato eclesiástico, Lutero se casó en 1525 con Catalina, ex hermana cisterciense, que le dio seis hijos. Abajo: La puerta de Catalina en la casa de Lutero, en Wittenberg.

MARTIN LUTERO

Las tensiones que desde tiempo atrás existían en el mundo católico, con miras a una reforma de la Iglesia y a un retorno a las estrictas normas de comportamiento de la Iglesia primitiva, parecieron hallar un nuevo punto de referencia cuando, el 31 de octubre de 1517, un monje agustino alemán, Martín Lutero, fijó en la puerta de la iglesia de Wittenberg, Sajonia, noventa y cinco tesis, que proponía a la discusión, en las que criticaba firmemente el comercio de las indulgencias que se conocía con el nombre de simonía y la doctrina que lo justificaba.

Llamado en junio-julio de 1519 a discutir las tesis ante el cardenal-delegado Gaetani, en Leipzig, Lutero no se limitó a confirmarlas sino que impugnó abiertamente la supremacía del Papa y la infalibilidad del Concilio. Es evidente que Roma no podía dar otra respuesta: con la bula *Exurge Domine*, del 15 de junio de 1520, León X condenó las afirmaciones de Lutero y las calificó de heréticas. La hoguera parecía ser el destino del monje, pero logró escapar gracias a la protección de Federico el Sabio, elector de Sajonia, quien impidió que los enviados papales lo prendieran.

La Reforma nació como movimiento religioso, pero terminó adquiriendo muy pronto un aspecto político y se extendió en Alemania como una mancha de aceite, en virtud de la complacencia de muchos señores locales que, deseosos de afirmar su independencia económica y política, le brindaron su apoyo, considerándola un medio esencial para sustraerse al control de Roma y del Emperador.







Arriba: La iglesia del castillo de Wittenberg, donde predicó y fue sepultado Martín Lutero.
Derecha, arriba: Página autógrafa de Lutero, que lleva su firma, donde el reformador alemán expresa varias consideraciones sobre San Juan (Worms, Archivo de la Biblioteca).
Derecha: Retrato de Felipe Melanchthon, realizado por Lucas Cranach (Florencia, Uffizi). Melanchthon, teólogo y filólogo, humanista y helenista, estuvo al lado de Lutero durante la disputa de Leipzig, y siguió fiel a éste aun después de la excomunión, si bien se opuso a algunos excesos que traía consigo la Reforma.



Izquierda: Epitafio en bronce de Johann Eck (1542), el más famoso opositor de Lutero (Ingolstadt, iglesia de Nuestra Señora). Polemista de notable vigor, el teólogo sueco solicitó la condena de Lutero; al mismo tiempo, invitó a la Iglesia de Roma a introducir reformas en el espíritu y las costumbres, y se atrajo una considerable persecución por su intransigente defensa del papado.
Derecha: Juan Calvino, jurista, convertido al luteranismo alrededor de 1534, si bien le dio una interpretación más severa. Desde Ginebra, sede de Calvino (quien se convirtió en la máxima autoridad civil y religiosa del país), esta doctrina se propagó ampliamente en otras naciones de Europa central.





Arriba: Bernardo Clesio, obispo-príncipe de Trento, adverso a la Reforma.
Derecha: León X, con los cardenales Julio de Médicis y Luis de Rossi, retratados por Rafael (Florencia, Uffizi). Juan de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, llegó a ser papa en 1513. Durante su pontificado se inició la Reforma luterana, cuyo alcance subestimó en un primer momento.
Derecha, en el extremo: La victoria sienesa de Porta Camollia, sobre las fuerzas papales que asediaron la ciudad (1526).
Derecha, abajo: Duplicado de un ducado papal de Clemente VII, atribuido a Benvenuto Cellini. Julio de Médicis, elegido papa en 1503, prefirió unirse a Francisco I contra el emperador Carlos V. Pero el rey francés fue derrotado y cayó prisionero en la batalla de Pavía, el 25 de febrero de 1525. A pesar de una Liga Santa promovida contra el Emperador, las tropas mercenarias llegaron hasta Roma: por espacio de seis días, 13.000 lansquenetes saquearon la ciudad (agosto de 1527).
Durante el pontificado de Clemente VII tuvo lugar el cisma de la Iglesia anglicana.

en favor de los cuales la Iglesia mostró su benevolencia. En lo sucesivo, los papas más amados fueron los que ofrecieron limosnas más generosas a un pueblo excluido de la evolución social laica. Porque, a falta de una evolución social, correspondía, de parte de la Iglesia, el ejercicio de un poder real, temporal, dotado de ejércitos, tribunales y territorios. Sin embargo, el Estado pontificio era poderoso sólo en apariencia.

En realidad, estaba desgarrado por una contradicción de fondo: representaba una Iglesia que quería ser universal y se hallaba estructuralmente aislada de la evolución de los católicos laicos. Así habría de entrar el laicismo en San Pedro (cuando entró), en sus manifestaciones más exteriores o francamente corruptas: con papas más interesados por el oro que por las almas o, en el mejor de los casos, más por la magnificencia artística que por la piedad. El campeón de la cultura laica de este período fue Federico II, sobrino de Barbarroja.

Pupilo del papa Inocencio III, y criado, por lo tanto, en la ortodoxia estricta, Federico II entró en conflicto con el papa Gregorio IX apenas éste le ordenó partir en la cruzada. Federico II estaba convencido de que la cruzada era una locura, que Europa había otras cosas que hacer: por ejemplo, unir los reinos de Alemania y Sicilia. Intelectual moderno, medieval sólo en lo que respecta a su adhesión a la atávica idea del Sacro Imperio Romano, pero administrador genial y poseedor de un temperamento de artista, Federico II, en lugar de conducir a sus cruzados al exterminio, prefirió llegar finalmente a un acuerdo con el sultán, con el fin de que todos, inclusive los musulmanes, pudieran elevar sus plegarias en Jerusalén, como desearan. Tres veces excomulgado, acecha el poder de los papas más con la novedad de su comportamiento tolerante que con las armas; prueba de ello es que cuando, a la postre, fue derrotado por una segunda coalición entre el papa y las ligas, la Iglesia no obtuvo una ventaja real.

Al contrario, precisamente con la muerte de Federico II (1250), el laicismo fue propuesto como una de las fuerzas culturales adversas a la Iglesia, más irreductibles, mientras ésta siguiera mostrándose de la misma manera. Llegaban, sobre todo de París, los signos de un movimiento de católicos laicos que estaban reivindicando autonomía respecto de la Iglesia. Roma cayó presa nuevamente de las facciones familiares, en una lucha en la que se destacaron principalmente los Orsini y los Colonna. El papa, que por lo general pertenecía a una de las dos familias, se arrogó el derecho de reforzar sus posiciones rodeándose de parientes. Es el fenómeno del nepotismo. Todos

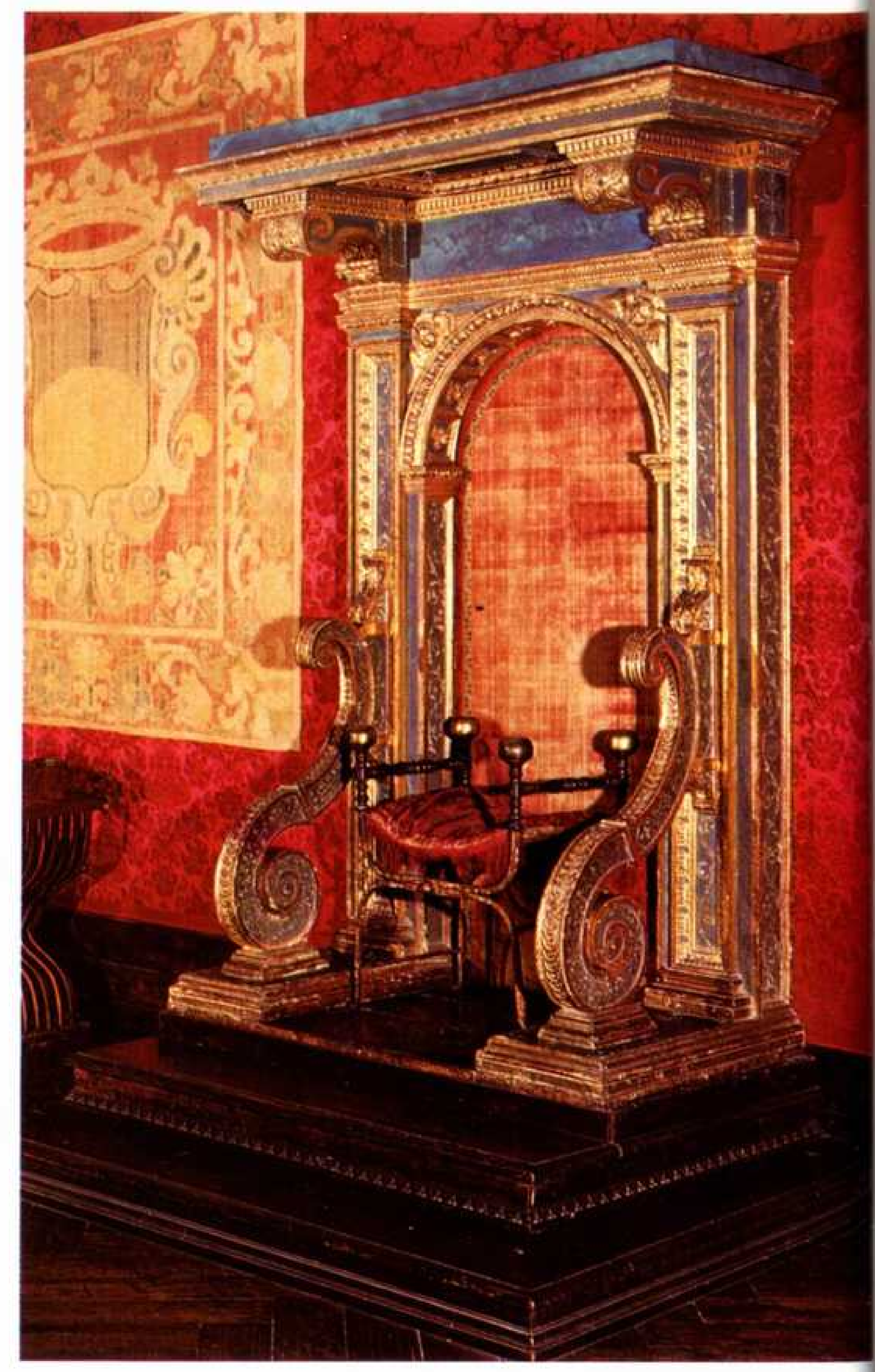


los sobrinos del papa obtuvieron puestos de mando, púrpura y tesoros. Si es verdad que ninguno de los muchos antipapas que eligieron los emperadores era digno de ocupar un puesto relevante en la historia de la Iglesia, también es cierto que, después de Inocencio III, durante cuatro siglos aproximadamente, los principales adversarios religiosos de la Iglesia poseyeron una estatura histórica superior a la de los papas. El pontífice más memorable de este período, el que inspiró a poetas, escritores y filósofos hasta nuestros días, fue Celestino V, Pietro del Morroné en la vida seglar, ermitaño que vivía en una gruta, desde la cual enviaba incendiarias misivas contra la corrupción de la Iglesia, que a raíz de las presiones de los Colonna, los Orsini y los Anjou (la casa francesa instalada en el trono de Nápoles) no consiguió elegir un papa, en veintisiete meses, después de la muerte del franciscano Nicolás IV (1292). Precisamente el ermitaño Pietro de Morroné resultó el elegido, como para demostrar que las grandes familias sabían mantenerse por encima de las riñas, pero dimitió seis meses más tarde (diciembre de 1294), pues comprobó y declaró que un hombre puro de espíritu, consagrado a la pobreza, nada tiene que hacer en las contiendas terrenas del jefe de la Iglesia. Subió al trono pontificio Benedicto Caetani, con el nombre de

CASTILLO DE SANT'ANGELO

En Roma, en el año 135 de nuestra era, el emperador Adriano comenzó a construir en la ribera derecha del Tíber un mausoleo, que terminó Antonino Pío cuatro años después.
El majestuoso conjunto presentaba la forma de un basamento cuadrangular de 86 m. de lado, y 10 m. de altura, coronado por un edificio de 48 m. de altura y un diámetro de 71 m. En el interior, una rampa helicoidal de 125 m. de largo conducía a la entrada de la celda sepulcral, donde se recogieron las cenizas de los emperadores, hasta Septimio Severo (año 211).
Ya en 271, el monumento se había convertido en fortaleza para defender el puente adyacente, sobre el Tíber. En 590, en el curso de una procesión que se estaba celebrando contra el azote de la peste, el papa Gregorio el Grande vio en la cima del edificio un ángel que envainaba su espada, como si hubiese querido significar que la ira de Dios sobre los hombres había terminado: desde entonces, el antiguo mausoleo se llama Castillo de Sant'Angelo.
Como integraba las murallas que se levantaron en el siglo IX, pasó a ser el núcleo de la defensa de Roma: quien fuera dueño de él tenía a la ciudad en sus manos. A partir del siglo XIII, y en el curso de los siguientes, los papas se ocuparon de reforzarlo, empleando a famosos arquitectos, y lo embellecieron con el concurso de ilustres artistas que dejaron importantes pinturas y esculturas maravillosas, obras de arte admiradas hoy día.
De esta manera, poco a poco, el castillo llegó a ser la residencia del papa en situaciones de emergencia, morada estival de los cardenales y nobles y prisión para los personajes notables. A partir del siglo XVII se convirtió en cuartel y cárcel militar. Posteriormente, en el año 1901, se iniciaron los trabajos de restauración, con el fin de adaptarlos a la función de museo que es la que hoy tiene.





Abajo: Una lombarda de la segunda mitad del siglo XV, en Castillo de Sant'Angelo.
Arriba: El papa Clemente VII, por Sebastiano del Piombo (Nápoles, Museo de Capodimonte). El pontífice se refugió en Castillo de Sant'Angelo en 1527, para salvarse de la furia de los lansquenetes.
Derecha: Sala de la biblioteca, decorada con frescos de Luzzi y estucos de Sicciolante da Sermoneta; la chimenea de mármol es de R. de Montelupo.
Abajo: Cámara de Perseo, en los aposentos de Pablo III, en Castillo de Sant'Angelo, con un trono que data del siglo XVI.





Derecha, abajo: Cámara del tesoro, destinada en los primeros tiempos al archivo secreto. En las dos grandes cajas fuertes, en primer plano, Julio II, León X y Sixto V guardaban los tesoros de la Iglesia.
Abajo: Cabeza de Benvenuto Cellini, obra de Giorgio Vasari (Florencia, Palacio Viejo).
En 1538, durante el pontificado de Pablo III, Benvenuto Cellini fue encarcelado en Castillo de Sant'Angelo; en su *Vida* se describe expresivamente la asombrosa fuga de la fortaleza que protagonizó.



Arriba: Vista del Castillo de Sant'Angelo, en Roma. El edificio tomó su nombre actual desde el siglo XII, a causa del culto al Arcángel, al que se había dedicado una capilla en lo alto del castillo, sustituida después por una estatua (izquierda).







Arriba: El papa Paulo III con sus nietos Alejandro y Octavio Farnesio, en una obra de Tiziano.
Abajo: Vista de las Grutas Vaticanas. Alejandro Farnesio, elegido papa en 1534 con el nombre de Paulo III, se dedicó a la Reforma de la Iglesia, con intención de limitar los efectos del luteranismo. Para ello, convocó un concilio ecuménico que se inició en Trento el 13 de diciembre de 1545.
Derecha, arriba: Cuadro de la escuela veneciana dedicado al Concilio de Trento (París, Museo del Louvre), uno de los más importantes en la historia de la Iglesia. Fue convocado por Paulo III para asegurar la unidad de la fe y la disciplina eclesiástica, con el apoyo de Carlos V y la oposición de Francisco I, abarcó desde 1545 hasta 1563.
Derecha, abajo: Visión fantástica del Infierno (escuela portuguesa del siglo XVI, Lisboa, Museo de Arte Antiguo).



Bonifacio VIII. Acérrimo enemigo de la familia Colonna, fue uno de los papas más vituperados por sus contemporáneos y los historiadores. Entró en Roma en 1295, montado en un caballo blanco: dos reyes sostenían las riendas, Carlos II de Anjou y Carlos Martel de Hungría. Bonifacio hizo lo posible por restituir a la Iglesia una gloria aparente al menos: anunció el primer año santo (1300) con magnificencia y solemnidad; devolvió cierta tranquilidad a la vida turbulenta de Roma, consolidando a su familia en relación con las rivales; proyectó una nueva cruzada; se esforzó por reafirmar la supremacía del pontífice, tanto en el campo espiritual como en el temporal, en todo el mundo cristiano, y se colocó en el papel de árbitro y pacificador en las disputas entre soberanos y príncipes.
Su política no dio resultado: los tiempos habían cambiado, los nuevos Estados nacionales, en vías de consolidación, no aceptaron intromisiones. El conflicto, latente durante años, se transformó en lucha abierta cuando Felipe IV el Hermoso, de Francia, dictó una serie de leyes que imponían tributos a los eclesiásticos (y a sus riquísimos patrimonios): el papa reaccionó con una bula en la que reafirmó los tradicionales privilegios de la Iglesia, y amenazó con aplicar excomuniones. Felipe hizo sancionar por los Estados Generales (especie de asamblea plenaria de representantes del pueblo francés) el principio, decididamente innovador, según el cual sólo existe la autoridad de Dios, por encima de la del soberano.
La contienda se tornó más áspera aún, pero las armas tradicionales de la Iglesia (bulas, amenazas de excomunión) demostraron su pérdida de eficacia: el papa Bonifacio VIII sólo podía oponer al rey de Francia una vana dignidad formal. En 1303, dos emisarios de Felipe el Hermoso abofetearon en el palacio de Anagni al papa, que los había recibido en traje pontifical. No se sabe si el ultraje fue físico o moral: seguramente, dada la decadencia de la Iglesia, no puede hablarse de martirio. La bofetada, física o moral, fue solamente un testimonio de la bajeza que caracterizaba por aquellos días las relaciones entre los papas y los reyes.
Esta desintegración de las relaciones dio origen al período que se ha definido retóricamente como esclavitud de los papas en Aviñón. Desde 1309 y por espacio de casi setenta años, los papas salieron de Roma, fueron elegidos en Francia y de nacionalidad francesa, y establecieron su sede en Aviñón. El término de cautiverio o esclavitud, que adoptaron habitualmente los defensores de la Iglesia, es, sin embargo, impropio.
Los papas de Aviñón eligieron libremente habitar en Francia, precisamente para evitar la repetición de episodios como el de Anagni. Su obediencia al rey de Francia no era absoluta y constante, pero los soberanos franceses tuvieron siempre la última palabra y dictaron las condiciones. Apenas un papa, aunque fuese aviñonense, osaba discutir, se le oponía un antipapa. No puede comprenderse la esclavitud aviñonense si no es sobre la base de la fuerza centrífuga que ejercían los laicos de la universidad parisiense frente a la Iglesia de Roma. No era casualidad que los papas franceses fueran elegidos por cardenales franceses y que toda tentativa de retorno a Roma se considerarse una traición. Verdad es que, en 1367, el papa Urbano V se dejó persuadir por las súplicas de Catalina de Siena y, contra el parecer de los cardenales, regresó solemnemente a Roma; pero también es cierto que, en tiempos de su sucesor, Urbano VI, la situación degeneró y originó ese gran cisma en cuyo transcurso se produciría una sucesión de papas y antipapas hasta mediados del siglo XV.

El Humanismo y la Reforma

En 1447, con la elección de Nicolás V, el cisma se extinguió. El último antipapa de la historia fue un Saboya, miembro de la futura casa reinante de Italia, que tomó el nombre de Félix V. Circulan en Italia las espléndidas linfas laicas de la cultura del Renacimiento. El espíritu que impregnaba la burguesía, el

mismo que había animado ya la civilización de las Comunas, llegó al máximo apogeo de su intensidad.
La época del Renacimiento italiano sentó las premisas y bases ideales de la moralidad laica que, tres siglos más tarde, inspiraría a los grandes racionalistas, precursores de la Revolución francesa. El hombre recuperó su individualidad; todo aquello que según las leyes se consideraba socialmente inmoral, se celebraba entonces como moral, porque respondía a la gloria del individuo. En vista de su decadencia, en la Iglesia pudo filtrarse este pensamiento, en el cual se formaron los máximos talentos de la historia de Italia (desde Miguel Angel hasta Leonardo y Maquiavelo) y que, en el futuro, daría nacimiento a los precursores del mundo contemporáneo.
Espiritualmente debilitada, la Iglesia se encaminó a un período de gloria mundana que nada tenía que ver con la religiosa y que la convirtió en protagonista terrena, en absoluta mecenas del arte renacentista. Los pontífices de esta época rozaron el fondo de la corrupción moral; los cronistas hablan de las orgías que organizaban, de cómo albergaban en el Vaticano más prostitutas que monjes y dispensaban con largueza dinero y favores a sus familiares, de algunos que pretendieron ser más guerreros que santos (es el caso de Julio II della Rovere), pero relatan que, entretanto, llamaron a la Basílica de San Pedro a Miguel Angel y Rafael, y fundaron, con Nicolás V, la Biblioteca Vaticana con cinco mil códices.
Una corriente de brutal materialismo parecía haber destruido hasta el recuerdo de la espiritualidad. La autoridad de los papas se rodeó de obras de arte inmortales, pero, por lo demás, su grosería e inhumanidad no la distinguieron de la de muchos grandes señores. Los atentados y conjuras palaciegos amenazaban la vida de los pontífices, y éstos no vacilaron en hacer de la venganza una virtud.
Rodaban las cabezas y ardían las hogueras. El cristiano ardiente era castigado por los papas mismos, como si cometiera la más grave de las herejías. Las disputas teológicas ocurrían bien lejos de San Pedro, y la voz que se elevara para denunciar la corrupción de los reyes de la Iglesia era acallada inexorablemente. Alejandro VI, de la familia de los Borgia, condenó a la pira a uno de los pensadores más fervientes de la historia del catolicismo, el hermano Jerónimo Savonarola; refiriéndose a este papa un historiador, dirá que «jamás se colocó la tiara sobre un vicario de Cristo más indigno». Era la época en que se llamaba «esposa de Cristo» a la amante de turno del pontífice, y ya no a la Iglesia.





Izquierda, abajo: Profecía sobre Gregorio XIII, miniatura de un manuscrito del siglo XVI con vaticinios sobre sumos pontífices (Roma, Biblioteca Angélica).
En 1572 se eligió papa a Hugo Boncompagni, hombre docto y honesto, pero débil de carácter.
Izquierda: Medalla con la efigie de Pío V, el papa que trabajó afanosamente para que se aplicaran de un modo riguroso las disposiciones del Concilio de Trento.
En los cinco años que duró su pontificado dictó unas ciento dos bulas. En 1571, promovió una liga que, si bien no salvó a los defensores de Famagusta (Chipre), infligió a los turcos una ruinosa derrota en Lepanto (7 de octubre de 1571).
Abajo: Reforma del calendario gregoriano, proclamada por Gregorio XIII en 1582 (Siena, Archivo de Estado). Dicha reforma corrigió un error del que había establecido Julio César, y fijó la duración del año solar en 365 días, 5 horas, 49′ y 12″, suprimiendo diez días (1-15 octubre) de ese año. Durante su pontificado tuvo lugar la matanza de hugonotes que efectuaron los católicos franceses (Noche de San Bartolomé, 24-25 de agosto de 1572).





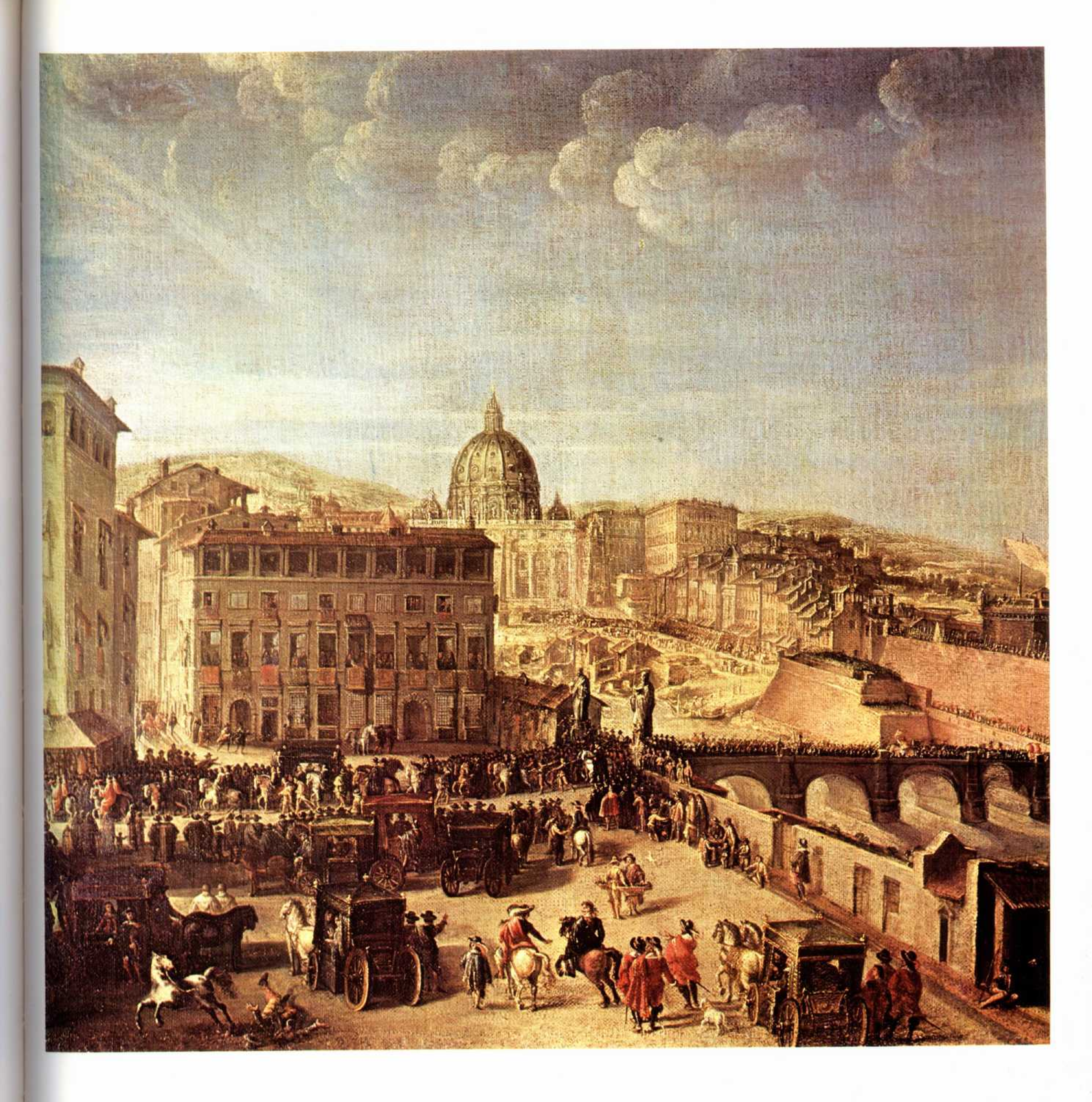
Izquierda: Escena de consistorio (siglo XVII).
Arriba: Juego de bochas, en el Janículo, Roma (cuadro de la escuela holandesa de mediados del siglo XVII, detalle).
Izquierda, abajo: La guardia suiza festeja el *Calendimaggio* (detalle, siglo XVII). Al igual que los emperadores de la antigua Roma, los papas ofrecían juegos y diversiones al pueblo, a cambio de la falta de libertad a que los tenían sometidos y hacían beneficencia. Los pontífices posteriores al Concilio de Trento restringieron las manifestaciones ruidosas, la ostentación de lujo y la inmoralidad de parte del alto clero, pero se granjearon el odio y la impopularidad.



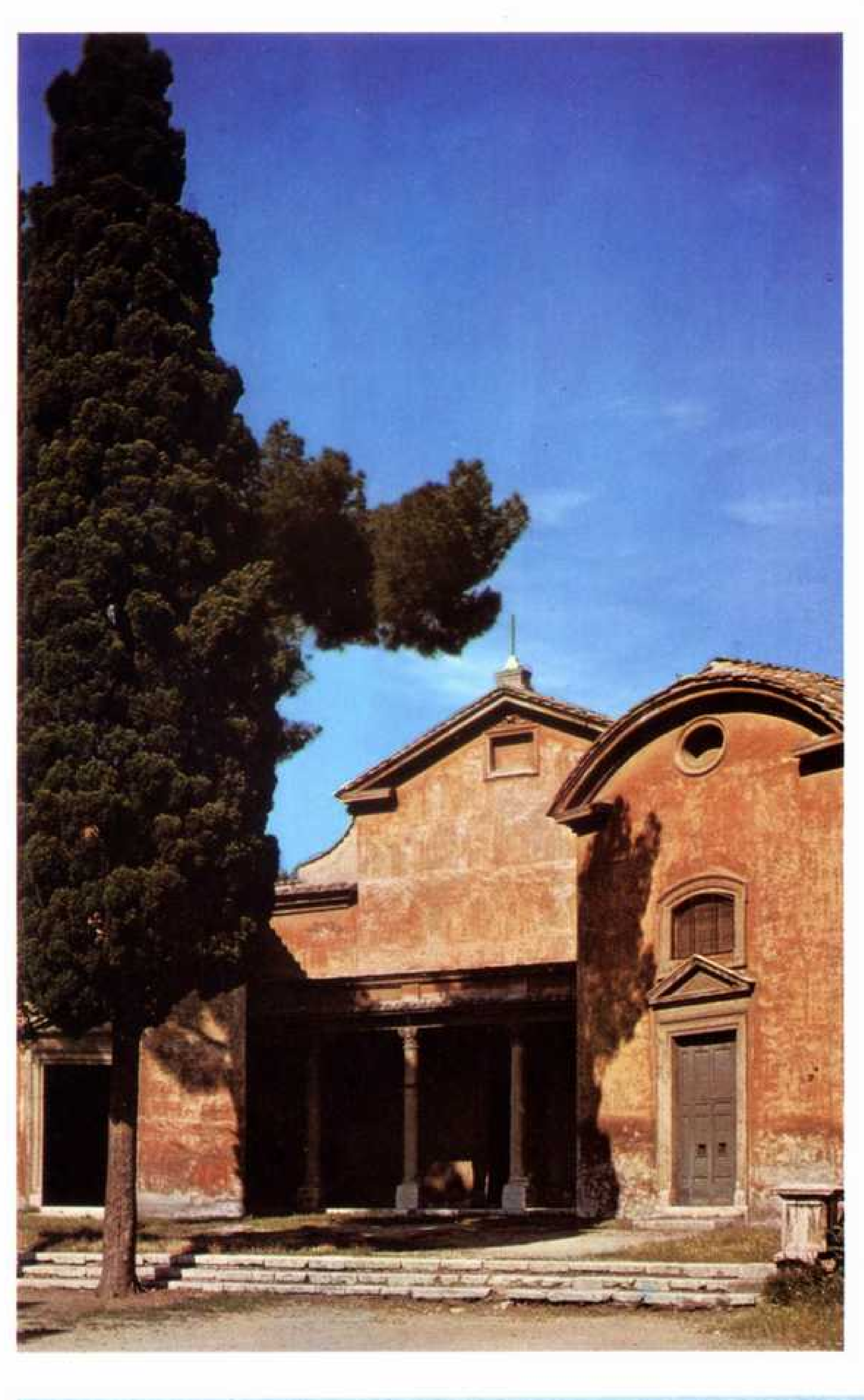
Derecha: Algunos guardias contienen a una multitud de curiosos fuera del Palacio Barberini, durante una fiesta (detalle de una obra del siglo XVII, Museo de Roma). Derecha, en el extremo: Cortejo papal sobre el puente Sant'Angelo, en el siglo XVII (Museo de Roma). Nobles y prelados rivalizaban con la suntuosidad de sus fiestas realizadas en residencias espléndidas: el Palacio Barberini, construido (1625-1632) por encargo del cardenal Borromini, es uno de los más bellos de Roma. Allí trabajaron los arquitectos más importantes de la época barroca: Maderno hasta su muerte (1629), Bernini y Borromini.



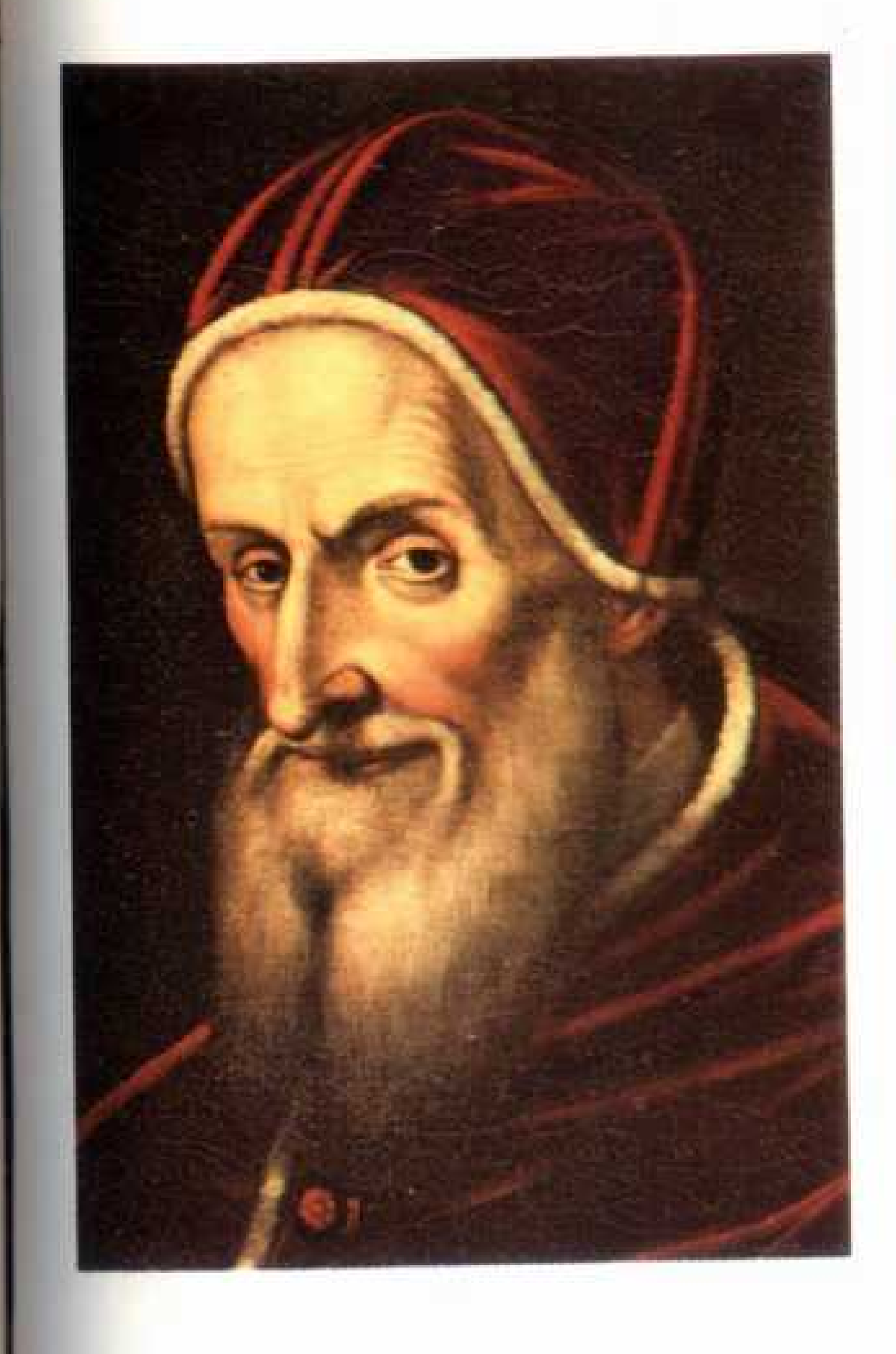
La hoguera de Savonarola constituyó el primer signo del devastador incendio que habría de experimentar la Iglesia de Roma. Si los papas recogieron solamente la forma exterior de la cultura renacentista, el pensamiento del Renacimiento alimentó entre los cristianos un incontenible impulso de protesta. León X, acaso el más renacentista de los papas en el sentido artístico, se hallaba tan distante de la verdadera cultura de la época, de la evolución del pensamiento europeo, que calificó de fraile beodo a Martín Lutero, incomprensiblemente obstinado en poner en discusión cuestiones que para la Iglesia oficial estaban resueltas ya.
«Dejad que le pase la borrachera», decía León X con obtusa indulgencia. Pero no era borrachera: Martín Lutero fue una de las expresiones más elevadas del espíritu religioso de la época: en cierto modo, se convirtió en la venganza divina contra una Iglesia que en el siglo XVI había traicionado totalmente la letra y el espíritu del Evangelio.
El 15 de junio de 1520, al regreso de una partida de caza, León X dictó la bula de excomunión de Lutero, quien, por su parte, se había negado a presentarse en Roma para dar una explicación de su desobediencia. En opinión de Lutero, Roma era tan sólo un vulgar mercado de indulgencias. La bula de León X, *Exurge Domine* («Alzate, Señor, un jabalí devasta tu viñedo»), no atemorizó a los partidarios de Lutero. El 1 de diciembre de ese mismo año el monje reunió a la multitud en la plaza principal de Wittenberg, y arrojó a las llamas la bula del papa. Esa fue su respuesta.
La excomunión, que en el pasado aterrorizaba, humillaba o hacía deponer lisa y llanamente a reyes y emperadores, no mellaba las ideas y la fe de un simple monje.



Después de León X sube al solio pontificio un gran papa, Adriano VI, de nacionalidad flamenca, cuya presencia es frecuente en la corte de España (ha sido preceptor del joven Carlos V) hizo creer que nada se modificaría para bien. Sin embargo, Adriano VI tenía plena conciencia del nivel de inferioridad a que había llegado la Iglesia, e inició una verdadera depuración de cardenales pecadores, cerró los salones de fiestas y orgías y trató de eliminar la grave plaga de la simonía, prohibiendo a los sacerdotes que recaudaran dinero a cambio del perdón a los pecadores. Pero su papado duró solamente veinte meses, y su actitud ni se compartió ni fue comprendida.
No obstante, el papa Adriano dejó a sus sucesores una intuición esencial, que no tardó en ser recogida. La Iglesia tocaba fondo: podía resurgir únicamente reformándose, no siguiendo el ejemplo de Martín Lutero, cuya protesta no podía ser compartida por los católicos, pero sí al influjo y por estímulo del luteranismo. A la Reforma de Lutero debía seguir una Reforma de la Iglesia que, más o menos polémicamente, los historiadores llamaron Contrarreforma.
La acción reformadora de Lutero, que se insertó en el clima de renacimiento y revalorización del hombre, típico del Humanismo, tuvo inmediato eco en el plano de las ideas y concitó la adhesión de relevantes personalidades, entre todos los electores de Sajonia, principalmente la de Federico, quien ofreció a Lutero, después de la excomunión, un refugio seguro en su castillo de Wartburg. En efecto, los príncipes alemanes consideraron que la Reforma constituía la ocasión de sustraerse a la autoridad del Imperio y al poder de la Iglesia, espiritual, pero también económico, aunque fuese para adquirir los bienes eclesiásticos. Así, pues, la Reforma se difundió en Alemania y







Izquierda, en el extremo: Iglesia de San Gregorio Magno, en Roma.
Izquierda: Blasón de Paulo V, en el retrato del pontífice, realizado en mosaico por M. Provenzale (Roma, Galería Borghese).
Izquierda, abajo: El casino Borghese, erigido para el cardenal Escipión Borhese, por G. Vasanzio. La villa, en el Pincio (hoy Galería Borghese), llegó a ser una de las más célebres de la ciudad.
Camilo Borghese, elegido papa con el nombre de Paulo V en 1605, favoreció a sus parientes, consagrando cardenal a Escipión Caffarelli, su sobrino, apodado «delicia de Roma» por su generosidad hacia la Urbe.

Arriba, izquierda: El papa León XI, de la familia de los Médicis (Castillo de Versalles). Su pontificado fue uno de los más breves de la historia: elegido el 1 de abril de 1605, fue coronado el 10, tomó posesión del Laterano el 17, cayó enfermo ese mismo día y expiró el 27 de ese mes.
Sólo tuvo tiempo pra rechazar la propuesta de ordenar cardenal a su sobrino Octaviano de Médicis.
Arriba: Pablo V en una reunión de cardenales, prelados y embajadores (Viena, Gemäldegalerie).

Escandinavia. En tanto, otros heresiarcas arrebataron a la Iglesia de Roma poblaciones enteras: Calvino en Francia, y Zuinglio en Suiza. No eran frailes ebrios, sino pensadores profundos que, en aquella época, asumieron incluso el carácter de caudillos populares o, directamente, en el caso de Calvino, de jefes de Estado.
El denominador común entre calvinismo, luteranismo y doctrina de Zuinglio es la desvalorización de la mayor parte de los sacramentos y la negación de que el hombre pueda redimirse del pecado original por vía de las obras o de la gestión de la Iglesia, mediadora entre Dios y los mortales. Sólo puede redimir la Gracia, emanada de la voluntad de Dios. Y la Biblia es la única verdad. Por consiguiente, la desunión de la Iglesia de Roma fue total.
No sólo se reprochó al papado la degeneración moral de la Iglesia de Roma, sino también, y sobre todo, el haber dañado la pureza de la fe con superestructuras engañadoras, como el culto de los santos y de la Virgen. El desdén que los reformistas sentían por los sacerdotes simoníacos implicó mucho más que una cuestión de moralidad civil. Zuinglio transformó su divorcio de la Iglesia de Roma en una nueva lucha iconoclasta.
Más o menos en ese mismo período, incluso la Iglesia inglesa se separó de Roma. Esto sucedió en tiempos de Clemente VII. Habitualmente se refiere que la separación entre la Iglesia inglesa y la romana se debió al empecinamiento del rey Enrique VIII, amador infatigable, que pretendía el derecho a divorciarse de su esposa legítima, Catalina de Aragón, para contraer matrimonio con Ana Bolena. Pero éste es sólo un *casus belli:* el choque entre aquel Estado y la Iglesia se debió a la magnitud de los privilegios eclesiásticos y a la Reforma protestante, que sacudió la autoridad de Roma.
Mediante el doble divorcio (de su esposa legítima y de la Iglesia también), Enrique VIII reivindicó para sí la función de jefe supremo de la Iglesia inglesa (Acta de supremacía, 1534) y asumió al propio tiempo todos los privilegios de la Iglesia con respecto al Estado. Mantuvo, sin embargo, su fidelidad al dogma católico y prosiguió la persecución a los protestantes residentes en su reino. En el plano de la política interna, esta separación granjeó a la monarquía el apoyo de la nobleza terrateniente, que extrajo amplias ventajas de la abolición de los privilegios de la Iglesia sobre la propiedad.
Por lo tanto, la separación de la Iglesia anglicana (o sea, de Inglaterra) no se produjo sobre la base de un claro desacuerdo



ideológico. Al contrario: los ingleses, por lo menos hasta mediados del siglo XVI, se proclamaban antiprotestantes, antiluteranos, y subrayaban que su litigio con Roma estaba fundamentado en razones pura y estrictamente temporales, de poder terreno.
El anglicanismo adoptaría sólo después, primero en tiempos de Eduardo VI y luego con Isabel, los principios del protestantismo, pero únicamente los básicos.
Así, la Reforma protestante se agregó al nacionalismo inglés y este acoplamiento determinó la última victoria del Estado sobre la Iglesia, en la lucha de las investiduras: se trataba de un triunfo parcial y geográficamente delimitado. Con el advenimiento del protestantismo y la secesión de la Iglesia inglesa, donde el rey es papa, se produjo la abolición de toda una serie de cultos administrados por la Iglesia de Roma (como el de la Virgen, de los antos, etc.). No fue sino en el siglo XX que también la Iglesia católica efectuó una suerte de depuración de santos, dando así en parte la razón al protestantismo y al anglicanismo, religiones mucho más severas que el catolicismo romano para reconocer la divinidad o santidad que no estaba prevista en la Biblia.
Es un hecho que durante los años de la Reforma se aplicaba a las Iglesias que impugnaban a Roma un adjetivo común a todas ellas: el de protestantes. En el protestantismo lo que cuenta es la secesión con respecto a Roma y la desaparición del respeto a la jerarquía católica. Obviamente, este desligamiento de la jerarquía nada tenía que ver con la herejía. Al contrario, fue una tentativa de modernizar a la Iglesia cristianamente, sobre la base de los nuevos conceptos de las naciones y del laicismo cristiano. La separación entre las Iglesias protestantes y Roma no provocó la existencia de dos Iglesias, sino de una multiplicidad de Iglesias protestantes, de un arco completo de lo que podríamos llamar nacionalismos nacientes.
Entretanto, Roma, privada de una tercera parte del catolicismo, experimentó el saqueo a que la sometieron las tropas de Carlos V de España, destrucción a la que el papa asistió desde un ventanuco de Castel Sant'Angelo (1527).

El Concilio de Trento

La situación amenazaba escapar del control de la Iglesia de Roma, tanto más cuanto que la reforma católica, proyectada y ansiosamente esperada, tardaba en concretarse debido sobre todo a la sorda resistencia de la curia. Finalmente, en diciembre





Izquierda, arriba: La plaza de España y Trinidad de los Montes, en Roma, siglo XVII (Museo de Roma).
Arriba: Torneo del Sarraceno, en la plaza Navona (Aurelio Sacchi, 1634; Museo de Roma). La justa consistía en golpear, cabalgando, con una lanza el escudo esgrimido por un títere de madera, que giraba sobre un perno.
Izquierda: Madame Lucrecia, una de las estatuas parlantes de Roma. Privados constantemente de la libertad de palabra, los pobladores romanos hacían hablar a las estatuas. Al parecer, la costumbre se inició en tiempos de Adriano VI (1522-1523), cuando un sastre llamado Pasquino se mofó del papa y los notables fijando mordaces epigramas en el ruinoso pedestal de una estatua griega.

de 1545, la Iglesia intentó el camino de la resurrección. Es la fecha de iniciación del Concilio de Trento, el más famoso de la historia. Interrumpido varias veces, concluyó casi veinte años después, en 1563. A partir del Concilio de Trento comenzó la historia de la Iglesia moderna: de los padres conciliares de entonces dimanaron los principios que se mantuvieron casi intactos hasta el Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII, en los años sesenta de nuestro siglo.
Desde el punto de vista doctrinal, el Concilio de Trento es una

Izquierda: La reina Cristina de Suecia (en un cuadro de S. Bourdon; Madrid, Museo del Prado).
Izquierda, abajo: Alejandro VII (Siena, Accademia Chigiana), o Fabio Chigi, en la vida seglar. Tampoco él se sustrajo a la tradición de los papas nepotistas, pues nombró, entre otras personas, castellano de Sant'Angelo a su sobrino Agustín, que pudo iniciar así la casa de los príncipes de ese nombre.
Cuando, en 1655, Cristina de Suecia, hija del rey Gustavo, se convirtió al catolicismo y, después de haber abdicado, huyó a Europa, Alejandro VII la convenció de que se estableciera en Roma. Mujer culta y refinada, llevó una vida mundana y brillante. Se rodeó de los mayores talentos de aquella época, y en sus salones nació la corriente literaria que se conoce con el nombre de Arcadia.
Abajo: Fiesta en honor de la reina Cristina de Suecia (cuadro de Laurci y Gagliardi; Museo de Roma).

perenne exhortación al orden de la conducta católica: es un firme hito de la historia que elimina todas las dudas y desviaciones que se estaban presentando.
En tal carácter, si bien repite, por un lado, la condena a la Iglesia protestante o a las herejías, por otro, excluye del seno de la Iglesia a los papas degenerados o elegidos mediante el juego del poder o de los intereses.
Pero no cabe duda de que la firmeza del Concilio de Trento sancionó definitivamente la ruptura con la Iglesia protestante y, en consecuencia, con cualquier movimiento religioso crítico. Todavía hoy, cuando se habla de Contrarreforma, o sea, de las medidas morales y prácticas que adoptó el Concilio de Trento, se hace referencia en realidad a un bloqueo histórico, a un decisivo freno que la Iglesia de Roma interpuso al desarrollo de la religión y de las ideas sociales en Europa.





Verdad es que la Iglesia renació a partir del Concilio de Trento, pero renació castigando a los reformadores de la sociedad no menos que a los heréticos y a los pontífices que hicieron del trono de San Pedro un banco de mercado. Se instituyó el Santo Oficio, una especie de policía del pensamiento y de la acción que colocó sobre un mismo plano y sometió a una misma condena (preferiblemente la hoguera) a los curas corruptos y a los genios del pensamiento moderno. En lo sucesivo, durante siglos, la ciencia laica y la libertad de conciencia se considerarían delitos. Ansiosa de pureza y ortodoxia, la Iglesia de Roma admitió como únicas verdades las reveladas por la Biblia y la tradición antigua: aquel que discutiera o intuyera algo nuevo y distinto en cualquier materia que de algún modo entrase en conflicto con la verdad revelada, debía ser indefectiblemente condenado, porque era un provocador demoníaco.

Así, Giordano Bruno (1600) terminó en la hoguera; así, Galileo Galilei fue obligado a abjurar de sus propios descubrimientos. No obstante, el Concilio de Trento y la Contrarreforma abrieron una nueva época en la historia bimilenaria de la Iglesia. Y este período sólo concluyó cuatro siglos después, en tiempos muy cercanos a los nuestros, con el Concilio Vaticano II. Cuatro siglos, en cuyo transcurso la Iglesia de Roma se encerró en los términos de una doctrina que no consentía apertura alguna: fue una institución radicalmente intolerante.

Al menos refiriéndose a aquella época es excesivo hablar de universalidad de la Iglesia de Roma. ¿Qué universalidad, si todo el movimiento protestante se había desligado del tronco original, si la Iglesia inglesa se administraba por su propia cuenta, si la secesión de Roma que recomendaba la Universidad de París encontraba nuevas motivaciones en las teorías de





Arriba: En la Basílica de San Pedro, escena de una celebración de la época del papa Alejandro VIII (1690), obra de autor anónimo holandés, de fines del siglo XVIII. Se considera que Alejandro VIII, Pietro Ottoboni en la vida seglar, oriundo de Venecia, y elegido en 1689, fue el último papa nepotista: reinó dos años solamente.
Abajo: Moneda que representa la apertura de la Puerta Santa, en San Pedro, cuando ocupaba el solio pontificio Clemente X, en el año del jubileo 1675. Las Puertas Santas son las tapiadas junto a los accesos principales a las basílicas de San Pedro en el Vaticano, San Pablo extramuros, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor, en el Esquilino, que se abren con una ceremonia especial en la Nochebuena anterior al Año Santo, para significar la benevolencia de la iglesia en un acto de apertura total que no quiere interponer obstáculos al ingreso de los penitentes.



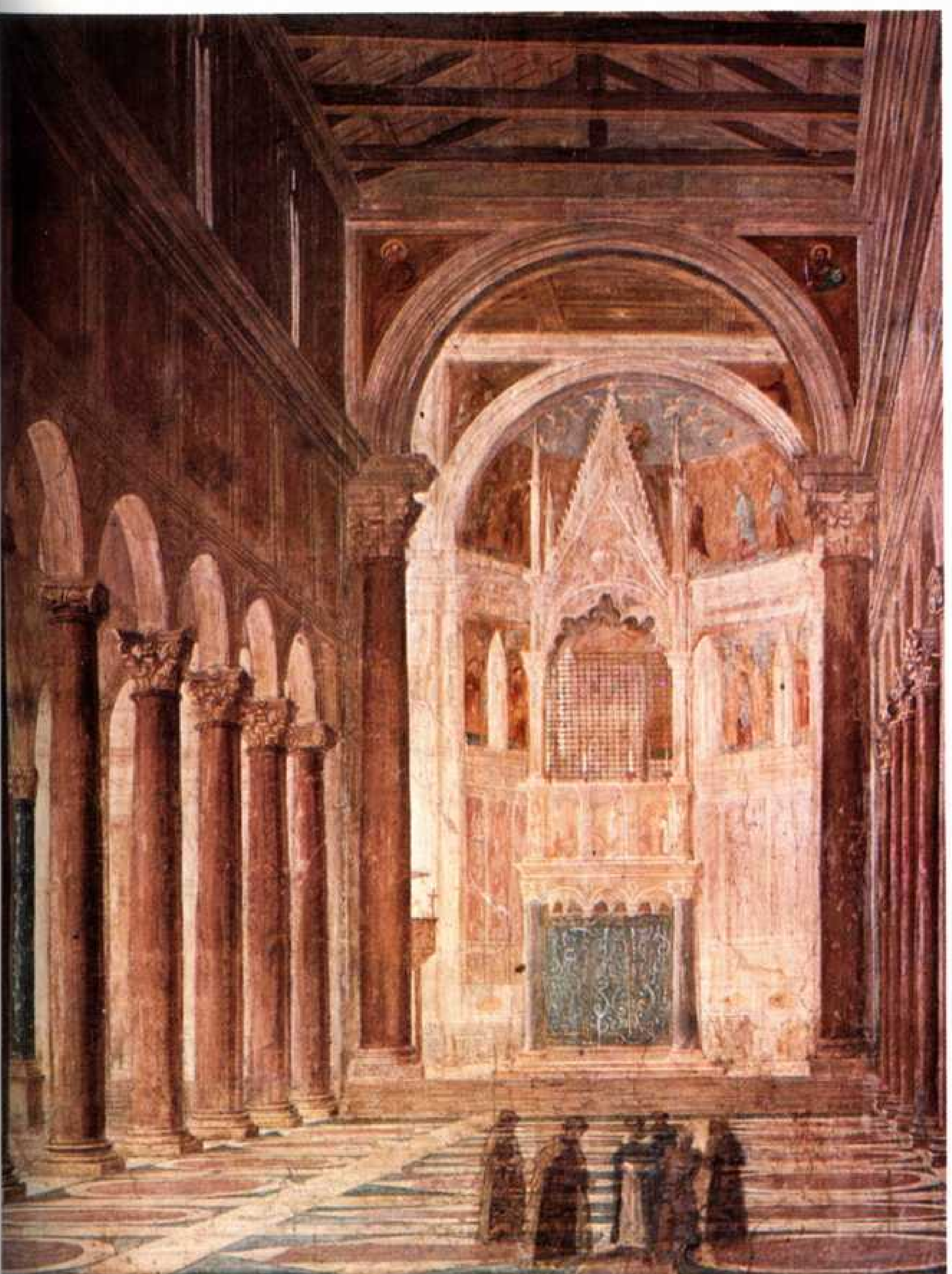
Calvino y Lutero? Una tercera parte de Europa se separaba definitivamente de Roma.
Acaso la actitud más significativa fue la de la Iglesia francesa, porque constituyó directamente un preludio de la Revolución francesa y de Napoleón I. En Francia, ascendía la nueva corriente del jansenismo: Dios reserva la gracia a unos pocos elegidos. Junto al jansenismo surgió el galicanismo, un movimiento clerical-nacional que reivindicó la absoluta autonomía de los obispos franceses respecto de Roma y que, por espacio de una centuria, se negó a promulgar los principios de la Contrarreforma establecidos por el Concilio de Trento.
El clero galicano, es decir, francés, proclamó la superioridad del rey de Francia sobre el papa. Tocó a dos pontífices afrontar el problema, que ya no podía evitarse: Inocencio XI y Alejandro VIII. Luis XIV era el rey de Francia: inflexible primero, el rey Sol llegó a un compromiso con Alejandro VIII. Parecía por entonces (estamos en el año 1691) que el galicanismo había terminado, pero no fue así. El galicanismo no era más que la repercusión del laicismo, en la Edad Moderna, frente a la Iglesia de Roma, que ya se había manifestado con Federico II, rey de Sicilia, y bajo el papa Inocencio III.
En el futuro, este laicismo desembocaría en dos caminos. Uno, habría de tomarse en breve, pues se consideraba que el clero francés, antirromano, reforzaba al rey de Francia y a la nobleza francesa. Otro, habría de manifestarse más tarde, y opondría el pueblo francés al catolicismo, teniendo en cuenta que el clero había entrado en alianza con la nobleza y, por lo tanto, al igual que ésta, sería castigado por los revolucionarios: de esa situación surgiría el nacionalismo revolucionario que se insertó en el jansenismo y el galicanismo.

En las garras del inmovilismo

Casi todo el siglo XVIII, hasta la Revolución francesa, se caracterizó por pontífices que en épocas posteriores se hicieron memorables por su espiritualidad, su caridad hacia los pobres y hasta por su inteligencia moderna, como Benedicto XIV Lambertini, cuya sagaz humanidad y comprensión le valieron ser comparado con el papa Juan XXIII, el gran artífice del Concilio Vaticano II. Sin embargo, esta gran caridad de los papas del siglo XVIII, la humildad que ostentaron, ofrecían un desesperanzado contraste con la evolución de aquellos días. ¿Qué importaba abrir a los pobres los palacios de Letrán, como lo hizo Inocencio XII, o abolir todas las formas de nepotismo y visitar uno por uno a los enfermos en los hospitales, cuando en las capas bajas de la sociedad hervía un espíritu cada vez más resuelto a eliminar a los tiranos y a imponer los principios de una sociedad fundada en el trabajo?
Roma era la ciudad de Europa que tenía el mayor número de pobres, indigentes y desocupados. Aunque se opuso moralmente a la injusticia de la corte francesa, la caridad de los papas en la práctica no hizo más que convalidar el estado de inferioridad económica, en el cual se hallaba sumidos los pobres. La autocracia papal en Roma selló esta situación, que parece inmutable.
Si, hasta la Revolución francesa, la debilidad a que se ha visto reducido el Estado pontificio facilita los fines de los últimos soberanos, y por consiguiente se repite en la historia el acostumbrado motivo de vejaciones recíprocas entre los papas y los reyes (estos últimos siempre en ventaja), con el advenimiento de la Revolución, la fuerza centrífuga de los laicos se ligó a la necesidad de conquistas civiles y sociales, que la Iglesia, de buen grado o por fuerza, rica o pobre, hasta ese entonces no alimentó ni toleró. Frente al avance de la burguesía en rebelión, el poder temporal, este apéndice terreno que desde hacía casi un milenio se habían asegurado los papas con mayor o menor prestigio, se convirtió en una prisión. Hay que entender que la autoridad espiritual absoluta del papa, mientras es condición esencial para la unidad de los católicos, se torna sin



Izquierda: San Juan de Letrán, la Catedral de Roma, es una de las iglesias más antiguas de la ciudad, que mandó construir Constantino, en el siglo IV, para el culto de los cristianos junto al de otras religiones.
Cuando Inocencio X encargó su refacción a Borromini (1646-1649), insistió en que se conservaran las ruinas de la basílica paleocristiana anterior. La fachada actual es obra de Alessandro Galilei (1735).



Izquierda: Interior de la Catedral de Roma, San Juan de Letrán, antes de la renovación que realizó Borromini (fresco de la iglesia de San Martín de los Montes, en Roma).
Abajo: Captura de los piratas turcos sobre la playa de Maccarese, cerca de Roma (cuadro de Dirien Manglard, siglo XVIII, detalle; Museo de Roma).



ROMA A FINES DEL SIGLO XVIII

A partir de mediados del siglo XVIII, en Roma la historia degeneró en crónica. En esta ciudad vivían aproximadamente 150.000 habitantes, administrados exclusivamente por el clero: en efecto, los cargos públicos constituyeron el monopolio de una clase que estaba ligada, por parentesco o favores especiales, a los grandes prelados.

Por consiguiente, el gobierno estaba en manos firmes y ofrecía las máximas garantías de conservación integral: la última biblioteca se fundó en 1711; el último teatro, en 1732; finalmente, la actividad cultural que impulsaba el Estado se redujo exclusivamente a las grandes fiestas del Castillo de Sant'Angelo.

Sin embargo, brotaron algunas ideas nuevas: se discutieron mucho los problemas con los que los iluministas y los masones se enfrentaban más allá de los Alpes, y las reformas y los incentivos que se impulsaban en las otras capitales, hasta en Nápoles. El papa Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús (1773); Pío V inició el saneamiento de la zona rural pontina. A pesar de todas estas reformas, las distancias respecto del mundo moderno siguieron siendo enormes.

Cuando en Francia se perfilaba la Revolución, hubo restringidos círculos romanos que se ocuparon de ella con interés, pero quedaron aislados frente a las desorientadas autoridades y al pequeño clero. Bassville, secretario de la legación francesa de Nápoles, se trasladó a Roma para exponer las ideas de la Revolución y fue asesinado por el populacho (enero de 1793), que, después (diciembre de 1797), hizo pedazos al agregado militar Duphot. Las consecuencias de esto representaron el primer golpe que soportó el poder del papa ante la sublevación de un pueblo que siempre había estado a su servicio, pero que ante estas circunstancias se había tomado la justicia por su mano.



Arriba: Sorteo de la lotería, desde los balcones del Montecitorio. Las obras de construcción del palacio fueron iniciadas en 1650 por Bernini, para la familia Ludovisi, y se prosiguieron por cuenta de Inocencio X, que quiso convertirlo en residencia de su familia. Abajo: Carabinero pontificio (abajo, izquierda), guardia noble (arriba, izquierda), caballero de capa y espada (abajo, derecha) y guardia palatino (arriba, derecha). Con el correr de los siglos, los cuerpos militares destinados a la guardia de los pontífices se multiplicaron: formar parte de ellos constituía un gran honor, y se reservaba a las familias más nobles.





Izquierda: Un guardia suizo. Este cuerpo, instituido por Julio II en 1506, tiene la misión de custodiar la sagrada persona del pontífice y los sagrados palacios apostólicos. Todavía hoy, los guardias suizos llevan el característico traje, quizá diseñado por Miguel Angel.

Arriba: *Largada de los berberiscos* (Bartolomeo Pinelli, 1821; Museo de Roma). Esta carrera de caballos semisalvajes tenía lugar en la actual Vía del Corso.
Abajo: Figuras de bandoleros, tomadas de *Costumi romani,* de Bartolomeo Pinelli (1807; Museo de Roma).





Arriba: Senador pontificio. Este cargo, que equivalía al de gobernador, fue a partir de fines del siglo XVIII casi simbólico, mientras el cardenal Secretario de Estado ejercía también el control de la administración ciudadana.



Izquierda: El papa Clemente XII y el cardenal Nereo Corsini, su sobrino (mosaico que data de mediados del siglo XVIII; Roma, Galería Corsini).
Lorenzo Corsini (el papa Clemente XII), de noble familia florentina, fue elegido en el año 1730.
Durante su pontificado, don Carlos, hijo del rey de España, conquistó el Reino de Nápoles y asumió el nombre de Carlos III. Cuando sus soldados intentaron enrolar por la fuerza a algunos trasteverinos, todo ese arrabal se sublevó contra los españoles, que castigaron con dureza este levantamiento.
Ante la reacción del rey de España, Clemente XII debió efectuar muchas concesiones el 26 de septiembre de 1737.
Abajo: *Carlos de Borbón visita al papa Benedicto XIV en los salones del Quirinal,* 1746 (cuadro de G. P. Pannini; Nápoles, Museo de Capodimonte).
El cardenal Próspero Lambertini (papa Benedicto XIV), boloñés, de espíritu conciliador y cordial, solía pasear solo por las calles de Roma, y conversaba con la población.

más, autoridad terrena absoluta, y está sujeta, por lo tanto, a las mutaciones y disputas sociales, hasta que también se expresa en términos del poder efectivo, temporal.
La Revolución francesa conmocionó a la Iglesia de un modo que parecía definitivo. Testigo y víctima de ese gran acontecimiento fue el papa Pío VI Braschi. Cuando falleció, se dijo «Ha muerto el último papa». Si la Iglesia era una autocracia terrena, fundada en el territorio, en el poder absoluto y en las armas, no cabe duda de que su historia europea terminó en ese momento, con el triunfo de la Revolución francesa y el Imperio fundado por Napoleón I.
Sólo la larga historia de la Iglesia permite comprender por qué pudo ésta sobrevivir, preparando sin saberlo, si así puede decirse, su renuncia al poder temporal a favor de la total reconquista del poder espiritual. Para la Iglesia autocrática temporal era tabú el concepto de que el individuo es el centro del universo, pero, paradójicamente, aquél es la esencia misma del cristianismo. Sólo teniendo esto presente se puede entender por qué, después de perder definitivamente el poder temporal, la Iglesia posee aún hoy un poder espiritual universal.
Napoleón no tuvo que hacer el menor esfuerzo para obligar al papa a ponerse de rodillas. Los revolucionarios llevaron a término y superaron con mucho lo que querían los galicanos. El alto clero sucumbió en la guillotina, junto con los nobles. El pueblo francés estableció que sería él mismo quien eligiera a los obispos y a los párrocos, donde y cuando fuera necesario. Por otra parte, el papa Pío VI se declaró contrario a la evolución natural de la historia; a su juicio, la Revolución francesa era sólo una manifestación de insensata bestialidad. De esta manera, el pontífice impidió diálogo alguno con los nuevos protagonistas de la sociedad: incluso renunció a actuar sobre las degeneraciones. Napoleón Bonaparte, la expresión más





problemática de la Revolución, más rica en promesas transformadoras, cayó sobre los territorios pontificios, invadió Bolonia, Ferrara y Romaña, impuso al papa Pío VI un insostenible tributo por daños de guerra y concluyó que «esta vieja máquina (la Iglesia de Roma) se deshará por sí sola». El propio Pío VI fue hecho prisionero, moralmente, y arrastrado hacia Francia, en condiciones humillantes. Y ésta sí fue una esclavitud, a mucha distancia del exilio voluntario de Aviñón.
El sucesor de Pío VI escogió el nombre de Pío VII: en esta decisión se vislumbraba ya el último símbolo de la resistencia a los laicos. En los hechos, Napoleón anuló el poder temporal de los papas con un corcordato elaborado totalmente a su favor. El papa Pío VII aceptó el concordato porque no podía hacer otra cosa; por su parte, Napoleón se lo propuso e impuso en obsequio a una lógica que ningún protagonista de la historia de la Iglesia pudo entender. Hijo de la Revolución, Napo-

Arriba: Montecitorio y Palacio Chigi, en el siglo XVIII.
Sobre estas líneas: Pío VI (escultura de A. Canova y A. Tadolini; Roma, San Pedro).
Giovanni Angelo Braschi, elegido en 1775, debió afrontar los terribles contragolpes que la Revolución francesa asestó a la Iglesia.
En 1796, durante un levantamiento, fue asesinado en Roma el representante francés Hugo Bassville, y el general Napoleón Bonaparte llegó con su ejército hasta Bolonia, donde otorgó a la Santa Sede un armisticio sumamente gravoso.
El 28 de diciembre de 1798, en los choques entre filojacobinos romanos y soldados pontificios, cayó muerto el general Duphot, y el general Berthier aprovechó la ocasión para ocupar Roma, donde se proclamó la República en febrero. Pío VI fue trasladado a Toscana. Murió al año siguiente, el 19 de agosto de 1799, mientras se encontraba prisionero en Valence.

NAPOLEON Y PIO VII

La divergencia de opinión entre Napoleón y Pío VII, alimentada por cuestiones de principios que por un lado atacaban las prerrogativas del Pontífice, ya que disminuían notablemente su poder, y por otro la pretensión del Emperador francés de erigirse en absoluto dominador del mundo sin hacer ningún tipo de diferencias en cuanto a territorios se refiere, tuvo su origen en el concordato entre la Santa Sede y Francia.

El concordato anterior, que León X había firmado con Francisco I en el año 1516, había resuelto una grave crisis iniciada por la *Pragmática Sanción de Bourges* (1438), acto unilateral de Carlos VII tendente a crear una Iglesia nacional francesa, independiente y sustraída a la autoridad del Pontífice romano.

El concordato había reglado las relaciones entre el Estado y la Iglesia, en un plano de equilibrio, y permaneció en vigencia hasta los turbulentos años de la Revolución. En 1790, la Asamblea Nacional revolucionaria dictó la discutida *Constitución civil del clero,* decreto que hacía concesiones a los no católicos, nacionalizaba los bienes eclesiásticos y terminaba con los impuestos que se pagaban tradicionalmente, por parte del pueblo, a la Iglesia, suprimiendo las órdenes religiosas, y subordinaba además la Iglesia al Estado, obligando al clero a un juramento de fidelidad a la nación.

La exigencia de apaciguar los ánimos y reconquistar el favor de los católicos, siempre suspicaces a este respecto, impulsó a Napoleón, por aquel entonces Primer Cónsul, a establecer en el año 1801 nuevas conversaciones con Roma, para suscribir un nuevo concordato.

Pero cuando se pensaba ya en un acercamiento, las dificultades que sobrevinieron en la fase de las conversaciones y la pretensión de Napoleón de agregar unilateralmente otros setenta y siete artículos al tratado, provocaron una grave crisis en las relaciones entre Bonaparte y Pío VII, incluso las personales.

Fue una larga lucha, a veces dramática, marcada por momentos culminantes en sus relaciones personales, como la anexión del Estado pontificio al Imperio francés (17 de mayo de 1809) con la oposición total de la Iglesia, que inmediatamente decretó la excomunión de Napoleón, y el aprisionamiento y posterior cautividad del Papa.



Arriba: *Napoleón y Pío VII en Fontainebleau,* en 1804, obra de J. L. Marne.
Abajo: Firma del concordato entre el Gobierno francés y Pío VII (15-16 de julio de 1801), en un grabado popular de la época (París, Biblioteca Nacional).
Elegido Papa en 1800, Pío VII abordó el problema de las relaciones de la Santa Sede con Francia, que de todos, era el más espinoso. Las negociaciones que llevaron al acuerdo fueron muy difíciles pero ya en 1802 recomenzaron las fricciones con Napoleón, que agregó al concordato setenta y siete artículos a favor del Estado, respondiendo evasivamente a las protestas del papa Pío VII.



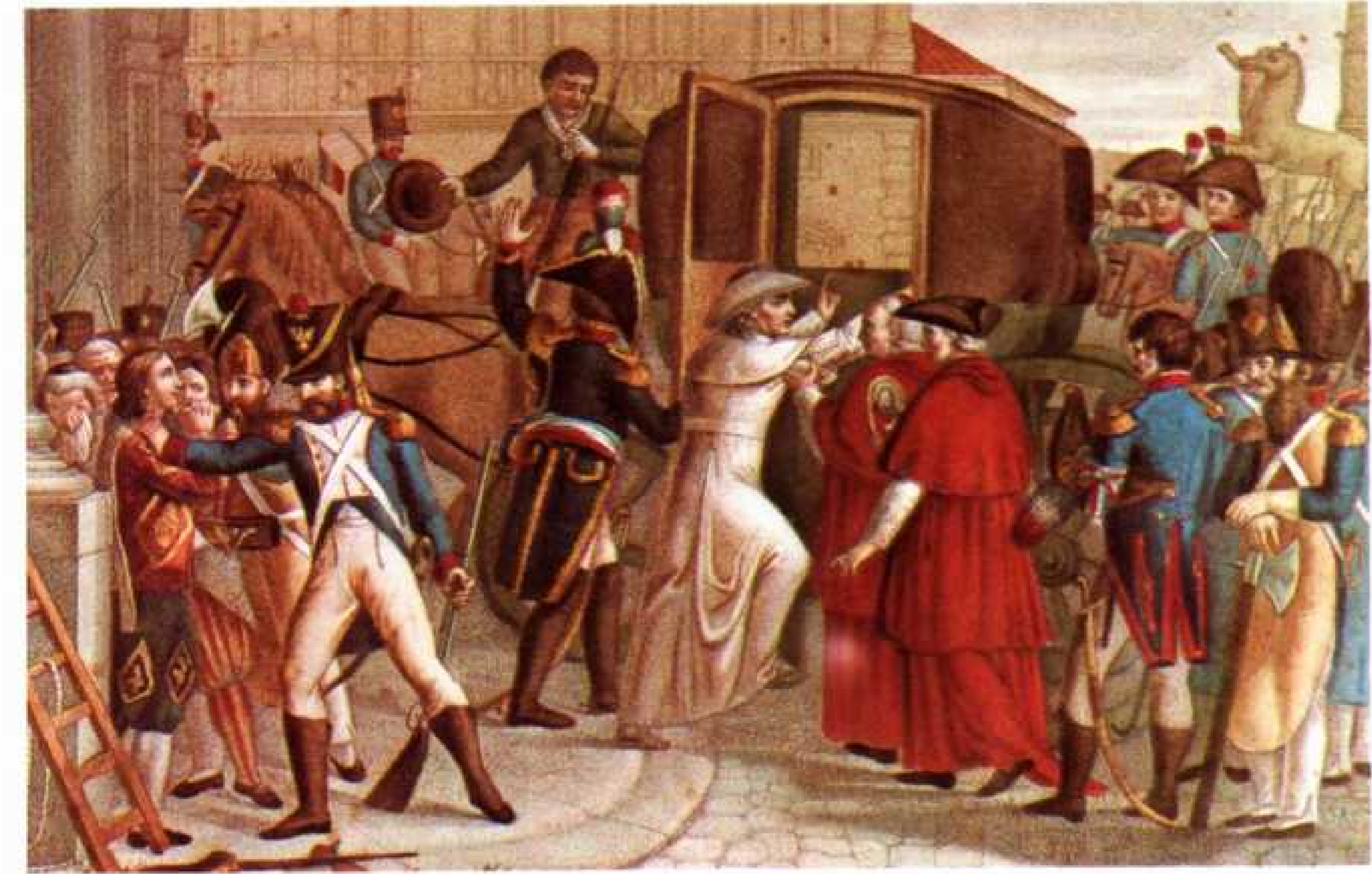


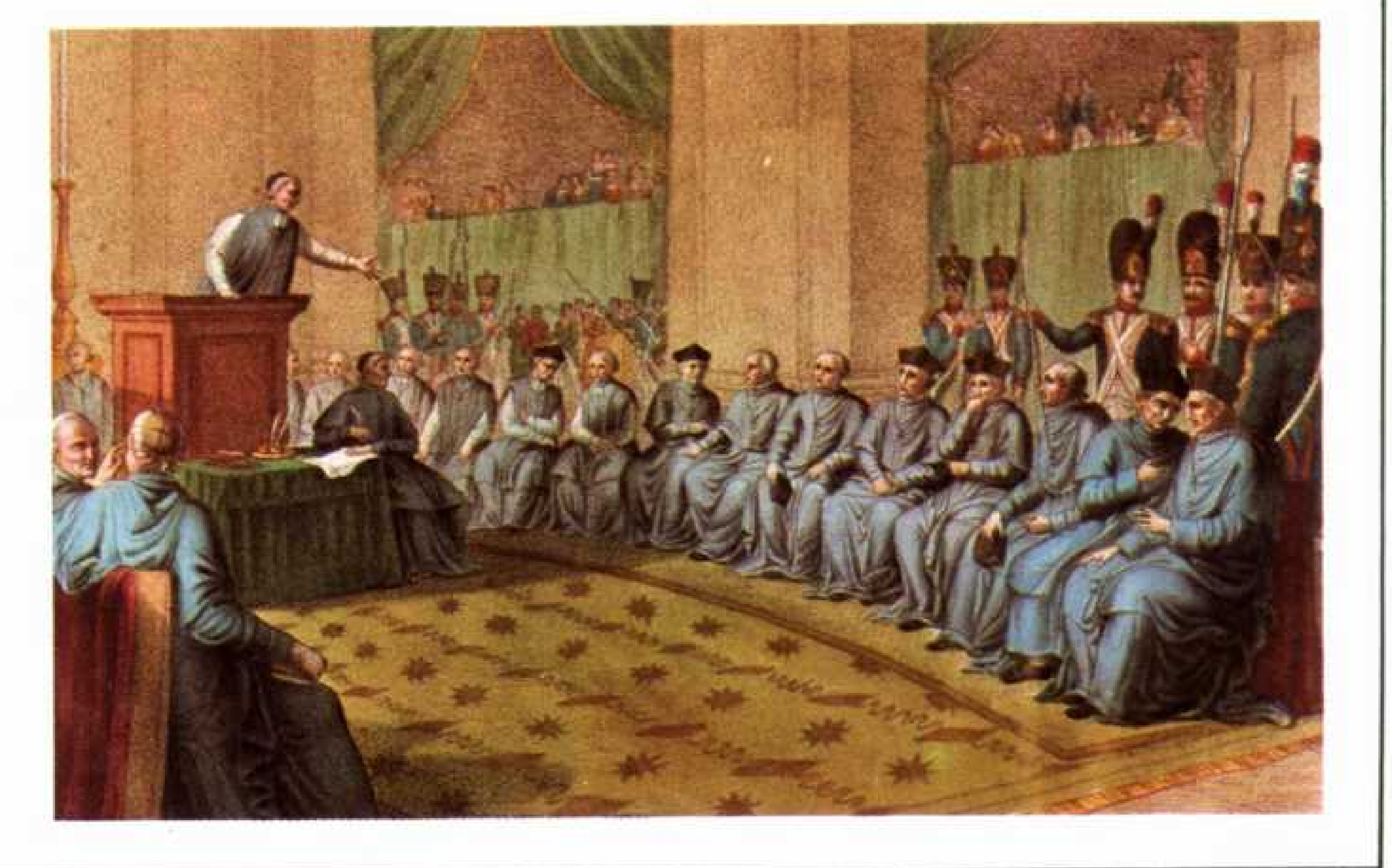
Arriba: *Coronación de Napoleón* (detalle del cuadro de J. L. David; París, Museo del Louvre). Tras el golpe de Estado del 28 de marzo de 1804, Napoleón solicitó al papa Pío VII que fuese a París para coronarlo emperador de los franceses. La ceremonia se realizó el 2 de diciembre de ese mismo año, en la Catedral de Nuestra Señora: en presencia del Papa, aunque Napoleón se ciñó a sí mismo la corona, prescindiendo totalmente de él.
El 4 de abril de 1805, Pío VII regresó a Roma, y el 25 de mayo el Emperador se hizo coronar también rey de Italia, en la Catedral de Milán.









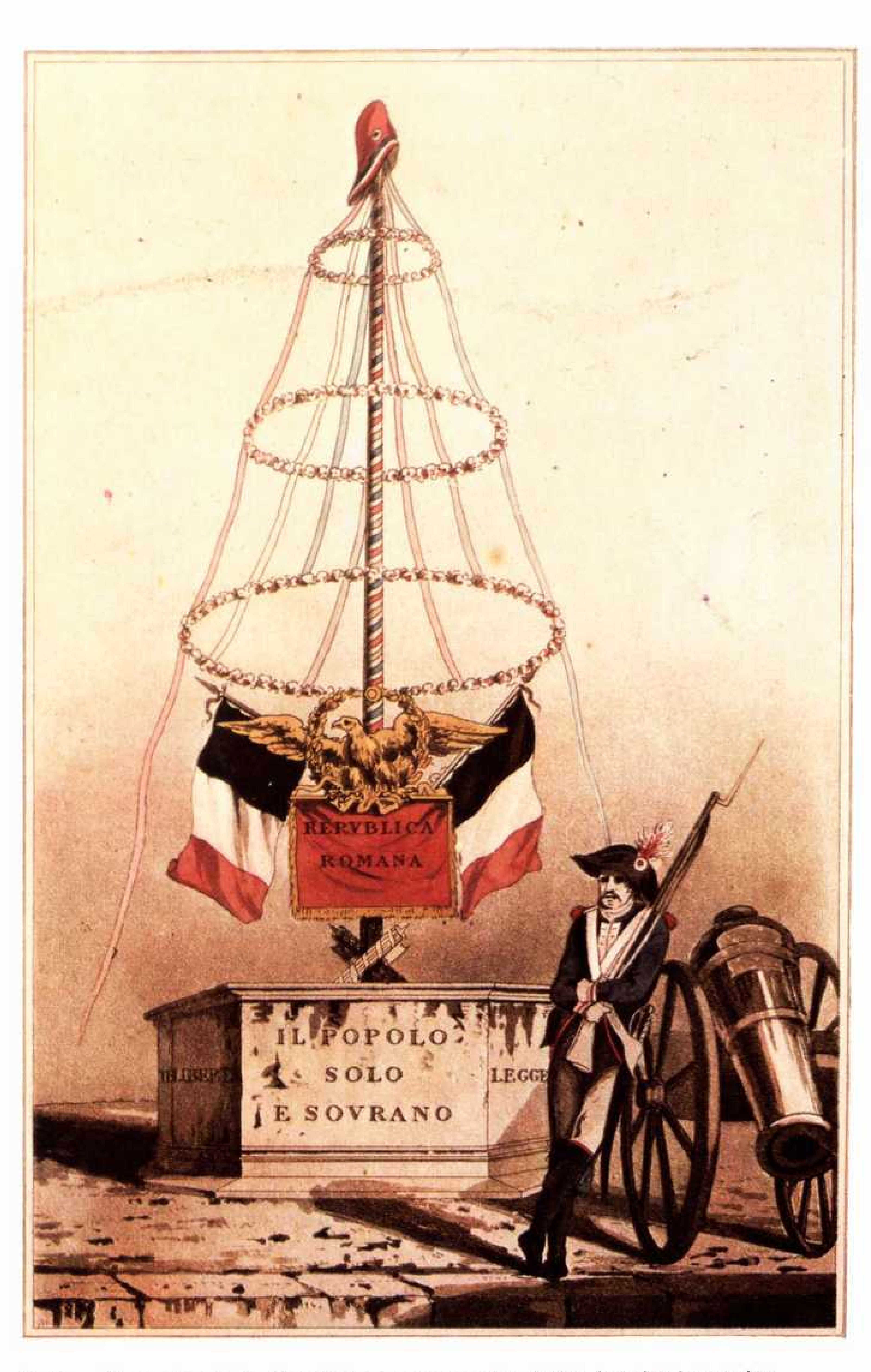


Derecha: Cuatro episodios en grabados de la época de las complicadas alternativas de la relación entre Napoleón y el papa Pío VII cuando trataban la firma del Concordato, al cual pretendía Napoleón añadir unilateralmente otros setenta y siete artículos al tratado que provocaron una grave crisis en sus relaciones oficiales y personales.
El pontífice ordena liberar al cardenal Pacca, arrestado por los franceses y preso en el fuerte de Fenestrelle, Pinerolo; Pío VII lo quiere a su lado durante el triunfal retorno a Roma (1814) (1).
Pío VII excomulga a Napoleón (10 de junio de 1809), quien había decretado la anexión de los Estados pontificios al Imperio francés, llevándose prisionero al papa, primero a Savona y luego a Fontainebleau (2).
Arresto de Pío VII ordenado por Napoleón en respuesta a la excomunión (1809) que había decretado el papa; en el curso de este cautiverio, fue privado hasta de la posibilidad de enviar y recibir correspondencia (3).
Una de las múltiples sesiones del concilio de los obispos del Imperio, convocado en París por Napoleón (1811), irritado ante las protestas papales respecto del nombramiento, totalmente arbitrario y personal, de obispos de su confianza (4).

león tenía necesidad de las viejas dinastías y de la nobleza, de la burguesía más reaccionaria y de sus aliados internacionales, para sentar sus reales en el vértice de un Imperio que reprimía y anulaba todo principio revolucionario.

Napoleón tuvo, por lo tanto, necesidad de demostrar a Europa que el pontífice estaba a su lado, como lo estuvo en tiempos de Carlomagno, y que no obstante se encontraba subordinado a él. Napoleón logró su propósito durante poco tiempo: Pío VII se trasladó a París para coronar emperador a Napoleón: pero éste sólo aceptó la unción ritual y se procuró por sí mismo el poder efectivo. Tomó la corona imperial y la colocó sobre sus sienes. Napoleón reconoció que el poder le venía de Dios. Pero directamente, sin intermediarios. El papa estaba allí haciendo acto de presencia.

La prueba es que, en 1808, los franceses ocuparon Roma. Algún tiempo después, en el verano de 1809, Pío VII excomulgó a Napoleón. Pero las excomuniones ya no amedrentaban: Napoleón respondió haciendo prisionero al papa y deportándolo a tierras italianas o francesas, pero siempre bajo su dominio. Sin embargo, Pío VII tuvo larga vida: cuando Napoleón fue definitivamente derrotado por los antiguos imperios, el pontífice pudo retornar a Roma y ocuparse de salvar lo que aún era rescatable. Para entonces la Iglesia no era más que un apéndice de las potencias que habían vencido a Napoleón y que, precisamente por eso, asumieron el papel de vindicadoras de las conquistas revolucionarias francesas. La derrota definitiva de Napoleón, fruto desviado de la revolución liberal, se entendió por el momento como la derrota de la revolución misma. El pontífice, que se hallaba circunstancialmente sobre el carro de los vencedores transitorios, debió permanecer en él hasta su



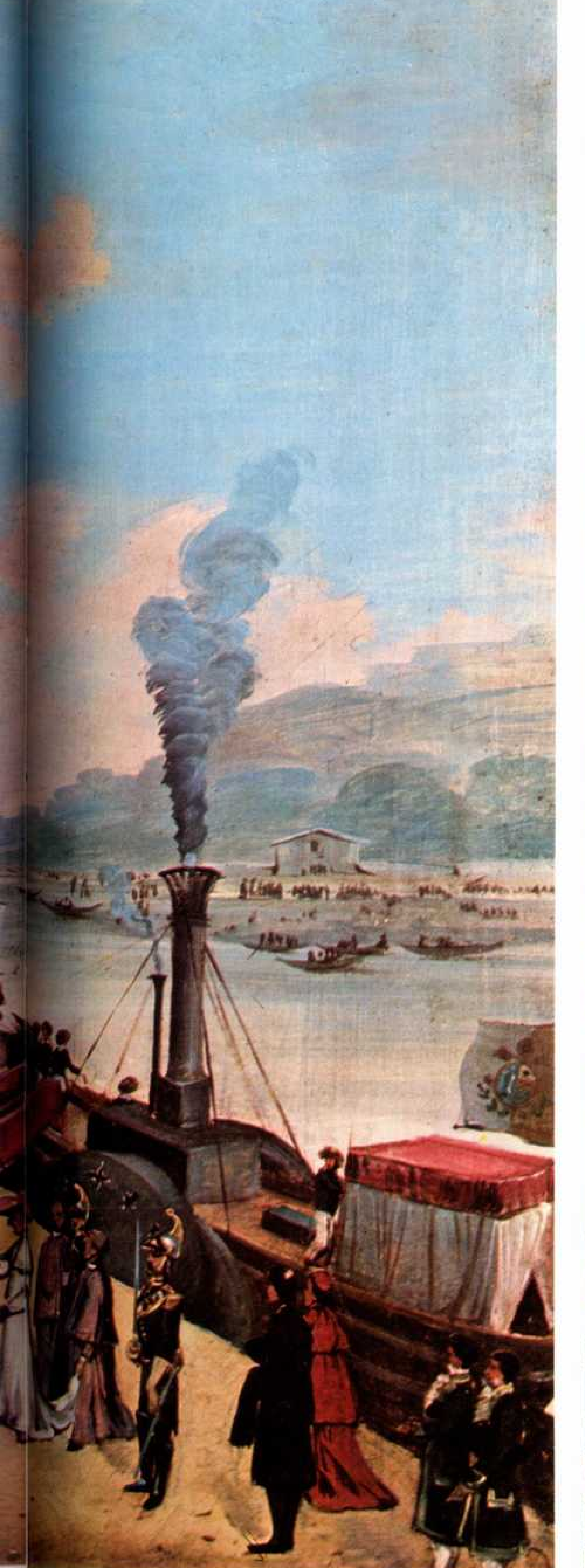
Arriba: Alegoría de la República romana de 1798. Inspirada en los principios de la Revolución francesa, la República de 1798 tuvo vida efímera: poco sentida por el pueblo, que se mantuvo fiel al papa, cayó al cabo de un año aproximadamente, sometida a la presión de las tropas napolitanas.



Abajo: *Inauguración del puerto de Ripa Grande,* en Roma, efectuada por Gregorio XVI (cuadro de autor anónimo, del siglo XIX; Museo de Roma). Este pontífice, Bartolomeo Alberto Cappellari en la vida seglar, y natural de Belluno, fue elegido en 1831 y se hizo conocer como autor de una ópera titulada *El triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia contra los ataques de los innovadores.*
Derecha: Choque entre dragones pontificios y bandoleros.
Abajo, derecha: Trabajos forzados en el Estado pontificio. Antes de lanzar medidas de reforma, Gregorio XVI consideró más útil acentuar el autoritarismo estatal y religioso y reiteró esa posición también en el plano doctrinal (Bula *Sollicitudo ecclesiarum,* agosto de 1837). Se multiplicaron así los que no tenían otro camino que la rebelión individual, convirtiéndose en bandoleros, y en consecuencia, se hicieron más rígidos el control de la policía y las penas.



Izquierda: Un bandolero con el traje típico: sombrero y zapatos adornados con cintas al estilo romano.

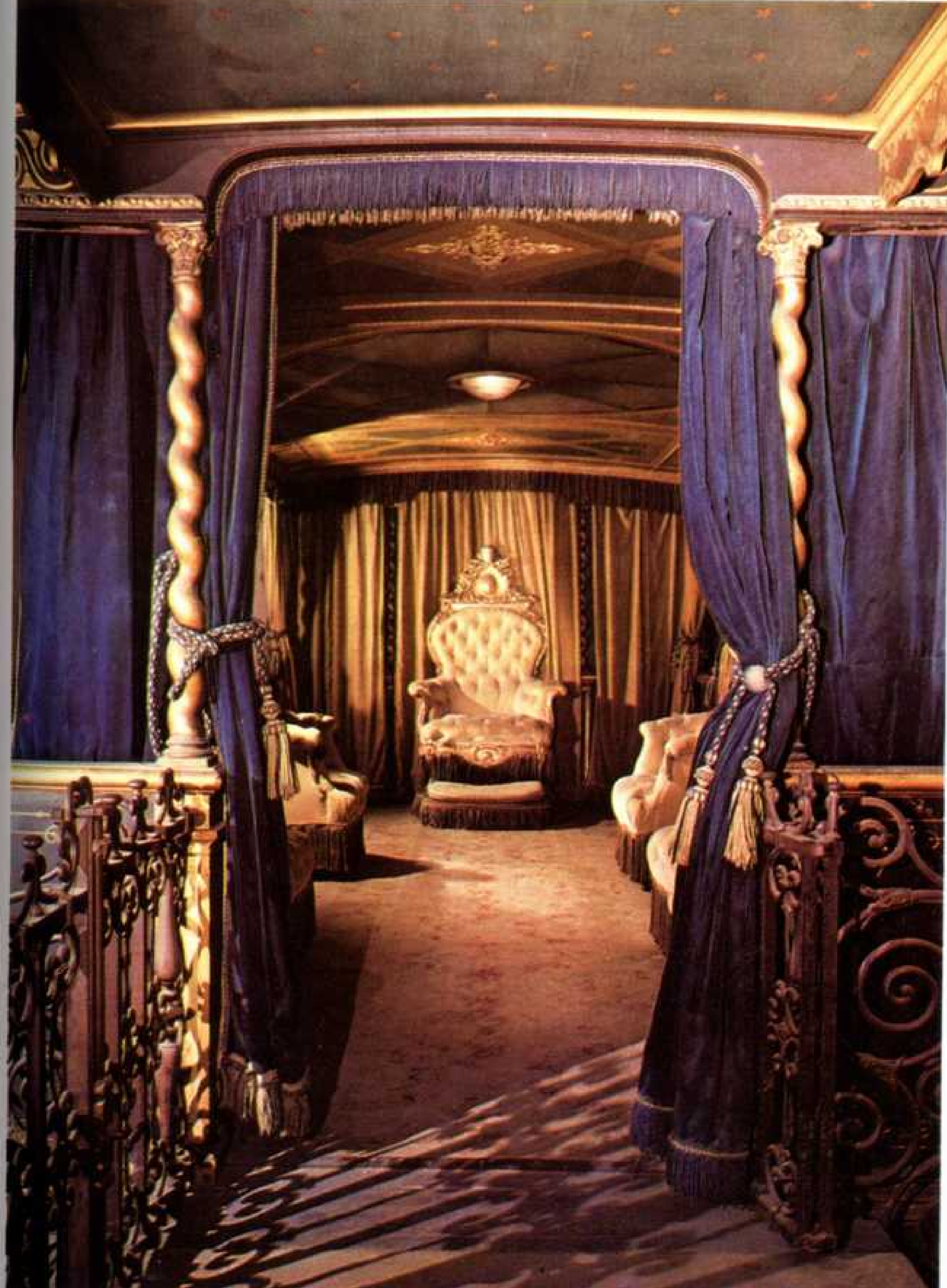








cercana declinación y, en consecuencia, sucumbió con ellos. Los papas que sucedieron a Pío VII en ese lapso de la historia de la Iglesia compendido entre la conquista de Italia por Napoleón y la formación de la nación Italia (1814-1861), fueron simples comparsas. Se trató en el mejor de los casos de personas, Gregorio XVI constituye un ejemplo, que se expusieron recomendando a los súbditos católicos que respetaran a las autoridades reales, tanto como para no tener nada que ver con los levantamientos de la época.
Le tocó al papa Mastai Ferretti, elegido con el nombre de Pío IX en 1846, vivir hasta el fondo el extremo dilema en el cual se debatía la Iglesia: poder temporal y poder espiritual sobre el universo católico. Al empuje de las fuerzas populares se habían ido formando las naciones modernas. Los italianos, rebelados contra el poder extranjero, austríaco o borbón, aspiraban a la formación de un Estado único.
En este momento, algunos vieron la posibilidad de que el papa se convirtiera en rey de la Italia unificada. Esa esperanza pareció concretarse cuando en 1846, en el curso de sólo dos días de cónclave, se eligió pontífice a Pío IX, que tenía fama de liberal. Pío IX fue elegido contra la voluntad del emperador de Austria («Podría esperar cualquier cosa, menos un papa liberal», habría dicho en aquella ocasión Metternich, canciller del emperador.) Pero los patriotas italianos, más moderados, no comprendían que la esperanza de que un papa fuese rey de Italia era absurda, al menos por dos razones. La primera, el hecho de que contribuir a la formación del reino de Italia significaba oponerse militarmente a todos los países católicos que, por el momento, dominaban en los pequeños Estados en que se dividía Italia.
La segunda razón, acaso la más importante, la más trágica para el pontificado de Pío IX, era que, estructuralmente, el Estado pontificio constituía una monarquía absoluta, en la que no podía penetrar fermento liberal ni democrático alguno. Una Iglesia republicana o aun monárquico-constitucional, representaba una contradicción.
Así, pues, ya en 1848, el año de los grandes levantamientos revolucionarios y de la primera guerra de independencia italiana, Pío IX declaró su neutralidad. No eran tiempos de medias tintas: o se pertenecía al bando de la revolución nacional italiana o se estaba en contra de ésta. Por consiguiente, Pío IX estaba en contra. Atemorizado por los levantamientos abandonó Roma, refugiándose en Gaeta. José Mazzini instituyó la República romana: fue una aventura que duró pocos meses y que terminó en julio de 1849 con la invasión de Roma por parte de los franceses. En consecuencia, fue en virtud de una invasión extranjera que el papa pudo regresar a Roma y ejercer el poder temporal absoluto.
El camino que había tomado el papa no le permitía volver atrás. La Casa de Saboya, se aseguró así, por espacio de casi un siglo, el poder sobre Italia unida. El rey de Italia, Víctor Manuel II, trató varias veces de pactar con el pontífice, mientras los revolucionarios presionaban en busca de la conquista de Roma y la destrucción del Estado pontificio. Pero fue inútil: Pío IX, convencido de que el poder espiritual no puede ejercerse si no es por medio del poder temporal, se preparó para la última batalla. El 20 de septiembre de 1870, las tropas del ejército regular italiano invadieron Roma, que se convirtió en la capital de Italia. Pío IX se atrincheró en el Vaticano, donde, el año anterior, había proclamado el dogma de la infalibilidad personal del papa cuando hablaba *ex cathedra*, o sea, como vicario de Cristo en materia de fe y moral. Afirmó que si la historia había sacudido el poder temporal de la Iglesia era contra la voluntad divina, contra la verdad dogmática misma, es decir, contra la opinión del vicario de Cristo.
Pío IX abrigaba la desmesurada convicción de que el Evangelio estaba destinado a correr la misma suerte que su máximo intérprete. Por ello, condenó toda idea política moderna (las



Izquierda arriba: *Llegada de Pío IX a Portici*, el 4 de septiembre de 1849 (Nápoles, Museo de San Martino).
Elegido por un brevísimo cónclave (dos días de duración), Giovanni Maria Mastai Ferretti fue considerado el papa de los liberales. Pero su ausencia en la primera guerra de Independencia (1848), desvaneció las simpatías de que gozaba el pontífice, quien se refugió en Gaeta, bajo la protección del rey de Nápoles.
Arriba: *Predicación de Pío IX en Campo Vaccino* (1853), según un cuadro de M. Pacetti (Museo de Roma).
Abajo: Retrato de Pío IX (Milán, Museo del Risorgimento).
Abajo, izquierda: La *Loggia* que servía para las bendiciones, a bordo del Tren de Pío IX, donado por la Sociedad Ferroviaria Romana para los viajes del pontífice por la línea Roma-Civitavecchia, llamada «Pío Central» (Museo de Roma).



LA REPUBLICA ROMANA

Desaparecido el mito de Pío IX como reformador, se tornó cada vez más áspera la discordia entre los conservadores y los círculos liberales. El papa Pío IX se refugió en Gaeta (24 de septiembre de 1848), pequeña ciudad convenientemente fortificada y protegida por los Borbones.

Entretanto, en Roma los radicales lograron organizar la Asamblea Constituyente (21 de enero de 1849) y, el 9 de febrero, se proclamó definitivamente la caída del poder temporal del papa y el advenimiento de la República romana.

Pío IX, desde su refugio de Gaeta, lanzó un llamamiento para poner fin a la República recientemente proclamada y respondieron Austria, España, Francia y principalmente sus protectores, los Borbones de Nápoles. Todos ellos fueron derrotados por Garibaldi en la Puerta de San Pancracio el 30 de abril de 1849.

Seis días más tarde de la proclamación de la República, un comité ejecutivo nombró el ministerio. La institución del triunvirato (29 de marzo), integrado por C. Armellini, A. Saffi y J. Mazzini, vigorizó al Gobierno. Mazzini, en particular, tomó a su cargo la defensa de Roma, amenazada entonces por un cuerpo expedicionario francés. No obstante, después de muchos choques, la superioridad de los adversarios resultó aplastante, y en junio de 1849 el asedio a la ciudad fue total.

El 3 de julio de 1849, mientras los vencedores entraban en Roma, la Asamblea proclamaba la Constitución.

Fue el último acto de la República, que aglutinó la participación popular más intensa de todo el Resurgimiento.







Izquierda: Escena que representa el asesinato de Pellegrino Rossi. Después del consistorio de 1848 y de la dimisión del ministro Mamiani, Pellegrino Rossi, ex embajador en Francia, se convirtió el 16 de septiembre en presidente del Consejo. Su política del justo medio hacia conservadores y liberales provocó el descontento de unos y otros: el 15 de noviembre de ese año, cuando llegaba a la Cámara, fue asesinado por un hombre de las filas democráticas, quizá el hijo de Ciceruacchio, un popular agitador trasteverino.



Arriba: *Proclamación de la República romana* (Milán, Colecci de grabados Bertarelli). Las manifestaciones que siguieron al asesinato de Rossi culminaron co la concesión de un ministerio democrático, y con la fuga de Pío IX a Nápoles (24 de noviembre de 1848). Después de varias semanas de incertidumbre, se eligió una Constituyente roman que proclamó el 9 de febrero de 1849 la caída del poder temporal del papa y el advenimiento de la República.
Derecha: *Ataque francés al bastió núm. 8* (Milán, Colección Cívica c los grabados Bertarelli).
Al llamamiento que efectuó Pío IX desde su refugio en Gaeta para poner fin a la herética república, respondieron positivamente Austria España, los Borbones de Nápoles y sobre todo, Francia, regida entonces por Luis Napoleón, que envió un fuerte ejército; sin embargo, éste fue desbaratado por Garibaldi.
Concluida una efímera paz con lo franceses, los republicanos hiciero frente después a las tropas de Fernando II de Nápoles y las derrotaron en Palestina y Velletri.









Arriba, centro: Ataque a San Pedro en Montorio, durante el sitio a Roma, en 1849 (Roma, Museo del Risorgimento). En la noche del 2 al 3 de junio, los franceses atacaron sorpresivamente y conquistaron la Villa Corsini, sobre el Janículo, pese a la encarnizada resistencia de Garibaldi (izquierda) y de Giacomo Medici, y al sacrificio de muchos patriotas, entre los que se contaban Manara, Dandolo, Morosini, Roma cayó el 1 de julio. Arriba (de arriba abajo): Carlos Armellini, José Mazzini (ambos en Turín, Museo del Risorgimento), Aurelio Saffi (Roma, Museo del Risorgimento), constituyeron el triunvirato que encabezó la República romana. En el momento de la elección, Mazzini no se encontraba en la capital. Llegó a ella algunos días más tarde.

ochenta proposiciones del *Syllabus)* y excomulgó a todo aquel que la interpretara o siguiese, comenzando por el rey de Italia. Pío IX murió el 7 de febrero de 1878: durante los funerales, la multitud trató de arrojar su féretro al Tíber.

Una Iglesia sin Estado

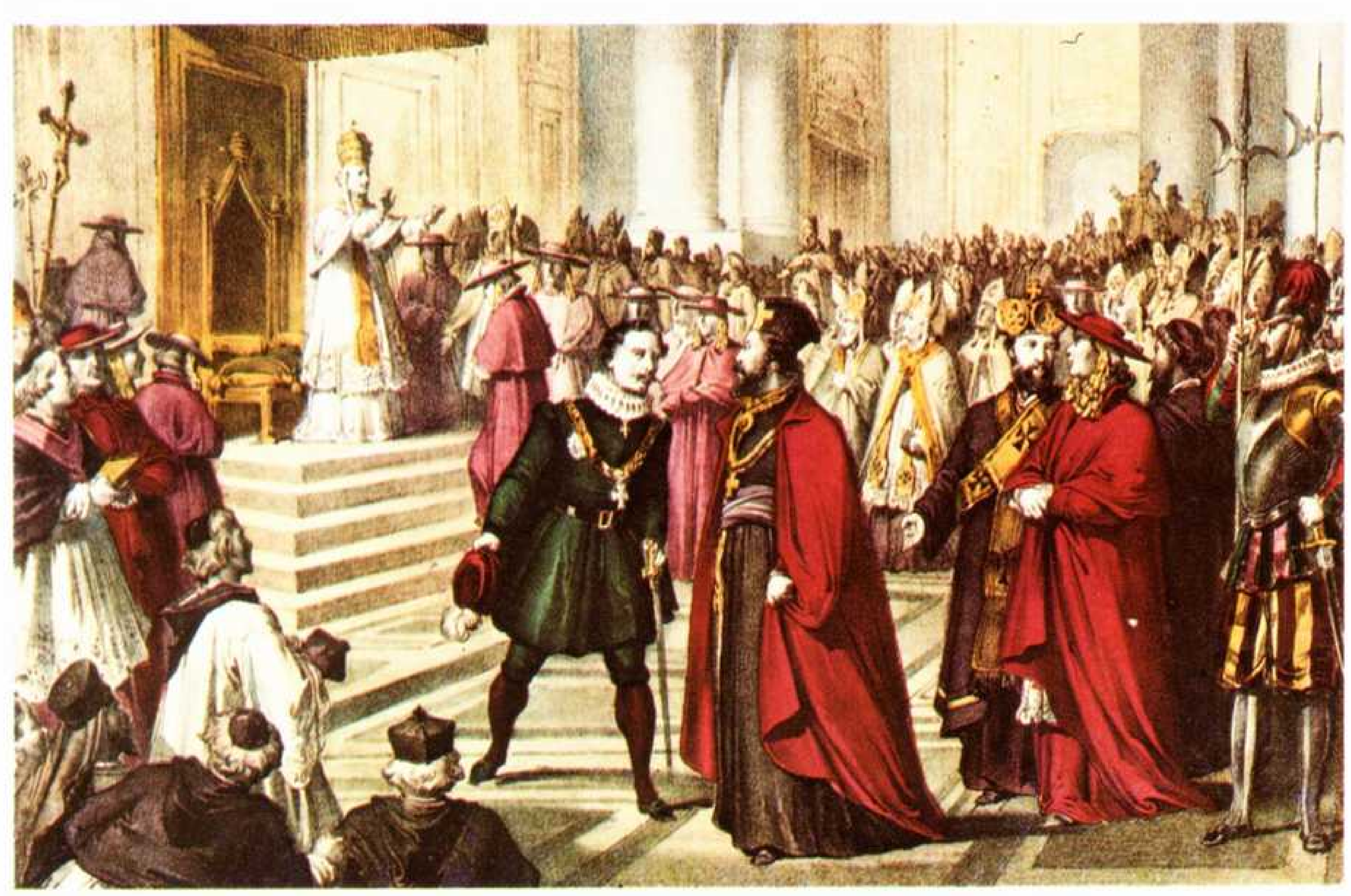
Privada del poder real, y muerto Pío IX, la Iglesia debió hallar un camino para hacer oír su voz en el concierto de las naciones europeas. Pero los papas que sucedieron a Pío IX se mostraron remisos a encontrar este rumbo y se contradijeron a menudo. Por ejemplo, León XIII decidió inaugurar una gran política destinada a controlar y guiar en lo posible desde Roma todo acontecimiento. Ya no se trataba de imponerse por las armas, sino de persuadir, de convencer a los soberanos a seguir, en su propio interés y en bien de sus súbditos, las sugerencias que vinieran de Roma. Por lo tanto, la Iglesia se colocaba en el papel de elemento pacificador, y la única constante de los pontífices sucesivos fue la voluntad de paz a toda costa. De la política de paz, que se ejercería a escala mundial, derivó otro cauce: volcarse hacia las situaciones sociales internas en cada uno de los países. En 1848, Marx y Engels habían publicado el *Manifiesto Comunista.* El marxismo, con todas sus manifestaciones y desviaciones, parecía ser la respuesta social más avanzada para la evolución de las clases marginadas. Se declaraba científicamente ateo, y la Iglesia englobó en una misma clasificación al marxismo, el liberalismo, la anarquía y el socialismo utópico. Pero aun esta radical oposición a las promesas que hacían los laicos de mejorar la situación social con los distintos sistemas propuestos, tuvo un contenido constructivo, que es preciso no ignorar.

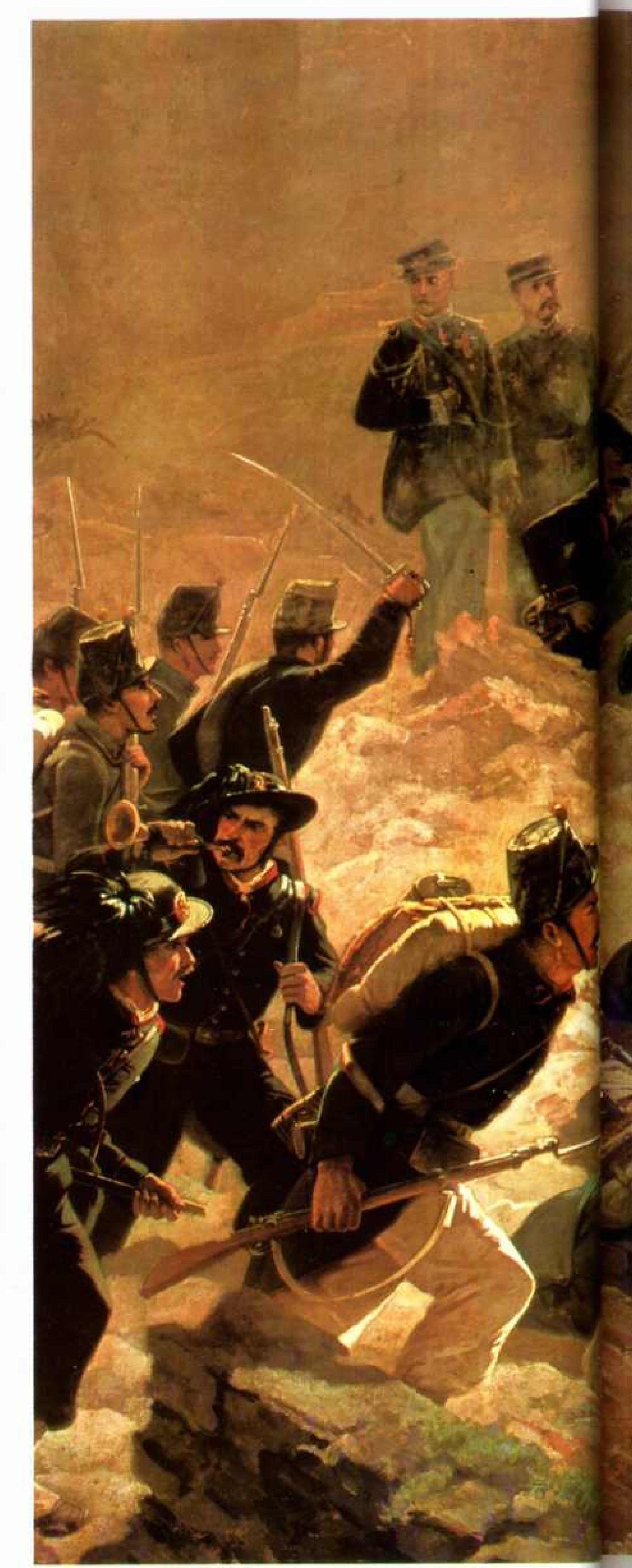
Cuando Pío IX y sus sucesores condenaban al liberalismo, decían a las clases desposeídas: «No os dejéis engañar: esta que llamáis libertad no es otra que la libertad de los ricos para oprimir a los pobres.» Es por esta razón que, en las postrimerías del siglo, vemos que en el mismo frente social combatían a menudo los anarquistas ateos y los católicos integristas.

Sólo en 1891, la Iglesia adoptó, con la encíclica *Rerum novarum,* una posición precisa en materia social que la diferenció con toda claridad del marxismo.

León XIII, autor de la *Rerum novarum,* condenó resueltamente







la lucha de clases como determinante de la historia, partiendo del supuesto teórico de que las clases sociales se contraponen y luchan naturalmente.

Por consiguiente, la *Rerum novarum* es la premisa de la política social de la Iglesia hasta nuestros días. Verdad es que el sucesor de León XIII, Pío X (Giuseppe Sarto, de humildísimos orígenes) desmintió con sus palabras y su comportamiento la gran premisa de León XIII. Si bien León declaró su deseo de inaugurar una era de gran política de la Iglesia, Pío X anunció muy pronto que la política de la Iglesia es no hacer política, sino dedicarse a los asuntos espirituales.

A principios del siglo XX (Pío X fue elegido en 1903), estas palabras sonaron como una renuncia a tomar posiciones acerca de los problemas que angustiaban al mundo católico.

Por voluntad decretada de Pío IX, los católicos italianos no podían participar en modo alguno en la vida política. Esta prohibición hirió las conciencias de millones de personas que, contra su deseo, eran extranjeras en su patria.

Pío X consintió, en casos excepcionales, y sólo por autorización, una cierta libertad de acción política también a los católicos, pero el desligamiento oficial de la Iglesia de la vida social

Izquierda, arriba: *La batalla de Mentana* (3 de noviembre de 1867), en cuyo transcurso la intervención de las fuerzas francesas logró detener la marcha de los garibaldinos hacia Roma.
Izquierda, abajo: *El Concilio Ecuménico de 1869* (París, Biblioteca Nacional), en el cual se definió el dogma de la infalibilidad del papa cuando habla *ex cathedra*, o sea, sobre las cuestiones de la fe.
Abajo: *La brecha de la Puerta Pía, 20 de septiembre de 1870* (Milán, Museo del Risorgimento). El ejército italiano, al mando del general Rafael Cadorna, abrió a cañonazos un orificio en las murallas de Roma, entre la Puerta Salaria y la Puerta Pía. Los soldados del pontífice resistieron por espacio de cinco horas; después, acatando órdenes de Pío IX, se suspendió el fuego. El papa se encerró en el Palacio Vaticano, y el 2 de octubre de 1870 la población romana decidió, mediante un plebiscito, su pertenencia al Reino de Italia.
Derecha: La Puerta Pía, en Roma.
Derecha, abajo: Blasón de Pío IX. Después de la ocupación de Roma, el Papa prohibió terminantemente a los católicos cualquier forma de participación en la vida política italiana.









constituyó un paso atrás respecto de la posición de León XIII. El papa Pío X murió al estallar la Primera Guerra Mundial. Su sucesor, Benedicto XV, no pudo limitarse a un rechazo tan formal. Debió operar contra las consecuencias de la guerra, contra la guerra misma. La actitud de este pontífice fue mucho más equitativa y progresista de lo que parece. En agosto de 1917 Benedicto XV envió a los jefes de los Estados beligerantes en la contienda una nota que, en esencia, anticipó los catorce puntos que posteriormente proclamaría el presidente norteamericano Wilson.

Con Benedicto XV la renuncia a la política se convirtió en acción, y es menester subrayarlo para comprender la vehemencia anticlerical del movimiento fascista italiano desde sus orígenes. Desde este punto de vista, Benedicto XV cometió un error de trágica magnitud, que fue rechazar al Partido Popular católico. No lo reconoció y se reservó el derecho de excomulgarlo cuando y como le pluguiera. Este gesto de Benedicto XV puso en peligro la cohesión del partido católico y, sin advertirlo, autorizó el traspaso al fascismo de los elementos católicos. La absoluta ausencia de un compromiso político significó, de hecho, la renuncia a la democracia, el rechazo de la garantía de la Iglesia a aquellos católicos que se oponían políticamente a la naciente dictadura fascista. Benedicto XV no tuvo tiempo de asistir a la conquista del poder por parte del fascismo de Benito Mussolini. Murió el mismo año de la marcha sobre Roma, el 6 de febrero de 1922, en tanto que aquélla se cumplió entre los meses de octubre y noviembre.

Pío XI, Aquiles Ratti, sucedió a Benedicto XV. Durante su pontificado, terminó la cuestión romana, o sea, la antigua controversia entre la Santa Sede y el Estado italiano, después de la usurpación de los territorios pontificios. Mussolini, ateo declarado, trató de la misma manera a los exponentes democráticos del Partido Popular católico y a los marxistas. Sin embargo, intuyó que reconciliar al Estado italiano con el Pontífice sería un gran gesto histórico. Puesto que los pontífices no tenían interés alguno en el Partido Popular católico, ya que en el Partido Popular había corrientes conservadoras declaradamente filofascistas, y, por último, puesto que correspondía al papa decir la última palabra acerca de la conducta de los católicos, Mussolini, *Duce* de un Estado totalitario, se jugó el todo por el todo para lograr que el pontífice bendijera su régimen y de este modo asegurarse la aprobación de un contingente importante de la población que así lo quería. Y lo logró, tras diversas tentativas.

El 11 de febrero de 1929, el Estado italiano (la dictadura fascista) y los representantes de Pío XI firmaron los Pactos Lateranenses: era el Concordato. Simbólicamente, el papa volvió a ser soberano absoluto de una infinitésima parte de los territorios pertenecientes a la Iglesia: el Estado Vaticano. Se puso a salvo la forma del poder temporal. Italia dispuso que la religión del Estado era la católica. Por lo menos en lo que se refería al régimen fascista, el acuerdo fue puramente político y, en tal carácter, no resolvió las principales cuestiones morales. El Estado castigaría a los católicos que trasgredieran la ley de la Iglesia, y, a cambio de ello, ésta apoyaría tácitamente al Es-

Izquierda, arriba: *Entrada del Palacio Pontificio de Castelgandolfo,* obra de C. Maderno, siglo XVII.
Izquierda, abajo: *Peregrinos ante la estatua del Príncipe de los Apóstoles, en el Año Santo* (grabado de 1899).
Derecha: Cuatro efigies de papas reinantes entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. León XIII (1878-1903), sostenedor del poder temporal de la Iglesia, pareció inicialmente dispuesto a los tratos con el Gobierno italiano (arriba, izquierda). Pío X, perteneciente a una humilde familia veneciana, condenó el Modernismo por intermedio de la encíclica *Pascendi* del 3 de julio de 1907 (arriba, derecha). Benedicto XV, que lanzó un afligido llamamiento a la paz, y trabajó mucho por alcanzarla (abajo, izquierda) y Pío XI, ya arzobispo de Milán, retomó la antigua costumbre de la bendición en San Pedro, suspendida después de 1870 (abajo, derecha).











El 11 de febrero de 1929, el cardenal Gasparri, Secretario de Estado, firmó con Benito Mussolini, el jefe del Gobierno italiano, un tratado político que definió las cuestiones territoriales y económicas entre ambos Estados, y un concordato que regló las relaciones entre el Estado italiano y la Iglesia (arriba, dos momentos de la firma). Se reconocieron como territorio del Estado pontificio (44 hectáreas) la ciudad del Vaticano y la residencia de Castelgandolfo. Se garantizaron algunos privilegios a la religión católica y a los eclesiásticos.
Arriba, derecha: Portal del cónclave. Durante todo el transcurso de un cónclave, los cardenales permanecen completamente aislados del mundo.
Derecha: Prelados reunidos en la Capilla Sixtina, lugar donde, tradicionalmente, se realizan las votaciones secretas para elegir al nuevo pontífice.

tado y no se opondría a su voluntad en ningún momento. De 1929 en adelante, la Iglesia volvió a ejercer un poder temporal dentro de las fronteras del Vaticano. Pero este poder temporal, negociado secretamente, o poco menos, en una época en la cual la Iglesia aún no había escogido (como lo haría más tarde) la vida espiritual, considerándola como la única que podía infundirle poder, estuvo continuamente sujeto a los vaivenes de acontecimientos estrictamente sociales y que eran totalmente ajenos, en esencia, a la historia y a los tiempos históricos de la Iglesia.
El Concordato fue un hecho político. En apariencia, restituyó a la Iglesia el poder temporal, aunque articulado de una manera muy distinta de la del pasado. En la práctica devolvió a la Iglesia un poder temporal tan hábil que en 1962, si bien se mantuvieron invariables las cláusulas del Concordato, el papa Pablo VI pudo decir que la pérdida del poder temporal fue una «de las gracias más grandes jamás recibidas».

BIBLIOGRAFIA

Castella, G., *Historia de los papas,* 2 vols., Espasa-Calpe, Madrid, 1970.
Dacio, J., *Diccionario de los papas.* Destino, Barcelona, 1963.
Jedin, H., *Manual de historia de la Iglesia,* 4 vols., Herder, Barcelona, 1966-1973.
López, E., *San Pedro y el Romano Pontífice.* Escelicer, Cádiz, 1957.
Llorca, B.; García Villoslada, R., y Montalbán, F. J., *Historia de la Iglesia católica,* 4 vols., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1950-1960.
D'Ormasson, V., *Vicarios de Cristo (El Papado).* Ed. Casal i Vall, Andorra, 1959.
Pastor, L., *Historia de los papas desde fines de la Edad Media,* 35 vols., Gustavo Gili, Buenos Aires, 1948.
Ranke, L., *Historia de los papas en la época moderna.* Fondo de Cultura Económica, México, 1959.
Rhodes, A., *El Vaticano en la era de las dictaduras (1922-1945).* Euros, Barcelona, 1975.
Saba, A., *Historia de los papas.* Labor, Barcelona, 1951.





DICCIONARIO HISTORICO Y ARTISTICO



LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES

ADRIANO I

Papa italiano (772-795). Cuando Desiderio, rey de los lombardos, intentó anexionarse los territorios papales, Adriano I solicitó y obtuvo la ayuda de Carlomagno, quien, tras repudiar a su esposa lombarda, acudió en ayuda del papado. Tal solicitud significó una reorientación en la política vaticana, apoyada hasta entonces en Bizancio, para sustentarse con la colaboración del poder carolingio. Durante su mandato, hubo de hacer frente al *adopcionismo,* que combatió ayudado por la argumentación de Alcuino de York; igualmente, hubo de afrontar la restauración del culto a las imágenes en Oriente.

ADRIANO VI

Papa holandés (1522-1523). Estudió y desempeñó cátedra en la Universidad de Lovaina, de donde fue designado por Maximiliano para ejercer la tutoría docente de Carlos V. Vinculado íntimamente a los intereses de éste, fue quien asumió la defensa de los derechos de Carlos a la corona de los reinos españoles, recibiendo en pago de sus servicios diversos beneficios, llegando a ser cardenal y nombrado Inquisidor General (1518). Fue regente de España durante la ausencia de Carlos, interesado en asegurarse la corona imperial, con escasa fortuna, pues debió hacer frente a las sublevaciones de los Comuneros. Designado para la Sede, manifestó, durante su pontificado, una franca postura de reforma interna de la Iglesia.

AGUSTIN

Sacerdote, obispo y doctor de la Iglesia. Hijo de una familia de no abundantes recursos, estudió con grandes dificultades económicas, dedicándose a la enseñanza privada. Preocupado por serias dudas religiosas, en las que resalta un afán de logicismo, mantuvo contactos con el maniqueísmo y el neoplatonismo. En contacto también con Ambrosio de Milán, se ve impulsado a la conversión, él que había mantenido una vida más bien disipada, y aparece ya en 936 convertido en obispo de Hipona, surgiendo como dirigente de la Iglesia africana, a cuyo alrededor se organiza una pequeña comunidad. Participó en las pugnas ideológicas del momento, en especial contra los maniqueos y donatistas, siendo el tema central de su meditación religiosa el de la gracia y el libre albedrío, tema de enorme relevancia en su momento (pelagianismo). Entre sus obras escribió una, *De civitate Dei,* que fue utilizada (aunque escasamente tendría relación con el planteamiento agustiniano) para justificar, si no la primacía, sí la independencia de la Iglesia con respecto al poder del Estado, tema que en esos momentos era de gran importancia. Políticamente, el pensamiento de Agustín manifiesta, ciertamente, desconfianza hacia el Estado, pero no es menos cierto que expresa total indiferencia hacia la modificación del orden terrenal de su tiempo, pues su *Ciudad* responde a un criterio de utopía cristiana. Y es, muy posiblemente este aspecto el que más ha podido influir, de todo el pensamiento agustiniano, en la doctrina oficial de la Iglesia; que, heredera de un *statu quo,* el romano, ha solido sancionar siempre la forma política tradicional pasando de una escatología revolucionaria a un manifiesto conservadurismo.

ALBIGENSES (ver: Cátaros)

ALEJANDRO III

Papa italiano (1159-1181), de nombre Rolando Bandinelli, bajo cuyo episcopado la Iglesia se enfrentó decididamente con el emperador Federico Barbarroja, quien se afirmaba como receptor del Imperio en línea directa de la Divinidad, con abstracción, por tanto, de la mediación eclesiástica. El Emperador, al ser designado Bandinelli papa, nombró un antipapa en la persona de Víctor IV, tomando Roma militarmente y obligando a huir a Alejandro III, quien se refugió en Francia (que, junto con Inglaterra, España, Portugal y Bizancio, le habían reconocido en su pontificado). Aprovechándose de que la malaria había debilitado al ejército imperial, Alejandro volvió a Italia, sublevó a algunas ciudades lombardas y, en combate bélico con Barbarroja, le venció en Legnano, previa excomunión; aunque posteriormente superaron sus disidencias, al menos formalmente, pues volvieron a tener fricciones con posterioridad. Presidió el III Concilio de Letrán, en el que reservó al cardenalato la elección del pontífice, fijando en dos tercios el número de votos necesarios. Fue el iniciador de la monarquía papal, proclamando el monopolio de la Sede en temas de canonización, y apoyando a los movimientos cristianos populares.

ALEJANDRO VI

Papa español (1492-1503), valenciano y de la familia Borja (o, italianizado, Borgia), padre de los famosos César y Lucrecia. Emparentado con Calixto III, alcanzó con su ayuda el cardenalato. Hábil diplomático y político, orientó su actividad con el fin de reforzar y engrandecer los territorios sometidos a la Iglesia, al tiempo que intentaba reducir la influencia española y francesa en Italia. Esta política le llevó a un juego de alianzas y contraalianzas, preocupándose mucho más por los asuntos temporales que por los espirituales. A él se debe la atribución del título de «católicos» para los reyes españoles, así como la bula *Inter Caetera,* que arbitraba las disputas de Portugal y Castilla sobre las tierras de América.

AMBROSINO de Milán

Sacerdote, padre y doctor de la Iglesia. Hijo de un destacado funcionario imperial de Tréveris, después de sus estudios fue designado gobernador de Liguria-Emilia. En el año 374 fue elegido obispo de Milán por reclamo popular, debiendo ser ordenado a tal efecto, pues era un simple catecúmeno. Más que teólogo, Ambrosino resultó persona de una gran inteligencia y buen conocedor de los asuntos prácticos, lo que le permitió convertirse en una de las mejores cabezas de la Iglesia del momento en sus relaciones con el Estado. Defensor acérrimo de la independencia de la institución eclesiástica, llegó a obligar a Teodosio a hacer pública penitencia por la matanza de Tesalónica. También defendió la democracia eclesiástica, es decir, la autonomía e igualdad de todos los obispos frente a la pretensión de un primado romano. Fue, con Agustín (a quien convirtió y bautizó) y Jerónimo, una de las tres cabezas de la cristiandad del momento, representando, por su origen y alcurnia, la mejor expresión de la Iglesia aristocrática. Conocedor de la psicología popular, fue uno de los promotores del culto a las reliquias.

ARRIANISMO

Doctrina de Arrio (280-336), presbítero de Antioquía, quien, preocupado ante el riesgo del politeísmo y apreciando su posibilidad en tema de la consideración de Cristo y Dios como indiferenciados, elaboró una tesis según la cual Cristo no era la misma esencia del Padre, sino una esencia semejante. Excomulgado en el año 318, su teoría provocó el primer Concilio Ecuménico, pues su



San Agustín en su celda (1495), temple sobre tabla realizado por Botticelli (Florencia, Uffizi).

pensamiento encontró fuerte eco, sobre todo en los conversos recientes, así como en los teólogos orientales. Convocado el Concilio en Nicea por el emperador Constantino, fue solemnemente condenado. No obstante, en sus últimos momentos el propio Constantino se convirtió al arrianismo, debiendo, además, y después de la condena, contemporizar con los arrianos. Estos, más poderosos cada vez, ponían en peligro la unidad del Imperio, hasta el punto que, después de Constantino, el arrianismo fraccionó prácticamente el Imperio, siendo defendido en Oriente y combatido en Occidente. De hecho, su extinción solamente llegó, no por condenas ni oposiciones, sino por dividirse en dos corrientes, de las cuales la más radical fue aislada, mientras la moderada llegaba a un entendido doctrinal y dogmático. Con el emperador Teodosio se forzó una solución intermedia entre esta corriente arriana y la ortodoxa, que originó la celebración del segundo Concilio de Constanza (381), en el que se proclamó la unidad de Dios y la Trinidad personal.
Como secuela del arrianismo surgió en el siglo V el cisma monofosita, acerca de la relación entre las naturalezas divina y humana de Cristo (nestorianismo), que serviría de base para la división que se llevaría a cabo de la Iglesia, en sus ramas oriental y occidental.
La crisis que estas tendencias significaron en todo el ámbito del cristianismo se guarda todavía en la expresión popular, referida a asuntos de grave trascendencia crítica: «se organizó la de Dios es Cristo».

AVIÑON

Ciudad situada en Provenza, al sureste de Francia. Fue sede papal desde 1309, en que Clemente V trasladó la corte pontificia, hasta el año 1378. Clemente VI adquirió la ciudad a Juana I, reina de Nápoles, mandando construir un Palacio Nuevo, junto al Palacio Viejo construido bajo Benedicto XII (1334-1342), magnífica joya del gótico de la época. El traslado de la Sede, y el mantenimiento de una gran autonomía municipal, otorgaron a Aviñon una magnífica capacidad financiera y el consiguiente esplendor, reflejado en las numerosas obras de arte con que la dotaron los diversos papas.
En la situación cismática occidental, fue también sede de los antipapas Clemente VII y Benedicto XIII.
Cuando tuvo lugar la proclamación de la República francesa fueron declarados territorios nacionales los de Aviñón y posteriormente reincorporados a Francia.

BENEDICTINO

Orden monástica creada por Benito de Nursia, cuya fundación se remonta a la probable *Regla de San Benito* (con la fundación del monasterio de Montecasino, 529). Constituyeron originalmente doce comunidades de doce miembros cada una, con facultad de interpretar la Regla según arbitrio de cada abad. Alentada su difusión por Carlomagno, la *regla* se convirtió en fija, debiendo observarse literalmente; se comenzó a manifestar el interés cultural que la caracterizó, pero también una cierta dependencia de los laicos a quienes el emperador otorgaba las abadías en beneficio. Lectura, meditación y un ascetismo más equilibrado que el monacal, fueron los criterios de orientación de la orden. Logró, así, convertirse cada abadía en sede de cultura e ilustración, debiéndose a los benedictinos la reserva de los viejos conocimientos que alumbrarán en la Edad Media, y que se difundirán con los monjes de Císter y Cluny. A los benedictinos se debe en buena medida la expansión del pensamiento cristiano por múltiples partes del orbe (América, Australia entre los aborígenes, etc.)

BENEDICTO XIII (Papa Luna)

(1328-1424)
Papa español, conocido con el nombre de Papa Luna o anti Papa. Después de sus estudios en derecho canónico desempeñó diversos cargos, siendo llevado a Roma por Gregorio XI, quien le nombró cardenal. Aunque participó en la elección de Urbano VI, formó parte de quienes estimaron nula la designación, y, en Agnani, participó en la de Clemente VII (Cisma de Occidente). Consiguió para el nuevo Papa la adhesión de los reinos españoles, Escocia, Inglaterra e Irlanda. A la muerte de Clemente VII, fue ordenado sacerdote, obispo y elegido papa (1394). Pretendió solucionar el cisma mediante la reunión de ambos papas y la renuncia de uno de ellos. Negada la solución por Francia, y abandonado por muchos de sus seguidores en Aviñón, resistió la toma de la plaza con la ayuda del socorro aragonés. Depuesto, tras diversas vicisitudes y largas sesiones, en el Concilio de Pisa (1409), y abandonado incluso por sus siempre defensores reinos españoles, se refugió en Peñíscola, en donde falleció, no sin ser antes nuevamente depuesto por el Concilio de Constanza (1417).
Con el mismo nombre de Benedicto XIII ascendió al solio, en 1724, Pietro F. Orsini.

BORGIA

Familia aragonesa asentada en Valencia, que pasó a Italia con Alonso de Borja, futuro Calixto III (1455). Al acceder al papado, Calixto practicó descaradamente el nepotismo, situando a sus parientes en posiciones idóneas en la corte pontificia, alentando posiblemente el deseo de sujetar a toda Italia bajo su mando. Con el acceso al Solio de Alejandro VI, los hijos de éste, además de emparentar con grandes personajes del momento, supieron aprovechar sus relaciones familiares pretendiendo conquistar y expandir sus territorios, apoyados en el poder temporal y espiritual del propio Alejandro, y que les duró hasta la muerte del mismo (1503). Un hijo de Alejandro, César Borgia, inició su camino acumulando cargos eclesiásticos y, aunque en posición de segundón ante su hermano Juan, predestinado por Alejandro a cimentar el apellido y su poder, pasó a destacarse, posiblemente previa muerte de su propio hermano. Ayudado por el rey de Francia, y emparentado por matrimonio con el de Navarra, acometió la labor de dominar la Romaña, colaborando con Luis XII en la conquista de Nápoles, se hacía con Urbino y preparaba la toma de Florencia y Pisa. La muerte de Alejandro y la elección de Julio II dieron al traste con sus proyectos ambiciosos. Políticamente, fue un magnífico instrumento de Alejandro VI, quien pretendía la unificación de las diversas ciudades republicanas italianas en un territorio continuado y sometido al poder Borgia.
Lucrecia fue, posiblemente también, instrumento de la política de su padre y hermanos. Casada muy pronto con el conde Sforza, se hizo anular el matrimonio para unirla con Alfonso, bastardo del rey de Nápoles, mandado asesinar por César como garantía de su alianza con Luis XII. Vuelta a casar con Alfonso Deste, duque de Ferrara, pudo, al fin, separarse de la familia, dedicándose primero a una vida normal en su corte y, luego, a otra más retirada hasta su muerte. Mujer de gran belleza, fue un instrumento total en manos del padre (de quien al parecer tuvo un hijo durante su estancia, como viuda, en Ro-



El antipapa Benedicto XIII, con Fernando I de Aragón.

ma, entre 1501 y 1502) y sobre ella recayeron las manchas de los actos de Alejandro y de César. La historiografía más moderna, sin embargo, la ha reivindicado, diferenciando la etapa de auténtica niñez en que fue juguete de otros y su momento de madurez, en que supo atraerse el respeto y admiración de todos.

BRUNO, Giordano

(1548-1600)

Intelectual, matemático y filósofo italiano, después de diversos estudios se ordenó sacerdote (1572), dedicándose a la enseñanza. Por sus ideas, fue una de las víctimas de la Inquisición, que le abrió proceso por herejía de cuyas consecuencias se salvó huyendo de Nápoles a Roma. Colgó los hábitos y huyó a Ginebra, de donde marchó cansado del dogmatismo calvinista. Profesor en la Sorbona, Londres y, nuevamente en aquélla, viajó por diversas partes de Europa, estableciendo contacto con los genios de su época. Denunciado al Santo Oficio, fue trasladado a Roma, encarcelado y torturado para que se retractase de sus ideas, siendo quemado vivo al negarse a ello. Fue uno entre tantos modelos de la libertad frente al oscurantismo eclesiástico y al poder de la Iglesia mal encauzado.

CALVINISMO

Doctrina de Calvino y una de las escuelas más importantes del reformismo luterano. Aceptando la totalidad de la Biblia, y limitándose a una crítica histórica sobre dogmas y pretensiones papales, su tesis principal se manifiesta en la teoría de la predestinación, llevando, así, en su seno una carga agustiniana intensa en tema del libre albedrío. Según tal tesis, el alma de cada individuo está predestinada desde el momento mismo de su creación en el plan divino universal, siendo pues su destino prefijado en la condena o en la salvación. La única esperanza para el hombre concreto es apreciar ese destino por función de las obras caritativas y del trabajo, siendo indicio de la bienaventuranza el éxito en unas y otro; todo ello, con sujeción a una rigurosa disciplina.

Aparte el contenido doctrinal, el triunfo del calvinismo se vio apoyado por el franco enfrentamiento con la autoridad real, en cuanto sus mandatos se apartasen de los divinos. Enfrentados el poder absoluto del monarca, aliado con la Sede romana, y la burguesía alta alemana, hallaron en el calvinismo (además de su aceptación de buena fe) una teoría que oponer al predominio del César. Los príncipes alemanes y de los Países Bajos, bajo la reivindicación de la libertad frente al despotismo imperial, facilitaron también la expansión calvinista, que se expresaba como traducción ideológica de la infraestructura capitalista, ya firmemente asentada, o como marco intelectual que facilitó el desarrollo del capitalismo (dualidad de criterios intensamente discutidos).

CATAROS

Denominación con que la Iglesia de Roma designó a una tendencia cristiana, de influencia maniquea, muy difundida por el sur de Francia durante el siglo XII, una de cuyas manifestaciones fue la de los albigenses. Tomando como punto de partida la distinción entre el bien y el mal, calificaban de mal todo lo terrenal, siendo la bondad la del espíritu. Concebían al mundo y al hombre como expresión diabólica, afirmando el carácter exclusivamente espiritual de Cristo, pero negando su divinidad, porque Dios, principio del bien, no podía haberse hecho hombre, expresión del mal. Rechazaban el mundo de su momento y, con él, a la Iglesia toda; y, por la condena de la sociedad, clamaban por su destrucción. La condena de la propiedad les atrajo el aoyo de la nobleza occitana, que salía beneficiada respecto de los monasterios y grandes órdenes religiosas, detentadoras de buena parte del suelo; y la no condena del dinero, por no ser material, la de los comerciantes. Aparte, manifestaban un nivel intelectual y de difusión de ideas mucho más elevado que el del cristianismo oficial de la Iglesia. Nominados frecuentemente por el lugar en que se asentaban (*albigenses*, por Albi) o el nombre de algún fundador de secta (*valdenses*, de Pedro Valdo), llegaron a extenderse por diversas partes, si bien su enclave más poderoso fue el Languedoc. La Iglesia intentó reaccionar contra ellos de diversos modos, creando, incluso, órdenes religiosas expresamente pensadas para combatir su herejía; y, ante el fracaso, recurrió a la supresión material por medio del llamamiento a una cruzada. Bien vista la llamada por los pequeños nobles

del norte de Francia (Ile-de-France), iniciaron la acometida y conquista de las tierras del señor de Toulouse, protector de los albigenses. Simón de Monfort será uno de los nobles que con más ahínco combata a los cátaros. Se originó, con ello, un enfrentamiento directo con el rey Pedro II de Aragón, señor de sus vasallos del Languedoc, que fue derrotado (batalla de Muret, 1213), dándose paso a que sea la propia corona de Francia quien asuma la dirección de las operaciones bélicas, así como el control de las tierras del sur francés. El Concilio de Tolosa (1229) creó el arma más poderosa contra los albigenses (materialmente derrotados, pero cuyas creencias subsistieron en diversas partes de Europa): la Inquisición. Esta institución, también denominada Santo Oficio, persiguió con saña a los cátaros y demás desviaciones de la doctrina oficial.

CISMA DE ORIENTE

Separación de la Iglesia de Roma y de la de Constantinopla por la mutua y recíproca excomunión de Miguel Cerulario, patriarca, y de León IX, papa. Aunque la causa del cisma fue un tema baladí (la utilización del pan fermentado para la confección de hostias, en Oriente, y del pan ázimo por Roma) los motivos auténticos se venían arrastrando ya desde el siglo IV. El cisma era expresión de la división o separación, cada vez más acusada, que se inició con la crisis de la parte occidental del Imperio, e incluso antes con la elección de Constantinopla como capital imperial; se acrecentó con el cisma arriano y el monofisita y adquirió carácter definitivo en el siglo XI. Coadyuvaron al mismo las pretensiones de Roma y Constantinopla, de ejercer su respectiva primacía. La aspiración romana de independencia respecto del poder temporal (frente a la realidad oriental, en que Papado e Imperio colaboran inicialmente en una misma causa que ofrece dos vertientes, siendo el emperador cabeza, aunque no en el campo dogmático) y la posterior primacía; y, en fin, el hecho de que Oriente y Occidente pasaron a ser mundos distintos por función de las circunstancias. Los siglos IV, V y VI vieron quebrarse la comunión de ambas Iglesias; el cisma de Focio (s. IX) echó intensa leña al fuego de la división. El camino recorrido por ambas partes se fue matizando incluso en diferencias del culto. Por ello, 1054 no es sino una fecha que da carácter definitivo a la ruptura.

CLEMENTE II

Papa alemán (1046-1047) designado por el emperador Enrique III, quien en el concilio de Sutri hizo deponer al papa Gregorio VI, al anti papa Silvestre III y a su antecesor Benedicto IX, nombrando a Clemente, que era obispo de Bamberg. El nuevo papa coronó a Enrique como emperador, siendo su pontificado expresión del mayor sometimiento del papado ante el poder totalitario del Imperio.

CLEMENTE V

Papa francés (1305-1314), jurista de gran categoría y detentador de diversos oficios eclesiásticos, al ser elegido papa trasladó la sede de Aviñón, con lo que se inicia la fuerte influencia francesa en la Iglesia. En cuanto jefe de la misma, favoreció decididamente la política gala contra los intereses del emperador, facilitando el control de Nápoles por la casa de Anjou. Alentó los estudios de lenguas orientales y fundó las Universidades de Orleáns y Perusa. Sus *clementinae* pasaron a formar parte del Código de derecho canónico.

CLEMENTE VII (Médicis)

(1478-1534)
Papa italiano (1523-1534) elegido tras haber sido obispo de Florencia. En las luchas entre Francia y España, se alió a la liga de Cognac, lo que le supuso ver sufrir a Roma el doble saqueo, primero de las tropas de los Colonna (1526), y, posteriormente, del ejército imperial (1527). Coronó a Carlos V emperador en Bolonia. Lento en sus decisiones, retrasó enormemente el deseo del Emperador de convocar un concilio que enfrentase los imperativos de la Reforma (en buena medida, por defender la primacía papal frente a los obispos), y facilitó la separación de la Iglesia anglicana, al declarar nulo el matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena.

CONCILIARISMO

Doctrina que establece la supremacía del concilio de la Iglesia, de sus obispos, sobre el papa de Roma. Originalmente era expresión de una simple realidad, ya que la preferencia que la cristiandad de los primeros tiempos reconocía al obispado romano era puramente honorífica. Esta realidad comenzó a modificarse al establecerse los patriarcados y sería alentada por Roma en sus desavenencias con Bizancio por la propia primacía. Como doctrina, sería resultado del enfrentamiento entre el Papado y el Imperio, durante el siglo XIV, al alentar los teólogos de Luis de Baviera la primacía conciliar. Su expresión palpable se ofreció durante el cisma de Occidente y recibió su ratificación en el Concilio de Constanza (1413) y en el decreto *Sacrosancta* (1415), que fijaba la autoridad del concilio venida directamente de Cristo. Pero, con la elección de Martin V volvió a adquirir implantación la tesis monárquica, que, a través de diversas vicisitudes, recibió carta de naturaleza con el Concilio Vaticano I, al proclamarse en el mismo la infalibilidad del Papa. El marco intelectual del conciliarismo se remonta a la patrística y su estimación de la Iglesia como comunidad de fieles. Los decretistas sostuvieron tres posiciones distintas a lo largo del tiempo. Inicialmente, afirmando la primacía del concilio frente al Papa, carente de infalibilidad, siendo solamente un *primus inter pares*, y susceptible de error (Graciano), infalibilidad que solamente es predicable de la Iglesia en su totalidad. A partir de Inovencio III fue adquiriendo preponderancia la posición monárquica; pero en el siglo XIV se volvió a defender la tesis contraria del conciliarismo, que tuvo su mejor expresión, como se ha dicho, durante el cisma de Occidente.

CONCLAVE

Reunión de los cardenales de la Iglesia, y lugar en que la misma se realiza, para designación del papa. Su formación fue básicamente espontánea hasta el siglo XIII, en que, en el Concilio de Lyon (1274), se dictaron normas para acelerar su celebración. Pero su verdadera regulación debió esperar a las disposiciones que Gregorio XV dictó (1621), organizando su celebración de manera detallada y atribuyéndole autoridad única para designación de la Sede vacante. Se atribuyó a los príncipes de la Iglesia competencia exclusiva, en sesiones de clausura y bajo juramento de los participantes y sus ayudantes de máximo secreto, que es regla de oro siempre y en todo caso. Aunque dogmáticamente se parte de la idea de una iluminación divina de los asistentes, tampoco se rechaza la presencia de negociaciones para la designación en un puesto que, finalmente, tiene también fundamentales repercusiones políticas en y fuera de la Iglesia.



Retrato del papa Clemente VII, realizado por Sebastiano del Piombo (Nápoles, Gallerie Capodimonte).

CONSTANTINO el Grande
(274-337)

Tetrarca romano y emperador (324-337). Durante el segundo período de la tetrarquía, instaurada por Diocleciano, se opuso decididamente al otro tetrarca, Majencio, a quien, después de invadirle sus dominios de Italia, venció sucesivamente en Turín, Verona y Milvio, a las afueras de Roma. Conjuntamente con Licinio, su aliado, mantuvo una diarquía, a la que puso fin en el año 324, obligando a Licinio a abdicar, ejecutándole luego. Quizá influido por la fortaleza de las comunidades cristianas de Oriente, quizá por conseguir en el cristianismo un apaciguamiento de su preocupación religiosa, en el 312, ante las puertas de Roma, se enfrentó a Majencio haciendo ondear como enseña el lábaro cristiano. Al año siguiente, se promulgaba el Edicto de Milán, que otorgaba plena libertad de práctica a todas las religiones, reservándose Constantino, como era costumbre, la cualidad de Pontífice Máximo. Con ello, el cristianismo salía de su condición de ilicitud. No obstante, durante sus últimos años, manifestó Constantino una verdadera predilección por el cristianismo, facilitándole su desarrollo, la formación de una masa de bienes e incluso una cierta unión con el Estado, al atribuir a los obispos funciones jurisdiccionales sin apelación, en juicios civiles. La fusión ideológica (un Imperio, un Emperador, un Dios), se la proporcionó un consejero cristiano, Eusebio de Cesárea, quien elaboró la tesis de que el reino de Dios en la tierra hallaba en Constantino su expresión. Con lo cual la Iglesia adquirió carácter casi oficial, si bien perdía su libertad, al quedar sometida al emperador como cabeza de la misma. A su vez, la difusión enorme que alcanzó el cristianismo (pues su doctrina se presentaba simple y sencilla, frente a los vericuetos de otras o del propio estoicismo), dotaba de unidad al Imperio. Pero, al inmiscuirse éste (como, por demás, era parte de la historia de Roma) en temas religiosos, le acarreó las disidencias propias de los choques de creencias sufridos por el cristianismo en esta época, cual ocurrió con el cisma de Arriano (318). Sin embargo, la decisión imperial de construir otra capital más próxima a los intereses del Imperio, Constantinopla, con el consiguiente alejamiento de su persona respecto de Roma, facilitó a ésta adquirir su carácter de cabeza y representación de la Iglesia.

Como hombre, Constantino fue un hábil militar y mejor administrador. Como político, era flexible en sus ideas. Como personaje de su tiempo, veía la política y la religión como aspectos íntimamente enlazados, usando de la religión como elemento político y viceversa. Las afirmaciones de su conversión como baza política deben, pues, tomarse con reserva. Porque sus intereses religiosos fueron auténticos, aunque no monopolizaran su atención; su aceptación del cristianismo, era también expresión de reconocer su desarrollo.

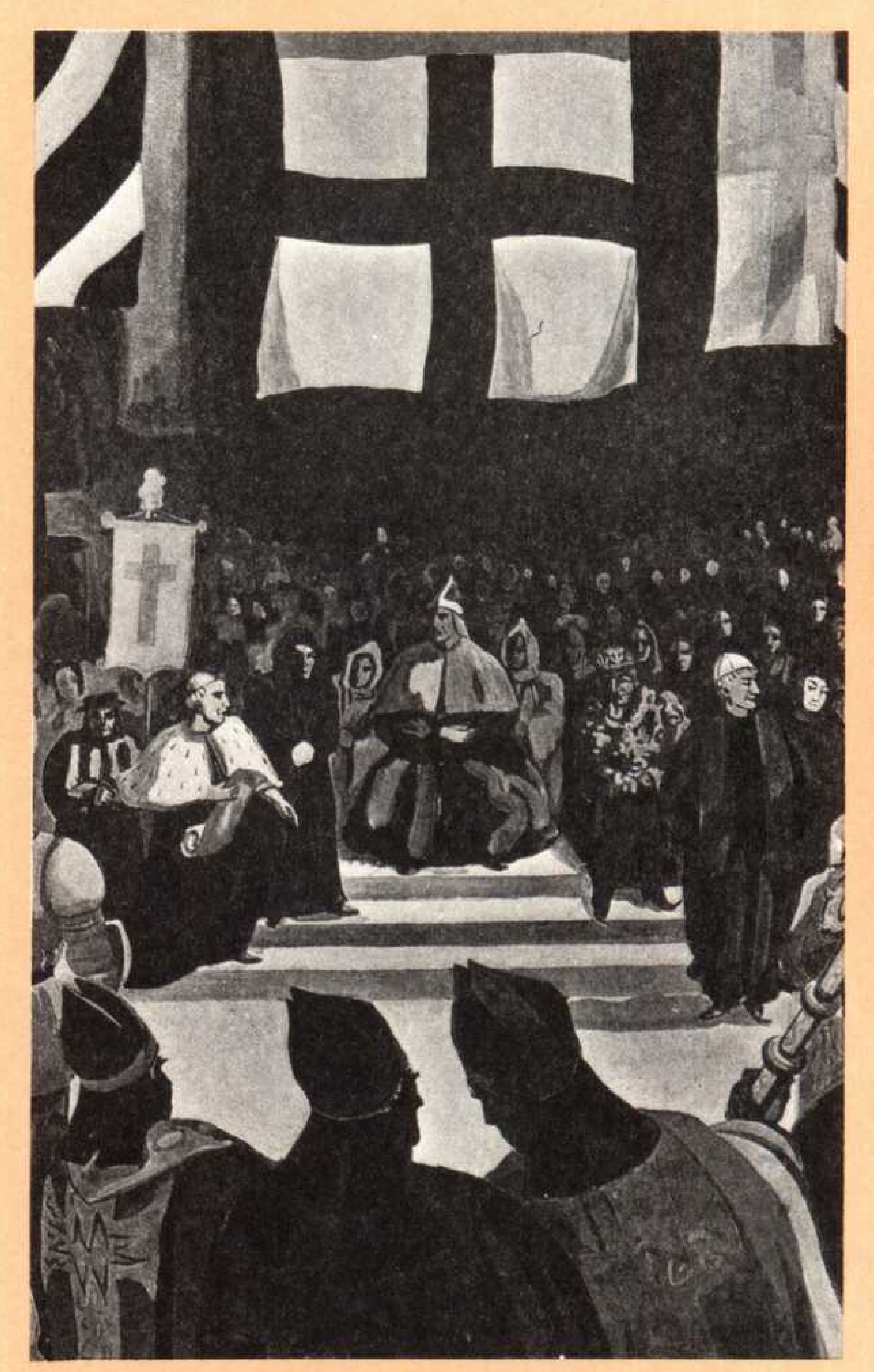
Consciente de la importancia que tenía la zona oriental del Imperio, en la que el cristianismo era más robusto, ante la crisis irremediable que amenazaba a la parte occidental, fue consecuente al desplazar la capitalidad. Murió en Constantinopla, siendo enterrado en un túmulo preparado en la Iglesia de los Santos Apóstoles.

CONSTANTINOPLA

Antigua colonia magerense de Bizancio, situada a la entrada del canal del Bósforo, elegida por Constantino para construir una ciudad, aprovechando las bases existentes anteriormente, que ensanchó, fortificó y atribuyó un régimen fiscal privilegiado igual al de Roma. Al convertirla en sede capital del Imperio, política, religiosa y cultural, aparte de sus idóneas condiciones de centro comercial, facilitó su desarrollo y esplendor. Debidamente amurallada, quedó convertida en formidable plaza fuerte, como demostró a lo largo de su dilatada historia. Puerto de mar magníficamente situado, se convirtió muy pronto en centro de tráfico comercial. Con Constantino, disponía de doce barrios, y una población que pronto alcanzó la cifra de medio millón de habitantes, con varios miles de casas nobiliarias. Su posición preponderante identificó su situación, condición y futuro con el de la propia Bizancio como imperio, hasta el punto de que el Imperio se mantuvo mientras Constantinopla sostuvo su defensa. Centro de expansión con Justiniano, disponía de barrios y puertos francos en beneficio de diversas poblaciones, que a la larga ayudarían a su crisis. Esta comenzó cuando Constantinopla cayó en manos de los cruzados y se acrecentó durante el siglo XIV, siendo conquistada por los turcos en 1453.

CONSTANZA (Concilio de)

Concilio convocado en 1413 con el fin de resolver la situación cismática de la Iglesia, con tres papas a su frente (Gregorio XII, Benedicto XIII y Juan XXIII), afrontar su reforma y atacar las llamadas herejías de Wycleff y Huss. Fue un concilio en que las diversas partes se



Inauguración del Concilio de Constanza, 1378-1417.



Retrato del rey Enrique VIII de Inglaterra.

agruparon por naciones. En noviembre de 1414 se inició la sesión afrontando el problema papal y al año siguiente se vio la causa contra Huss; pero no fue hasta 1417 que se designó a Martín V. La dilatada duración y el hecho de carecer los conciliares de una clara idea acerca de la organización pastoral de la Iglesia, afrontaron el tema de la reforma, pero sin llegar a conclusiones definitivas.

DEMOCRACIA CRISTIANA

Agrupación y partido político originado en Italia que se organizó a comienzos del presente siglo, tras la ocupación de Roma y los Estados pontificios por las tropas unitarias, y renuncia del Vaticano a autorizar intervenciones políticas de sus creyentes como medio de oponerse al hecho consumado. Autorizados por la Sede a actuar como diputados católicos, algunos miembros de la Acción Católica organizaron un partido político moderado cuyo programa defendía una serie de puntos del programa católico. Asumiendo la política social cristiana, el sindicalismo amarillo, etc. Su identificación con los intereses vaticanos y los de las clases conservadoras del país dotó a la Iglesia de un poder en Italia, quizá mayor de cuando era titular de un suelo soberano. La experiencia alentó a organizar, bajo esta u otras denominaciones, similares agrupaciones en diversos países (Alemania, Francia, Bélgica, etc.). Su ala más conservadora no ha tenido reparos en hacer lugar común con grupos fascistas (Italia, 1922; Alemania, 1933; Chile, 1974; etc.)

DONACION DE CONSTANTINO

Documento de carácter apócrifo (como demostró primeramente Lorenzo Valla en 1440), según el cual el papa Silvestre había recibido del Emperador la posesión de Roma y de Italia. Probablemente, debió ser una auténtica falsificación vaticana (que aparece en las Decretales de Graciano en una compilación del siglo XII) realizada hacia el siglo VIII, aunque las citas solamente aparecen en el siglo IX. Al parecer, fue el papa Esteban II quien, en su encuentro con Pipino *el Breve,* en reclamo de ayuda contra la amenaza lombarda, dispuso la falsificación del documento en su cancillería, conforme al cual Constantino entregaba prácticamente el Occidente al obispo de Roma en compensación por su conversión bautismal y la curación de la lepra. No parece improbable que, en cuanto leyenda, hubiese sido fomentada su propagación por la curia. Pero lo cierto es que Pipino se comprometió con el Papa a reintegrarle parte de los dominios italianos, lo que se hizo efectivo con el exarcado de Rávena; y, quizá, si el deseo y ambición de Roma de adquirir los grandes ducados de Spoleto y Benevento no se hubiesen manifestado meridianamente (en conflicto total con los intereses carolingios en Italia), se habrían ampliado las entregas de tierras. Carlomagno rechazó, sin embargo, tal política; aunque la colaboración entre Roma y los carolingios fue fructífera mientras éstos mantuvieron su poder.

DONATISMO

Movimiento religioso cristiano que aparece en el norte de Africa en el siglo IV, con apoyo intelectual en Cipriano y teniendo como dirigente destacado a Donato (que dio nombre al movimiento). Con antecedentes en el nacionalismo religioso de Tertuliano, el donatismo significó una reacción contra la Iglesia urbana y su entrega al Estado, expresando un vigor de autenticidad cristiana. Su tema eje fue la dependencia de la validez de los sacramentos de la pureza del sacerdote administrador; proclamados ellos mismos como justos, combatían a la Iglesia de injustos. Conviene recordar que durante la persecución, de Diocleciano se manifestaron muchas conversiones de cristianos, originadas ciertamente por la amenaza, apostasía contra la que también empujaban los donatistas. Reforzados, además, por reivindicaciones de índole social, el donatismo arraigó entre los trabajadores esporádicos, siendo caldo de cultivo para reivindicaciones económico-políticas. Presentados, así como peligro religioso y político, fueron reiteradamente condenados en varios concilios, destacadamente en el de Arlés (314), aunque subsistieron en Africa incluso cuando la invasión árabe.

ENCICLICA

Modo de comunicación, formal y solemne, de la autoridad eclesiástica, local o general, con la comunidad de fieles correspondiente. Su autoridad, territorial según la entidad que la emite (obispo, congregaciones de obispos, papa), alcanza valor dogmático, disciplinario o moral. La Iglesia usa de la encíclica, tanto para proponer todo un programa social, religioso o político, como para resolver dudas y cuestiones de interés general, así como para sancionar y postergar pensamientos o criterios que no requieran, por diversas razones, de la total condena o excomunión. Crean estados de opinión, postulan principios, reclaman soluciones. Suelen nominarse por las primeras palabras con que se inician (vgr.: *Pacem in terris, Populorum progressio,* etc.)

ENRIQUE VIII

Rey de Inglaterra e Irlanda, de la dinastía Tudor e hijo de Enrique VII, fue coronado en el año 1509. Bajo su reinado se inició una política que daría lugar a la tradicional inglesa del equilibrio continental, tomando partido primero por Carlos V contra Francia y luego por ésta

contra aquél. En sus relaciones con la Iglesia se manifestó un decidido protector de los intereses papales, acometiendo con denuedo la labor de refutación del credo luterano, bien ayudado por su canciller Tomás More. Preocupado por la ausencia de heredero varón, pues, casado con Catalina de Aragón, solamente había tenido a María, decidió divorciarse de su esposa. No consiguiendo la nulidad papal, ante el temor de Roma de las iras de Carlos I de España, Enrique reaccionó contra la Iglesia de forma radical. Destituyó a Wosley y obligó a la Iglesia inglesa a reconocerle como cabeza, abriendo el país a las influencias luteranas. Apasionado por Ana Bolena, casó con la misma, rompiendo definitivamente con Roma, apoyándose para el gobierno en consejeros luteranos (Cromwell, Cramer) y ordenando la ejecución de More. Procedió a disolver los monasterios fieles a Roma, confiscando los bienes de los mismos, ligando a numerosos sectores nacionales con los beneficios reportados de la consiguiente venta de tierras.
Hombre culto, inteligente y tolerante, supo llevar una política de persuasión más que de imposición de su voluntad, apoyándose con frecuencia en la burguesía expresiva de los *comunes*. Su imagen, derivada de los diversos divorcios acompañados de algunas ejecuciones de sus esposas, hay que entenderla en un momento en que la monarquía inglesa aspira a imponerse totalmente, careciendo el rey de un sucesor varón, que nunca logró. La adscripción de Inglaterra al luteranismo fue un factor fundamental para el amparo de diversas confecciones luteranas que, perseguidas en Europa, hallaron en Inglaterra buen refugio (a veces, provisional, en aquellas sectas tan dogmáticas, que fueron convenientemente canalizadas hacia las colonias de América).

EXCOMUNION

Sanción o censura eclesiástica que rompe la comunidad del afectado con la Iglesia. En cuanto destierro espiritual fue un arma usada por la Iglesia frente a quienes no acataban sus decisiones, dogmáticas o simplemente terrenas. Su eficacia derivaba del propio carácter de la Iglesia, al emanar una *auctoritas* vinculante. El excomulgado, rota su unión con la comunidad de creyentes, deja de ser asistido por éstos espiritualmente. En sus frecuentes luchas temporales, la Iglesia usó de la excomunión para apartar las ideas heréticas y a quienes las profesaban o difundían, así como a señores, reyes y emperadores. Respecto de éstos, el predominio espiritual eclesiástico significaba que los vasallos del excomulgado quedaban desvinculados de su obligación de fidelidad, con las consiguientes consecuencias materiales para el afectado. Normalmente, usaba la Iglesia dos clases de excomunión, menor y mayor, según implicase la total ruptura o solamente de los sacramentos y beneficios; que hoy subsisten en su categorización por medio de la excomunión *latae sententiae* (cuya absolución se reserva a la Sede o al ordinario) y *ferendae sententiae*, que reclama previamente un juicio de absolución. La evolución de los tiempos y la, por ello, relativamente escasa eficacia de la fórmula, aleja actualmente a la Iglesia de su uso, muy frecuente en otros tiempos, y efectivo.

FELIPE IV el Hermoso

(1268-1314)
Rey de Francia (1285-1314), hábil político, dedicó sus primeros años a consolidar el poderío de la corona en el propio país y sus regiones próximas fronterizas, reforzando sensiblemente la potencia de Francia. En varias oca-



San Francisco, por Zurbarán (Lyon, Musée des Beaux Arts).

siones debió entrar en conflicto con Roma. Una primera, por pretender cobrar tributos al clero, de la que salió triunfante al prohibir que se pagasen los mismos frente a la oposición del Papa, la salida de metales preciosos del reino, privando a Roma de la percepción de sus diezmos. En segunda ocasión, al acusar a un obispo de insulto a la corona, que provocó la reacción papal de excomunión, que no se llevó a efecto por ser detenido el Papa en Agnani (1303). A partir del papado de Clemente V, elegido por la intervención de Felipe, la Sede fue trasladada a Aviñón, el clero francés alcanzó al control de la administración eclesiástica, derogando el Papa todas las sanciones determinadas por Bonifacio VIII contra el Rey, dominando Francia completamente a la Iglesia. Tal es así, que Felipe consiguió la disolución de los templarios y que fuesen acusados de herejes, al solo efecto de percibir las riquezas de la orden.

FRANCISCANOS

Monjes pertenecientes a la regla de Francisco de Asís, orden creada hacia 1209, dentro del renacimiento de autenticidad eclesiástica del momento. Con finalidad de combatir la pobreza mediante el ejemplo propio, predicar la penitencia y el retorno a la pureza evangélica, alcanzó gran desarrollo ya en vida del fundador. Aunque Francisco de Asís reclamaba en su testamento absoluta pobreza, Gregorio IX atemperó el criterio nombrando nuncios laicos encargados de administrar los bienes que recibiese la orden por limosnas o donativos. El tema de la pobreza y su entendimiento manifestó muy pronto dos tendencias claras; una, de la que es representante Buenaventura, y sobre todo su predecesor Juan de Parma, partidarios de la observancia total de pobreza; y, otra, los conventuales que predicaban un atemperamento de la misma, disparidad que todavía en el siglo XVII se manifiesta, originando escisiones de la orden (capuchinos, 1619). Durante la coloniación americana hallaron tierra de cultivo para su expansión y su actividad misionera, pero fueron afectados por la crisis del siglo XVIII (Revolución francesa) y el siglo XIX (decretos de exclaustración).

GALICANISMO

Movimiento nacionalista de la Iglesia francesa, bajo el reinado de Felipe IV *el Hermoso* y de sus sucesores, que proclamaba la independencia real frente a la jurisdicción vaticana. Frente a Bonifacio VIII, acérrimo defensor de la monarquía papal, el galicanismo supuso un serio enfrentamiento de Francia con la Iglesia, que terminó con la sumisión de ésta y el traslado de su sede a Aviñón. Ratificado indirectamente el galicismo en el Concilio de Constanza, al defenderse en el mismo el conciliarismo con el debilitamiento del papado, lo aprovechó la corona francesa para estructurar una Iglesia gala sometida al poder del Estado, que llevó, con Carlos VII (1438) a una práctica independencia del episcopado francés respecto de Roma. Tal situación, con diversas vicisitudes, se mantuvo hasta finales del siglo XVIII por virtud del Concordato de 1516, sancionador sin reservas del galicanismo. Sometida la Iglesia francesa al Estado, durante los siglos XVII y XVIII mantuvo una ardua discusión entre el sometimiento a la corona o al Parlamento, que fue tema de batalla dialéctica entre los monárquicos y los defensores de la Ilustración y de las nuevas ideas revolucionarias, que, con la Revolución, dividió a la Iglesia francesa en dos claras tendencias, la que juramentó los nuevos principios y la que se mantuvo tradicional. Con Bonaparte, mediante el Concordato de 1801, se ratificó absolutamente el galicanismo, quedando la Iglesia sometida al Estado estructural y administrativamente, subsistente más aún después de la separación entre Iglesia y Estado.

GALILEI, Galileo

Científico, físico y astrónomo italiano oriundo de Pisa. Por sus estudios y descubrimientos adquirió enorme fama, que le llevaron a desempeñar una cátedra en la Universidad de Padua. Dotado de especiales condiciones, puede decirse que fue el inventor del método científico, inductivo-deductivo, y experimental. Denunciado a la Inquisición (1611) por difundir la teoría copernicana, no admitida por el momento, se le ordenó silenciarla. Insistiendo nuevamente veinte años más tarde en la nueva teoría, fue procesado por el Santo Oficio, condenado y obligado a abjurar, viviendo sus últimos momentos de modo miserable. Su excomunión herética le fue levantada hace muy poco tiempo por el actual Papa, por carecer, evidentemente, de sentido y como expresión de actualización de la Iglesia.

GRACIA (Disputa de la)

Polémica que escindió severamente el mundo cristiano a comienzos del siglo V, al plantear Pelagio, monje irlandés ubicado en Roma (en los años 390-400), la cuestión del pecado original, que él rechazaba afirmando la integridad de la propia naturaleza del hombre basada en su libre albedrío, conforme al cual el propio ser humano disponía de recursos para alcanzar la salvación mediante sus obras, siendo la gracia divina una simple ayuda no imprescindible. Condenada la tesis por la Iglesia occidental (412) y destacadamente en Efeso (431), fue Agustín su mayor oponente, defensor de la imperatividad de la predestinación solamente alterable mediante la gracia de Dios. Ciertamente, el criterio de Agustín no fue literalmente aceptado. Pero interesa destacar ambas posiciones porque, aparte de expresar la polémica misma una atención de la Iglesia occidental a problemas muy distintos de los que ocupaban a la oriental (manifestándose de este modo sus distintos caminos por recorrer), será el germen de dos posiciones encontradas que aflorarán posteriormente. Un semipelagianismo subsistirá en el Renacimiento y la Ilustración, manifestado, como humanismo cristiano, en el reformismo luterano; y un agustinismo intenso surgirá en el pensamiento calvinista, a la par que una fórmula intermedia aparecerá en el nervio de la Contrarreforma, los jesuitas.

GREGORIO VII

Monje italiano, ejerció diversos y destacados cargos en el Vaticano siendo consejero de diversos papas, legado en varios países, hasta que, finalmente, él mismo alcanza el sitial papal por sus especiales condiciones, en un momento álgido para la Iglesia: la determinación de sus relaciones con el Imperio. Hasta ese momento, como cardenal Hildebrando, se ha manifestado partidario de una radical reforma eclesiástica en el tema de la simonía y del celibato, que permita a la Iglesia un control e independencia absolutos sobre los religiosos, con total apartamiento de los laicos. Dedicó su actividad a llevar a cabo la reforma, diseñada por él en el papado de Nicolás II y de Alejandro II. Inmediatamente. depone a los simoníacos, suspende a los sacerdotes incontinentes en sus funciones y condena la investidura temporal, dando así comienzo a la *lucha de las Investiduras*. Frente al Emperador,

opone su *Dictatus Papae* (1075), máximo exponente de la teocracia pontífica. La reacción imperial no se hizo esperar, siendo depuesto Gregorio VII (Concilio de Worms, 1076), provocando que el Papa excomulgase al Emperador, liberando a sus vasallos de la fidelidad debida, que le será levantada al Emperador por la hmillación de Canossa; seguida de una segunda excomunión (1080), que provocó como reacción de Enrique IV la designación de Clemente III como anti papa, deteniendo a Gregorio. Este fue liberado por los normandos de Robert Guiscardo, yendo a morir en Salerno.

GÜELFOS Y GIBELINOS

Nombre con que se conocieron dos facciones encontradas, expresivas de los defensores del papado y del Imperio, respectivamente, durante las luchas de Federico II por controlar Italia. Aunque el origen de las denominaciones hace referencia a dos facciones florentinas (partidarias de Otón de Welf y de Federico II Waibligen), la adscripción a uno u otro bandos se generalizó en las ciudades italianas (Florencia, Milán, Bolonia, Ferrara, Mantua y Padua: güelfas; Pavía, Crémona, Siena, Pisa, Módena, Rímini; gibelinas).

Ambos bandos participaron en alianzas diversas con monarcas extranjeros, en defensa de sus respectivos intereses. Pero con la reclusión o retirada de los papas a Aviñón, güelfos y gibelinos pasaron a denominar facciones distintas en la política local de los reinos.

HEREJIA

Criterio, doctrina u opinión religiosa que se considera opuesta a la avalada por la ortodoxia de Roma, aunque su propio significado alude solamente a pensamiento particular o de facción. Tomando como única verdad posible la sancionada así por la Iglesia institucional, es herejía lo que de ella se aparta o a ella se enfrenta. Dado que el pensamiento cristiano, como cualquier otro, es un pensamiento en formación, la herejía ha sido algo normal y frecuente a lo largo de la historia de la Iglesia, destacando ya desde los comienzos, el gnosticismo, el adopcionismo, el arrianismo, el monofisismo (ss. II-V), terminando con el reformismo luterano. Miles han sido las personas calificadas por herejes, ya por enfrentamiento con el dogma, ya por disparidad respecto de la vida y constitución eclesiásticas.

HUSS, Juan

Religioso checo y rector de la Universidad de Praga. Adoptó una clara posición reformista contra los escándalos eclesiásticos de su tiempo, influido por las ideas del inglés Wyclif, cuya condena rechazó, lo que le valió a su vez ser excomulgado (1411). Sus prédicas adquirieron un matiz político en reclamos de la libertad de Hungría, lo que unido a sus tesis de retorno a la Iglesia primitiva *(husitismo)*, provocó el temor de nobleza y clero ante posibles desórdenes sociales; por ello, habiendo sido citado ante el concilio reunido en Constanza (1414), al que acudía con salvoconducto del emperador Segismundo, se le sometió, no obstante, a juicio. Condenado por herejía y no retractándose, fue quemado vivo.

IGNACIO DE LOYOLA

Noble español vizcaíno que entró al servicio de armas del virrey de Navarra. En la defensa de Pamplona fue herido en ambas piernas, lo que le impuso una convalecencia dilatada, durante la cual, leyendo la *Vida de Cristo,* de Ludolfo de Sajonia, entre otras obras de contenido religioso, le llevó a un cambio radical de vida. Dedicado a la reflexión y a una rigurosa penitencia durante una estancia dilatada en Manresa, volcó sus experiencias al respecto en un libro de ejercicios espirituales. Después de un viaje a Roma, se instala en Barcelona (1524), comenzando a reforzar sus estudios, trasladándose posteriormente a Alcalá de Henares. Por dedicarse a la prédica y orientación de sus ejercicios, fue sospechoso ante la Inquisición, siendo sometido a dos procesos, prohibiéndosele predicar, incluso cuando cambió su residencia a Salamanca, por lo que se decidió ir a París, donde se doctoró (1535). Allí consiguió un grupo de prosélitos con los que se puso en peregrinación hacia Jerusalén, con intención, si no lograban licencia, de ponerse en Roma a disposición del Papa. Paulo III les remitió a actividades de predicación hasta que, hacia 1539, Ignacio y sus compañeros decidieron solicitar su constitución en orden religiosa, aprobándose las reglas de la *Compañía de Jesús* en 1540. Unidos al papado por un voto de absoluta obediencia, fueron una de las armas más poderosas que la Iglesia empleó en la Contrarreforma, destacadamente en el campo de la enseñanza. Ignacio dirigió la Compañía de manera férrea, ordenó sus *Constituciones* (1541-1556) y fue testigo de la expansión de la orden. En algún momento, vio al papado apartarles bajo la sospecha de ser colaboradores de Felipe II. Murió el de Loyola en 1556 en solitario, siendo canonizado en el año 1622.

INDICE

Relación o catálogo de libros prohibidos en su lectura, según la opinión eclesiástica, fundada en su *auctoritas,* originado en las conclusiones del V Concilio de Letrán (1515), conforme con las cuales quedaba reservado al ordinario del lugar el *imprimatur* de todo libro. La Contrarreforma vio proliferar un cúmulo de índices de libros prohibidos, hasta que se uniformó en 1571, al crear Pío V la congregación encargada especialmente de llevarle. Como instrumento de presión de la autoridad eclesiástica respecto de los cristianos, en el *Indice* se incluyeron casi todas las obras de la literatura universal, científicas, etc., que pudieran dar la impresión de enfrentar el dogma o la doctrina eclesiásticas. La tendencia, cada vez más conservadora de la Iglesia a lo largo de su historia explica el fenómeno. El *Indice* subsistió formalmente hasta el año 1966, en que fue suprimido, aunque manteniéndose la obligación moral de renunciar a la lectura de los textos que el creyente estimase ponían en peligro sus creencias. El *Indice* de libros prohibidos fue, evidentemente, un arma poderosa para el control de las conciencias de las gentes sencillas.

INFALIBILIDAD

Doctrina eclesiástica según la cual las aseveraciones del papa en materia de fe son verdad absoluta e irrefutable. Fue proclamada en el Concilio Vaticano I (iniciado el 8 de diciembre de 1869 y suspendido al año siguiente por consecuencia de la guerra franco-prusiana), cuya constitución *De Ecclessia* sancionó tal doctrina. La tesis de la infalibilidad marca, así, la consagración del carácter monárquico de la Iglesia frente a las posiciones conciliaristas, que negaban el predominio romano sobre la comunidad de obispos.

INOCENCIO III

Papa italiano (1198-1216), célebre por su carácter y energía, así como por la política orientada a reforzar sen-

DIALOGO
DI
GALILEO GALILEI LINCEO
MATEMATICO SOPRAORDINARIO
DELLO STVDIO DI PISA.
E Filosofo, e Matematico primario del
SERENISSIMO
GR. DVCA DI TOSCANA.
Doue ne i congressi di quattro giornate si discorre sopra i due
MASSIMI SISTEMI DEL MONDO
TOLEMAICO, E COPERNICANO;
Proponendo indeterminatamente le ragioni Filosofiche, e Naturali tanto per l'vna, quanto per l'altra parte.

CON PRI



VILEGI.



IN FIORENZA, Per Gio: Batista Landini MDCXXXII.

CON LICENZA DE' SVPERIORI.

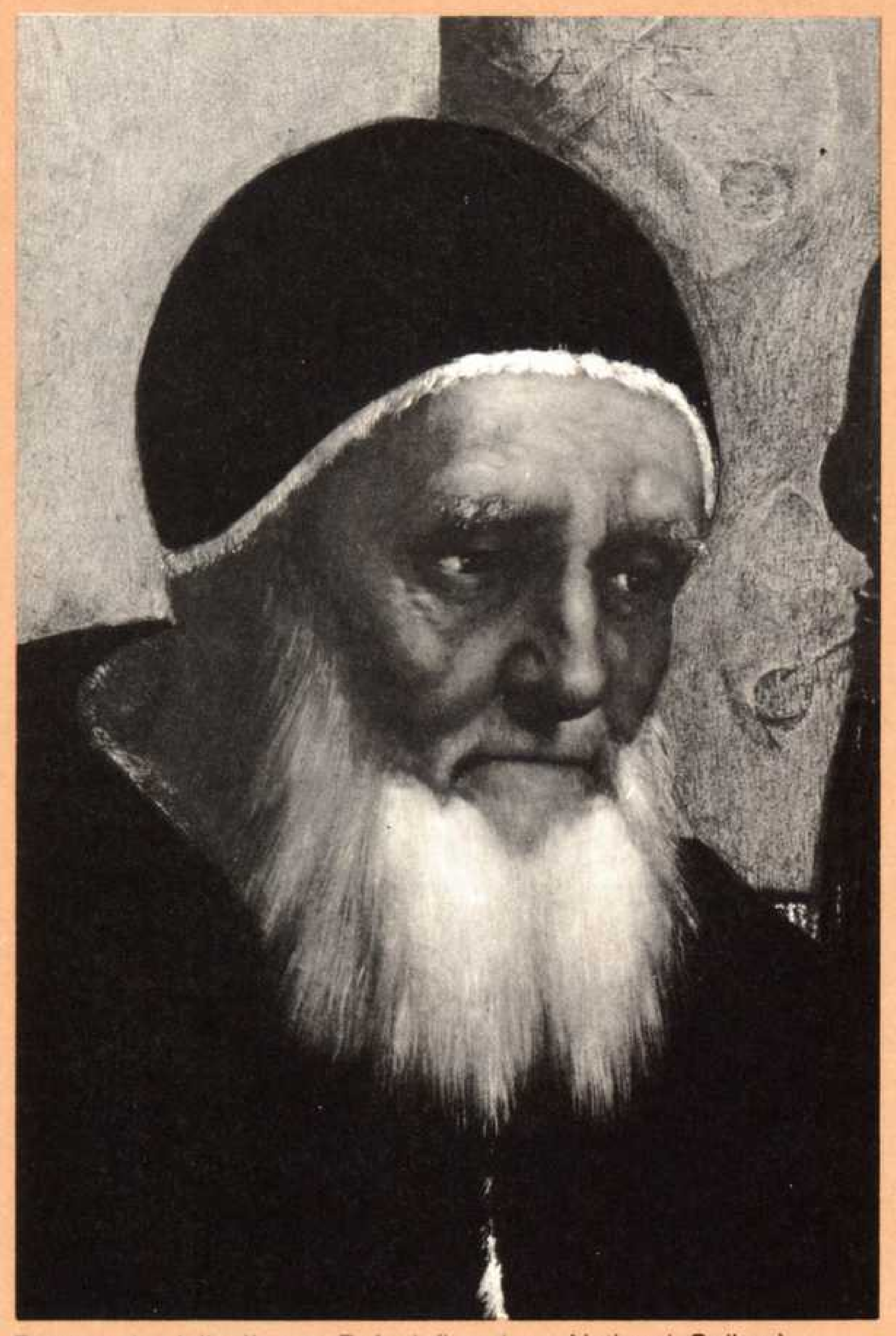
All'Ecc.mo S. Med.co Rôconi. l'Autore

Portada del *Diálogo sobre los dos máximos Sistemas,* por Galileo, impreso por la Librería Landini, de Florencia, en el año 1632.

siblemente el poder de la Iglesia bajo la primacía del obispo de Roma, consiguiendo durante su pontificado robustecer la condición del papado. Tuvo la suerte de que el Emperador hubiese muerto el año anterior a su subida al Solio, logrando de la esposa del fallecido la aceptación de su predominio y la tutela del hijo. Como señor temporal, consolidó los territorios papales, ampliándolos en detrimento de las fuerzas del Imperio. Como señor de Sicilia, negó la corona a su pupilo, enfrentando a Felipe de Suabia y a Otto de Brunswick; favoreció primero a éste, coronándole en 1209, pero, muerto Felipe (1208), alentó a los señores alemanes contra Otto, que fue excomulgado, entronizando como Emperador al pupilo e hijo de Enrique VI. Hecha excepción de la Francia de Felipe *el Hermoso,* logró un total reconocimiento por parte de los reinos europeos. Como señor espiritual, acometió serias reformas dentro de la Iglesia, fomentando la austeridad y combatiendo los abusos que se cometían con las bulas, convocando el IV Concilio de Letrán. Como representante de la cristiandad, alentó una cruzada contra Egipto, sede del poder turco, aunque fue un fracaso que terminó con el saqueo de Constantinopla; asimismo, combatió a los albigenses predicando la cruzada contra ellos. Su pontificado afirmó la representación del papado respecto, no ya de Pedro, sino de Cristo, atribuyendo al obispo de Roma la total primacía sobre los reinos.

INOCENCIO IV

Papa italiano (1243-1254), que, recogiendo la herencia de Inocencio III y sus antecesores, llevó el poder papal al más alto grado conocido, defendiendo la *generalis legatio,* que identificaba la voluntad papal como expresión soberana, bajo la cual quedaban todas las actividades humanas, carente de todo control superior. En su lucha con el Imperio, organizó las ciudades italianas contra Federico II, logrando derrotarle militarmente, a quien ya antes había además excomulgado. Fue el introductor de la tortura dentro del procedimiento inquisitorial.



Retrato de Julio II, por Rafael (Londres, National Gallery).

INQUISICION

Nombre con que se conoce el Tribunal del Santo Oficio, tribunal inquisidor (interrogador) creado fundamentalmente para combatir la herejía de los albigenses y cátaros (1184), poniendo el brazo secular a disposición de la autoridad episcopal a tal efecto. Basándose en la ley imperial que publicó Federico II en 1224, Gregorio IX hizo la misma como propia de la Iglesia (1231), organizando casi *ex novo* el tribunal inquisidor y encargando sus labores a la recién creada orden de los dominicos. Cada reino solía tener un inquisidor general, existiendo una variedad de tribunales. El procedimiento solía iniciarse mediante denuncia o incitación a la denuncia por los mismos integrantes del Tribunal, sin ayuda de abogado para el acusado; aunque ésta se introdujo posteriormente, la secretividad de los testigos la hacía de escasa eficacia, sobre todo cuando con Inocencio IV se introdujo la tortura como modalidad de lograr la confesión del acusado. Bajo el esquema intelectual de, al menos, salvar el alma del reo, se llegó a auténticos excesos, por no existir límites para el logro de aquella finalidad. Aunque la Inquisición actúa en todas partes con igual brutalidad, la fama de la española no es exactamente justa, pues, sin pretensiones triunfalistas, su incidencia se mostró más intensa en otros países; aunque la española fue la que más perduró (1812). La circunstancia de que, conjuntamente con la condena, era inherente la confiscación de bienes, alentó al abuso intenso del celo y dogmatismo propios de la época. La condena era diversa según la gravedad, comprensiva de la abjuración y penitencia *(sambenito* o túnica amarilla con cruz aspada en rojo), cárcel, galeras o muerte en la hoguera en el correspondiente auto de fe.

JULIO II

Papa italiano (1503-1513), sobrino de Sixto IV, con quien comenzó su carrera eclesiástica al recibir de aquél el episcopado y una serie de dignidades eclesiásticas, ascendiendo al Solio en 1503. Como hombre de su tiempo, se manifestó más como señor de sus tierras que como obispo, en una política dirigida a conseguir para Roma el dominio de Italia y, por ello, obligado a expulgar a las fuerzas extranjeras que dominaban parte de sus tierras (las tropas francesas). A esta labor dedicó seis años con todas sus energías para recuperar el Milanesado de las manos de Luis XII. Pero se le debe reconocer el mérito del mecenazgo que ejerció, sobre todo con repecto de Miguel Angel y Rafael (no por ello bien retribuidos), gracias al cual enriquece el Vaticano el *Juicio final,* las decoraciones rafaelinas, etc.

LAICISMO

Tendencia dirigida a restringir y limitar el influjo religioso en la vida pública. Expresión asimismo de la disparidad de intereses entre Iglesia y Estado, encuentra sus primigenias bases en la política asumida por Felipe *el Hermoso* de Francia, reclamando para la corona total independencia en sus asuntos respecto del papado. Como conjunto de ideas que remiten el tema religioso a su ám-



Detalle del cuadro *Fiesta del Rosario*, de Alberto Durero, en el que se aprecia al papa Julio II (Praga, Národní Galerie).

bito más propio, se vio muy reforzado por el Renacimiento, la Reforma y el pensamiento de la Ilustración, y muy principalmente por las ideas revolucionarias de 1789, por lo que fue condenado y combatido ardientemente por la Iglesia, sobre todo en su encíclica titulada *Quanta cura* (1864).

LETRAN

Basílica romana en cuyo palacio anexo se celebraron diversos concilios (I, 1123; II, 1139; III, 1179; IV, 1215 y V, 1512-1517), de los que destaca el cuarto, que condenó radicalmente a los cátaros, declaró la cruzada contra el infiel musulmán y el hereje, y que señala el apogeo, así religioso como político, del Pontificado.

LIGA (Santa)

Nombre con que se conocen diversas coaliciones en que intervino la Iglesia. Destacan como más relevantes las siguientes, cronológicamente: la Liga de 1495, contra Carlos VIII de Francia, que reclamaba Nápoles, a quien se enfrentó Alejandro VI en unión de Fernando de Aragón, el Imperio y las ciudades de Venecia y Milán y, posteriormente, Inglaterra, que terminó con el triunfo de los coligados.

La Liga de 1511, alentada por Julio II, asimismo contra Francia, en alianza con España y Venecia. Más tarde, Venecia abandonó la unión, adhiriéndose no obstante Inglaterra y Florencia. Comenzó con un triunfo francés y la victoria final de los aliados.

La Liga de 1570, promovida por Pío V, que unió a España y Venecia en la lucha contra el Imperio turco, y que culminó con la batalla triunfal de Lepanto.

La Liga de 1576, que agrupó a diversos Estados cristianos opuestos a la unión calvinista, que enfrentó a los franceses en pugnas civiles, colaborando España por su interés en combatir las disidencias religiosas francesas y de los Países Bajos y que culminó, después de diversas vicisitudes, con la coronación de Enrique IV, después de su abjuración (expresada en la frase que se le atribuye, de que «París bien vale una misa»).

La Liga de 1609-1610, que unió al papado y el Imperio, así como a España, contra la unión evangélica, y que dio lugar a la guerra de los Treinta Años.

LIUTPRANDO

Rey lombardo, probablemente el más destacado de todos, bajo cuyo reinado el reino aparecía como fuertemente centralizado, que le permitió realizar una política exterior ofensiva dirigida a unificar Italia bajo su mando. Dominó los condados semiautónomos de Spoleto y Benevento e incluso comenzó la anexión de los territorios pertenecientes a Bizancio. Tal político previno a Roma, quien, con Gregorio III inició su aproximación a los carolingios, que culminó cuando, con los reinados de Astolfo y Demetrio, el papa Esteban II solicitó y obtuvo la ayuda militar de Pipino *el Breve,* iniciando el predominio carolingio en Italia y la formulación del Sacro Imperio.

LUTERANISMO

Movimiento reformista de la Iglesia, iniciado por Lutero, cuya finalidad estribaba en reforzar el valor de las Sagradas Escrituras, corregir los grandes defectos del momento religioso e iniciar un camino de mayor pureza y plenitud religiosas. Sus principales figuras fueron, junto al

propio Lutero, Calvino (que aportó todo un sistema teológico), Melanchthon y Zuinglio. Con gran arraigo en Alemania, Países Bajos y la propia Francia, los príncipes alemanes, que abrazaron sinceramente las nuevas ideas, supieron mantener el movimiento a lo largo de la guerra de los Treinta Años.
Significó el golpe más fuerte a la unidad de la cristiandad, en buena medida por la inoportuna reacción de Roma y el temor del papado al conciliarismo. Como expresión de un humanismo más ilustrado y actualizado se presentó como perfecto marco ideológico para las reivindicaciones del momento histórico. Reforzado en su energía por una de sus manifestaciones, el pietismo alemán, los siglos XVIII y XIX experimentaron una multiplicación de tendencias, expresión de la libertad eclesiástica propia del luteranismo mismo, claramente manifestadas en los Estados Unidos de Norteamérica, principalmente. Aunque como toda idea religiosa institucionalizada, el luteranismo se manifestó, ya con su fundador, como movimiento conservador, su fundamento ineludible en la libertad le permite un relativo frescor; y su ausencia de una rígida estructura dogmática en la que basar sus esquemas le autoriza una mayor facilidad de adecuación a nuevas situaciones y exigencias.

MASONERIA
Asociación originalmente secreta que, adoptando rituales semimedievales a los que se atribuyeron antigüedad bíblica, se organizó en Londres en 1717 como entidad jerárquica que perseguía unos difusos fines religiosos de fusión católico-luterana. Su rápida expansión vino acompañada de una complicación de ritos, enriquecimiento esotérico e identificación del cientifismo con vulgaridades sobre magia y alquimia. El siglo XVIII vio su expansión en Francia, de donde tomó un ideario formal externo inherente al de las ideas difundidas a partir de 1789. Políticamente más de actualidad con las ideas del momento, su arraigo en España y su imperio, así como en los países meridionales europeos con estructuras políticas atrasadas, hizo que la masonería de estas naciones se tornase francamente en movimiento político defensor y proclamador del liberalismo. Aunque, por ser institución cerrada y secreta, fue mal vista desde siempre por la Iglesia, será a lo largo del siglo XIX que recibirá las condenas más totales. La Iglesia de Roma, defensora otra vez de los postulados más conservadores y de las estructuras más arcaicas, atribuyó carácter demoníaco a la masonería con su consiguiente condena (*Humanum genus,* 1884). El paso del tiempo ha demostrado que la masonería, tanto anglosajona como hispanoamericana o española e italiana, etc., han adquirido un arraigado matiz moderado, conservador incluso, presentándose como simple asociación desprovista de ideario político innovador, llegando a ser combatida tanto por los movimientos fascistas por ser liberal (nazismo, fascismo, etc.), como socialistas (por manifestarse expresiva del liberalismo burgués).

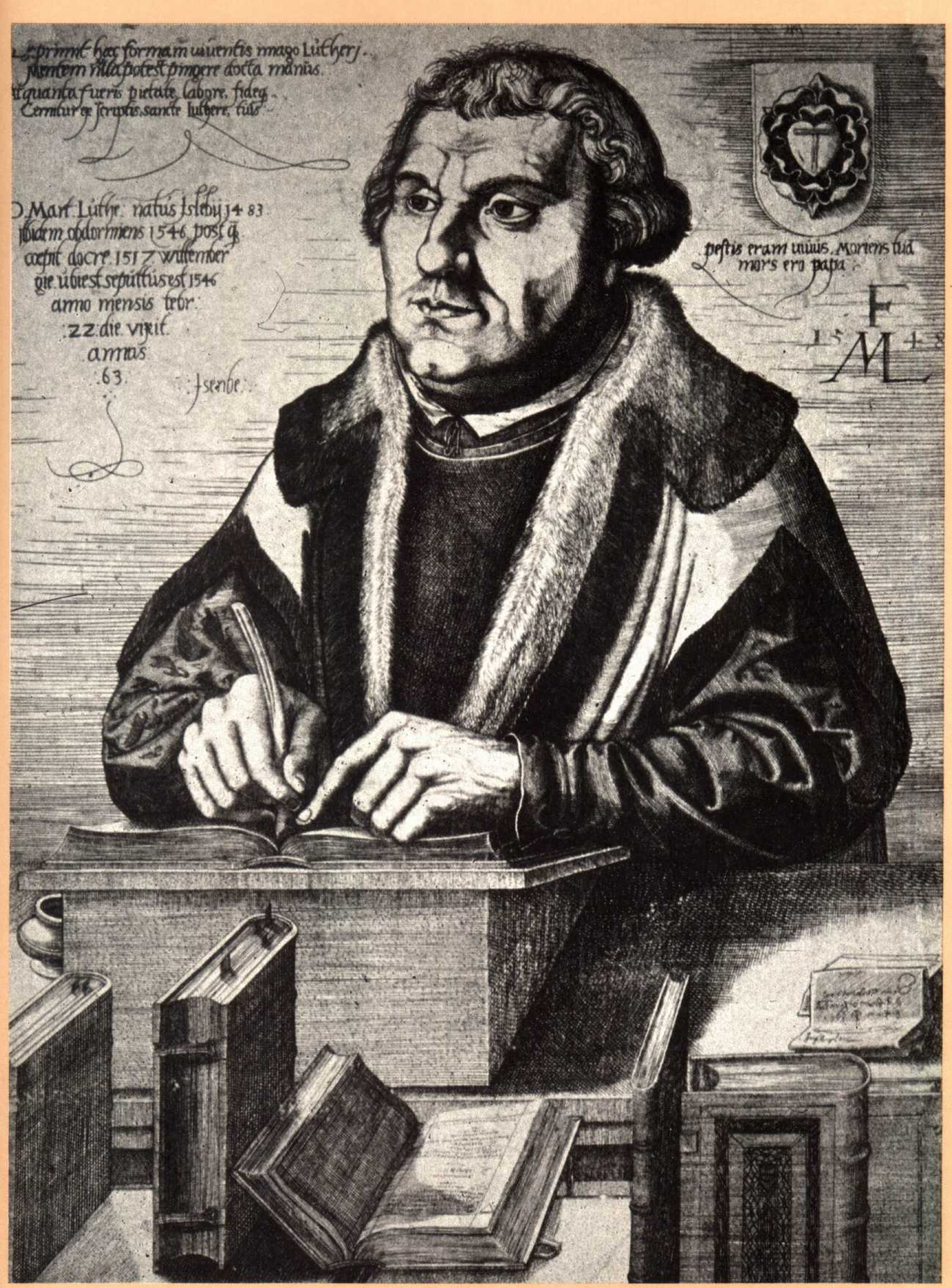
MELANCHTHON, Felipe
Profesor alemán en la Universidad de Wittenberg, se incorporó muy pronto a las ideas reformistas, de las que fue pregonador, colaborando directamente con Lutero en sus enfrentamientos dialécticos con Eck. Supo dotar al nuevo ideario de una estructura dogmática, aunque era clara su tendencia al compromiso entre Roma y Reforma. Escritor prolijo, autor de más de trescientas obras y opúsculos, destaca con su *Apologia pro Luthero* y la *Confesión de Augsburgo.*

MODERNISMO
Conjunto doctrinal dirigido a la reforma del pensamiento tradicional, en todos los ámbitos del conocer y, por lo que aquí interesa, en el plano religioso. Surgido en Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, buscaba un enriquecimiento filosófico de renovación teológica. La reacción eclesiástica, condenando totalmente el modernismo (*Lamentabili sane exitu,* 1907), provocó enorme resistencia, sirviendo como caja de resonancia de las nuevas ideas y llevando a la Iglesia a perder otra batalla contra la renovación de las ideas y la aceptación de la realidad del mundo. Ciertamente, en cuanto peligro para el integrismo religioso, el anatema era correspondiente. Todavía hoy se rechaza como mal de los tiempos, aunque el juramento antimodernista reclamado a cada sacerdote ha perdido vigor en su forma.

MONOFISISMO
Planteamiento verdaderamente cismático que surge en la Iglesia del siglo V, como consecuencia de la discusión acerca de la naturaleza de Cristo en cuanto divina y su relación con la humana del mismo, que dividió a la parte oriental de la Iglesia cristiana, trascendiendo además a amplias capas sociales por la relevancia que, en el momento, tenía para la salvación y redención la plena divinidad de Cristo. Defendida por el archimandrita de Alejandría, Eutiques, afirmaba que de las dos naturalezas, divina y humana, de Cristo, surgía en el momento de la encarnación una de índole divina (*mono physis*). Apoyada la teoría en el factor político de ser sostenida por Crisafio, chambelán de Teodosio II (450); con lo que, al advenir el nuevo emperador, el IV Concilio de Caledonia (451) condenó a los monofisitas. No obstante, no terminó ahí la controversia, pues el monofisismo se refugió en Egipto (Iglesia copta), extendiéndose a Siria y Palestina, surgiendo como criterio religioso localista, con trascendencia de índole política, que sólo terminó con la conquista por el Islam de las tierras en que se mantenía tal creencia.

MORE, Tomás
Noble y humanista inglés, con estudios en Oxford, hijo de un *steward* de la escuela de derecho de *Lincoln's Inn,* será pronto profesor de leyes en el Consejo de los Abogados. Diputado en el Parlamento en el año 1504, se opone a la política fiscal de Enrique VII. Amigo de Erasmo, intima más aún con él después de que More contraiga matrimonio, siendo en su casa donde se escribió el *Elogio de la locura.* Marcha a París, de donde retornará tras la coronación de Enrique VIII, llegando a convertirse en canciller del reino, el único laico así designado. La reforma luterana le pondrá, junto a su Rey, frente a Lutero; pero el divorcio de Enrique VIII y su matrimonio con Ana, les distancia. More no asistió a la boda, aunque afirmó su lealtad al Rey; pero, al reclamar éste juramento de fidelidad, rota ya su relación con Roma, More se niega y es encarcelado, siendo condenado a muerte y ejecutado el 16 de julio de 1535. Autor de varias obras, su *Utopía* le otorgó merecida fama.

NEPOTISMO
Práctica generalizada entre algunos papas, de beneficiar a sus familiares y parientes con cargos y prebendas. Sobre todo en los siglos XV y XVI se manifestó como forma normal y natural de comportamiento, siendo famosos los beneficios recibidos por los Colonna y los Borgia. Literalmente, significa «sobrinismo» (*nepotem*).



Retrato de Martín Lutero, iniciador del movimiento reformista de la Iglesia conocido con el nombre de Reforma.

NESTORIANISMO

Manifestación monofisita debida al patriarca de Constantinopla, Nestorio (380-451), respecto de la naturaleza de Cristo, divina y humana. En un momento en que el culto María era enormemente popular, rechazaba su consideración de madre de Dios para referirla como madre de Cristo. Considerando que había en Cristo dos personas, la divina y la humana, la unión de ambas era accidental e hipostática como consecuencia de la encarnación. Su pensamiento, que recibió la rotunda oposición de Cirilo de Alejandría, fue condenado en el Concilio de Efeso (431). No obstante, su tesis fue bien aceptada en Persia, en donde la Iglesia cristiana rompió con Roma, convirtiéndose en nestoriana, de donde difundió su doctrina a China e India tras la invasión islámica.

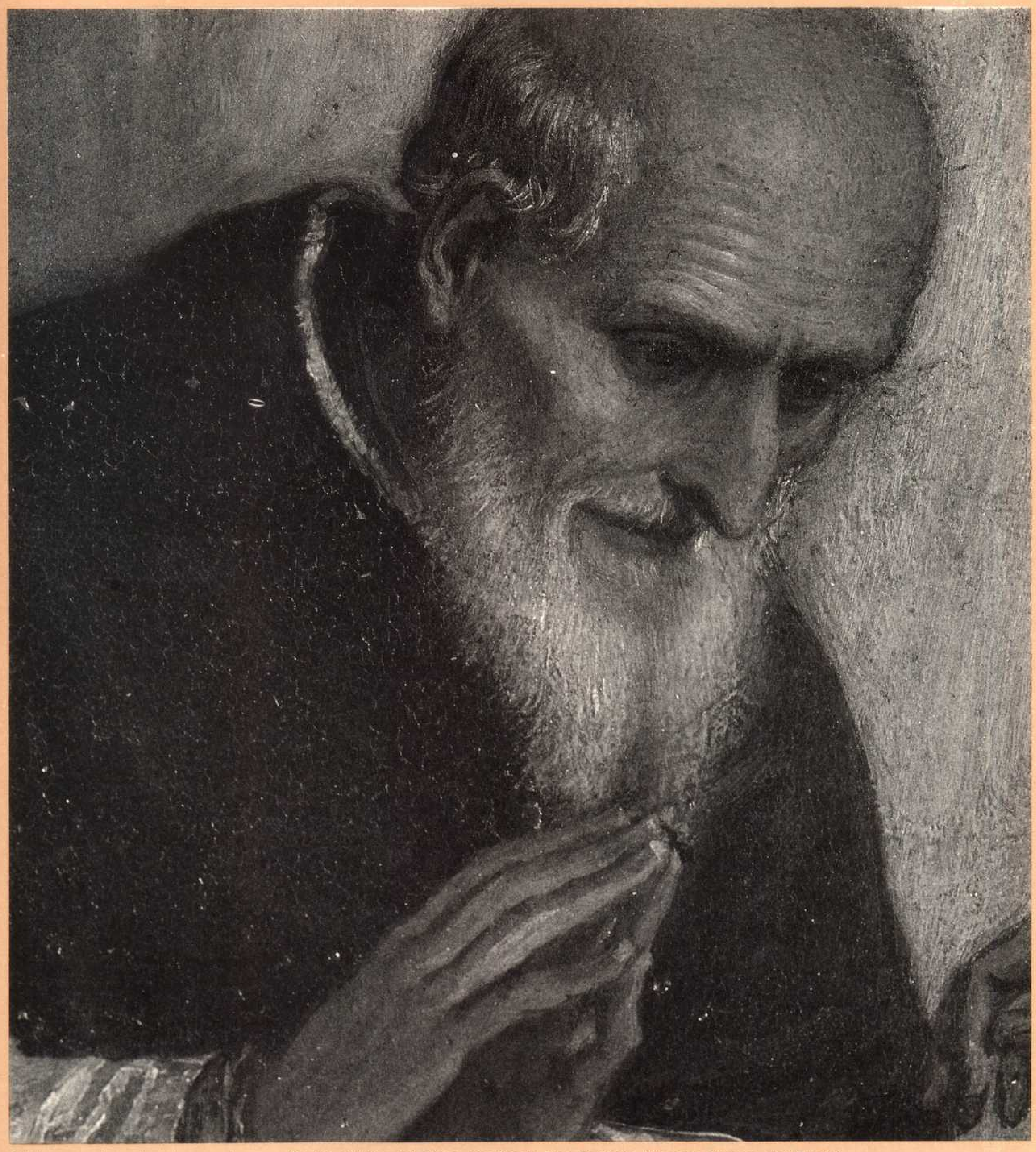
OBISPO

Cargo y autoridad en la jerarquía eclesiástica a cuyo alrededor se organizó la Iglesia cristiana desde sus primeros tiempos, al considerárseles sucesores de los Apóstoles. Como tales, eran eje de la actividad docente y de la autoridad espiritual. Al reconocerse la Iglesia con carácter semioficial bajo Constantino, organizó una administración paralela a la estatal, siendo el obispo cabeza de cada circunscripción territorial. La reunión de ellos, local o general *(sínodo)* era expresión de la autoridad, colegial, de la Iglesia, situados todos en plano de igualdad, aunque reconociendo una dignidad honorífica al romano en cuanto sucesor de Pedro. Reforzado su poder al atribuirles Constantino facultad de jurisdicción civil sin ulterior recurso, fueron desde el principio investidos con carácter de autoridad absoluta (Ignacio de Antioquía). La fusión Iglesia-Estado originó una osmosis personal, siendo los obispos detentados por personas de alcurnia nobiliaria, enriquecidos con donaciones imperiales, rentas patrimoniales, etc.

Aunque cada ciudad tenía su obispo, pronto sobresalieron los metropolitanos. El Concilio de Nicea dio carta de naturaleza a los patriarcas, que dispusieron de mayor poder, aunque no más autoridad dogmática. La división del Imperio romano trajo más autoridad al obispado romano, que, al entrar en crisis el poder temporal y disponer aquél de tierras propias, inició la reivindicación de un poder territorial, alejándose de Bizancio (capital del Imperio) y apoyándose en los reyes lombardos y, luego, en los carolingios. Con la coronación de Carlomagno como emperador, Roma proclamó su herencia imperial,



El papa Paulo III y sus sobrinos Alejandro y Octavio Farnesio, realizado por Tiziano en el año 1546 (Nápoles, Gallerie Capodimonte).



Cristo yacente adorado por el papa Pío V, detalle del Papa, realizado por Parrasio (Madrid, Museo del Prado).

afirmando también la primacía del obispo de Roma, que, de cortesía aceptada por todos, se convirtió en fin político de la sede del patrimonio de San Pedro. En el juego de intereses terrenales, el Papa, en cuanto señor, participó activamente en la política de cada momento histórico, buscando el primado romano en lucha con otros patriarcados, reyes y hasta con el Imperio. Alcanzada tal meta, el obispo dejó de ser cabeza para convertirse en instrumento de la monarquía eclesiástica. Este proceso, que se inicia con Gregorio I, recibió el reconocimiento en el IV Concilio de Constantinopla, mostrando su mayor esplendor desde Inocencio III a Inocencio IV.

ORIGENES

Primer gran filósofo de la cristiandad, nacido en Alejandría. Huérfano de padre a temprana edad (muerto aquél en la persecución del 202), se dedicó a la vida ascética. A los treinta años abandonó Alejandría, instalándose en Palestina. Durante la persecución de Decio, fue objeto de intensas torturas, muriendo tres años más tarde. Como

erudito e intérprete del Testamento, interesa aquí porque su pensamiento servirá de base de argumentación (Eusebio, Ambrosio, Jerónimo) para justificar la respuesta de la Iglesia ante el Imperio en los primeros siglos de vida de aquélla, concebida en términos de colaboración por ser ambos elementos de relación imperativa para la salvación, que se consigue en el Imperio cristiano, en que el Imperio y su paz ayudan a la difusión del Verbo, al tiempo que facilitan comprender la propia noción de paz del Evangelio. Sustentaba, pues, un criterio opuesto al de Tertuliano.

PACTOS LATERANENSES
Acuerdos celebrados entre la Sede romana y el Gobierno fascista italiano, en el que se reintegraba al papado la soberanía, simbólica, sobre su propio territorio (Palacio del Vaticano, Castelgandolfo, San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Pablo Extramuros). Al tiempo, se subsidiaba a la Iglesia en concepto de indemnización por las rentas perdidas en 1871, y se le reconocía una posición ventajosa en temas de educación y matrimonio con un aparente confesionalismo estatal en estos puntos. Por su parte, Mussolini se aseguraba de esta manera un apoyo político importante.

PAGANO
Habitante de la aldea, o *pago,* por contraposición al habitante de la ciudad o villa. Al producirse una sensible expansión del cristianismo durante los siglos III y IV, las creenecias politeístas quedaron limitadas a un núcleo culto muy reducido y al campesinado, surgiendo el cristianismo como confesión ciudadana mayoritaria. Entonces alcanzó la expresión *pagano* un sentido peyorativo, equivalente al de *palurdo* y, desde luego, como persona fuera de la Iglesia. Este último significado se generalizó con el tiempo para calificar a quienes desconocen las creencias del cristianismo y de la Iglesia.

PAULO III
Papa italiano desde 1534, antes obispo y protegido de Julio II y León X, se manifestó decidido partidario de hacer frente a la reforma luterana, a cuyo efecto se preparó y convocó el Concilio de Trento, nombrando previamente un conjunto de cardenales opuestos a las corrientes luteranas, no dudando en el establecimiento de la Inquisición para impedir la difusión de las nuevas ideas en Italia. Bajo su pontificado, Miguel Angel realizó los frescos de la Capilla Sixtina.

PIO V
Papa italiano (1566-1572), perteneciente a la orden de los dominicos (ejerciendo el puesto de Inquisidor en la Lombardía), detentó los beneficios del obispado de Sutri, alcanzó la dignidad cardenalicia en 1557 y fue nombrado Gran Inquisidor al año siguiente. Al ascender al Pontificado, se ajustó en su gobierno a las conclusiones del Concilio de Trento, ejerciendo plenas facultades en el control de la designación episcopal. Al apoyar la posición de la reina de Escocia, María Estuardo contra Isabel de Inglaterra, reinsistió en la separación de la Iglesia anglicana. Pero su mejor gesto fue, posiblemente, la pretensión de unir a todos los reinos cristianos en una cruzada contra el enemigo común de todos los pueblos creyentes, el turco, proyecto relativamente fracasado al unir solamente a Venecia y España en una Liga Santa, aunque la misma obtuviese la victoria en Lepanto.

PIO VI
Papa italiano (1775-1799), durante cuyo pontificado se produjo una verdadera escisión entre los clérigos franceses, con motivo de la Constitución civil revolucionaria. La actitud tan vacilante del Pontífice, hasta la promulgación del Breve de 10 de marzo de 1791, llevó a aquéllos a tal desorientación que, aceptando muchos la nueva situación, explica la proscripción de los restantes. No pudo hacer nada por impedir la anexión de Aviñón a la nación francesa, en parte por su propia actitud, que le llevó a enfrentarse decididamente con la nueva legalidad. Se explica así, tras la invasión de Italia, el armisticio, tan duro, que le impuso Bonaparte, teniendo que reconocer a la república forzosamente *(Pastoralis sollicitudo,* de 5 de julio de 1796). Esta relativa reorientación no le impidió la derrota militar, ante su pretensión de defender los territorios papales, viendo a Roma, primero, gobernada por José Bonaparte y, luego, proclamarse en república. Encarcelado, murió en Valence poco después.

PIO VII
Papa italiano (1800-1823), y protegido de Pío VI, fue designado sucesor de éste. Consiguió negociar con Napoleón un Concordato (1801) que normalizaba las relaciones con la República francesa. Desplazado a París para coronar a Bonaparte, debió sufrir la humillación de la autocoronación del Emperador. Rechazó la propuesta de trasladar la Sede a Francia y, cuando se desvió de la política imperial, vio sus Estados anexionados al Imperio, llevándole a la excomunión de Napoleón *(Quum memoranda),* por lo que fue hecho prisionero. Salió de Fontainebleau para llegar a Roma tras la derrota imperial, gestionando el restablecimiento de los Estados de la Iglesia devueltos por virtud del Tratado de Viena.

PIO IX
Papa italiano (1846-1878), y sucesor de Gregorio XVI, contrasta respecto de éste al haber mantenido unos métodos de gobierno aparentemente más liberales, al aceptar las tendencias que se extendían por Italia. No obstante, manifestó su verdadero carácter a la hora de la verdad, ante el problema de la unidad italiana y consiguiente extinción de los Estados pontificios, a la que se opuso decididamente. Puso fin a la República romana (1848-1850) al disponer del apoyo de Napoleón III, lo que le permitió sustentar los Estados eclesiásticos hasta la caída del Emperador. Fue 1870 el año en que vio la incorporación de sus territorios al Estado italiano, surgiendo, así, una total ruptura entre Iglesia y Estado, sólo superada en el presente siglo con los Pactos Lateranenses. Su pontificado proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María y la infalibilidad papal, reforzando totalmente la centralización eclesiástica. De hecho, llevó a la Iglesia a una postura de rechazo de toda corriente innovadora y modernista, adoptando las posiciones más ultramontanas *(Quanta cura, Syllabus)* y una posición antisocial absoluta.

PIO XI
Papa italiano (1922-1939), recorrió toda la escala eclesiástica, desde el simple sacerdocio hasta el pontificado, pasando por el profesorado, prefectura, nunciatura, arzobispado y cardenalato. Su pontificado se caracterizó por un amplio movimiento de la Iglesia en todas las manifestaciones de la vida, producto en parte de su propia formación literaria y científica y su gran sentido crítico, que le llevó a manifestarse en múltiples encíclicas. Defendió



Retrato de Pío IX, por Soublet. Durante el pontificado de Pío IX se proclamó la infalibilidad papal y reforzó la centralización eclesiástica.

una renovación del pensamiento eclesiástico mediante el relanzamiento del neotomismo. Apoyado en las nuevas técnicas del momento, sobre todo de la radio, mantuvo múltiples contactos con amplios sectores. Políticamente, sin perder la Iglesia su posición moderada, quiso adoptar una posición más avanzada, preocupándose por la condición social del movimiento obrero, dentro de unos parámetros católicos. Condenó decididamente las posiciones políticas de derecha, fascista y comunista *(Non abbiamo bisogno,* 1931; *Mit Brennender Sorge,* 1937; *Divini Redemptoris,* 1937), al tiempo que generalizó los concordatos con múltiples países. Normalizó las relaciones de la Iglesia con el Estado italiano *(Pactos Lateranenses,* 1929). En el marco de la política interna, reforzó la Acción Católica, aceptó y fomentó la formación de cleros indígenas, al tiempo que creaba la Academia Pontificia de Ciencias.

REFORMA

Movimiento dirigido a superar los grandes defectos estructurales de la administración eclesiástica, surgido en el siglo XVI, que terminó con una importante y enorme escisión de la Iglesia, que sustrajo al clero de numerosos países de la subordinación y obediencia papales. Iniciado con las críticas que lanzó Martín Lutero a la venta de indulgencias con fines de obtener recursos económicos, terminó en una afirmación de libertad individual en la interpretación de la Biblia. Enriquecida por los mejores pensadores liberales del momento, ante la reacción algo inusitada del sector oficial dirigido por Eck, provocó un verdadero desplazamiento de la cuestión original, hasta llegar a planteamientos teológicos (Calvino). Unido el problema religioso al político, los intentos de distintos personajes, así religiosos como políticos (entre ellos, el propio Emperador), de llegar a un entendimiento, y la excomunión de Lutero (1520), no pensada ni querida por amplios sectores, llevó al cisma total. Los sectores «demócratas», defensores de la libertad frente al absolutismo real-imperial y al centralismo papal, se agruparon al lado del reformador, mientras que los integristas adoptaban la posición contraria. La incidencia de alteraciones sociales en los principados alemanes, fue un factor relevante en la situación final. Dado el talante conservador de Lutero, no es extraño que, incluso por su mismo germen de pretensión de libertad, el movimiento reformista se escindiese a su vez en diversas tendencias (la representada por Karlstadt o Münzer, de avanzada; la del propio Lutero, Zuinglio o Calvino, conservadora, cuando no dogmática). Las vicisitudes de la política imperial (inicial disparidad frente al papado, hasta la sumisión de éste) llevaron a una situación práctica de concesiones a los estados reformistas en materia religiosa, que posteriormente rechazó (originando la correspondiente *protesta* de los reformistas); pero el peligro turco aconsejó a la política imperial un nuevo acercamiento, que fue alentado por el reformista Melanchthon, aunque rechazado por los católicos, provocándose ya la ruptura total consagrada en la Liga de Esmalkalda, que unía a las corrientes reformistas y a los príncipes alemanes. A partir de esos momentos, la Reforma fue extendiéndose progresivamente (Suecia, Dinamarca, Noruega; la misma Inglaterra, después de la ruptura entre Enrique VIII y el Papa; Francia en algunas de sus zonas, y Polonia). Las disputas, agriadas, provocaron reacciones violentas por ambas partes, con recíprocas condenas, espirituales y físicas (Tomás Moro, Miguel Servet, Cranmer, etc., y miles y miles de gentes desconocidas). Ginebra, sede de Calvino, dotó a la Reforma luterana de un contenido teológico, convirtiéndose en sede intelectual del movimiento, siendo un factor fundamental que impidió, definitivamente, cualquier entendido posterior entre los luteranos más moderados y las posiciones católicas más abiertas. Al tiempo, consolidó las tendencias perseguidas militarmente por Carlos I en los Países Bajos. La reacción católica, después de diversos intentos, fraguó en el Concilio de Trento (1545-1548), que eludió el problema de una reforma de la propia Iglesia, dio carta de naturaleza, por lo que a Roma respecta, a la escisión.

SAVONAROLA, Girolamo

Reformista dominicano, de carácter exageradamente fogoso y rigidez de carácter y pensamiento, con cierto arraigo en las masas populares. Sus críticas contra la situación de su tiempo, difundidas durante sus estancias en Siena, Pisa, Florencia, etc., toleradas por los poderosos del momento (en especial los Médicis), le permitieron servir de agorero. Pasado a manifestarse en el campo político, pudo alcanzar una condición de semidictador de Florencia, en la que se excedió como censor de costumbres y criterios artísticos, e incluso en sus críticas contra la Iglesia. Convocado a Roma, se le prohibió la prédica, pero rechazó trasladarse a la Sede y siguió con sus discursos, logrando, así, la excomunión (1497). La reacción de Savonarola fue la publicación de una *Epístola a los cristianos,* con la pretensión de juzgar a la Iglesia mediante la convocatoria de un concilio. Rechazado por las masas, en parte debido a su comportamiento contradictorio, fue condenado a muerte, quemado vivo y arrojadas sus cenizas al Arno.

SIMONIA

Práctica frecuente de la Iglesia medieval y posterior, de vender beneficios y privilegios espirituales. Originada su denominación en la tradición conforme a la cual Simón el Mago solicitó a Pedro comprarle el poder de hacer milagros, se generalizó de manera tal durante los siglos XI-XV, que se convirtió en centro de la Lucha de las Investiduras (simonía temporal) y eje de los planteamientos de la Reforma luterana (simonía espiritual). Aunque algunos papas (Gregorio VII, Urbano II, etc.) intentaron dominar la práctica simoníaca (entre otras causas, por ser medio de pugna política entre el Imperio y el papado), solamente el Concilio de Trento fijó el marco normativo de su repudio.

«SYLLABUS»

Sumario que contiene, en opinión de la Iglesia, los errores de doctrinas que se condenan por la autoridad religiosa. El primer *Syllabus* se publicó en 1865, bajo el pontificado de Pío IX, abarcando en su condena a una serie de criterios no conformes con la muy moderada postura eclesiástica. El segundo se promulgó bajo el pontificado de Pío X, en 1907. En el primero, en 80 tesis, se refutaba el panteísmo, naturalismo, racionalismo, socialismo, comunismo, masonería y sociedades secretas y liberales, la inadmisión del origen divino de la Escritura y Evangelios, etc. En el segundo sumario se estructuraban un conjunto de tesis sobre variadas cuestiones de magisterio eclesiástico, dogma, fe, etc.

TREGUA DE DIOS

Prohibición establecida por la Iglesia, de origen carolingio, que impedía la lucha durante una serie de días, como medio de pacificar la agitada sociedad feudal medieval. Inicialmente, se extendía la prohibición de sábado al

lunes; posteriormente, de miércoles a lunes, así como en Adviento, Cuaresma, Navidad y Pascua. Promulgada como ley religiosa en 1041, los diversos concilios reforzaron su alcance mediante medidas de excomunión.

TRENTO, Concilio de

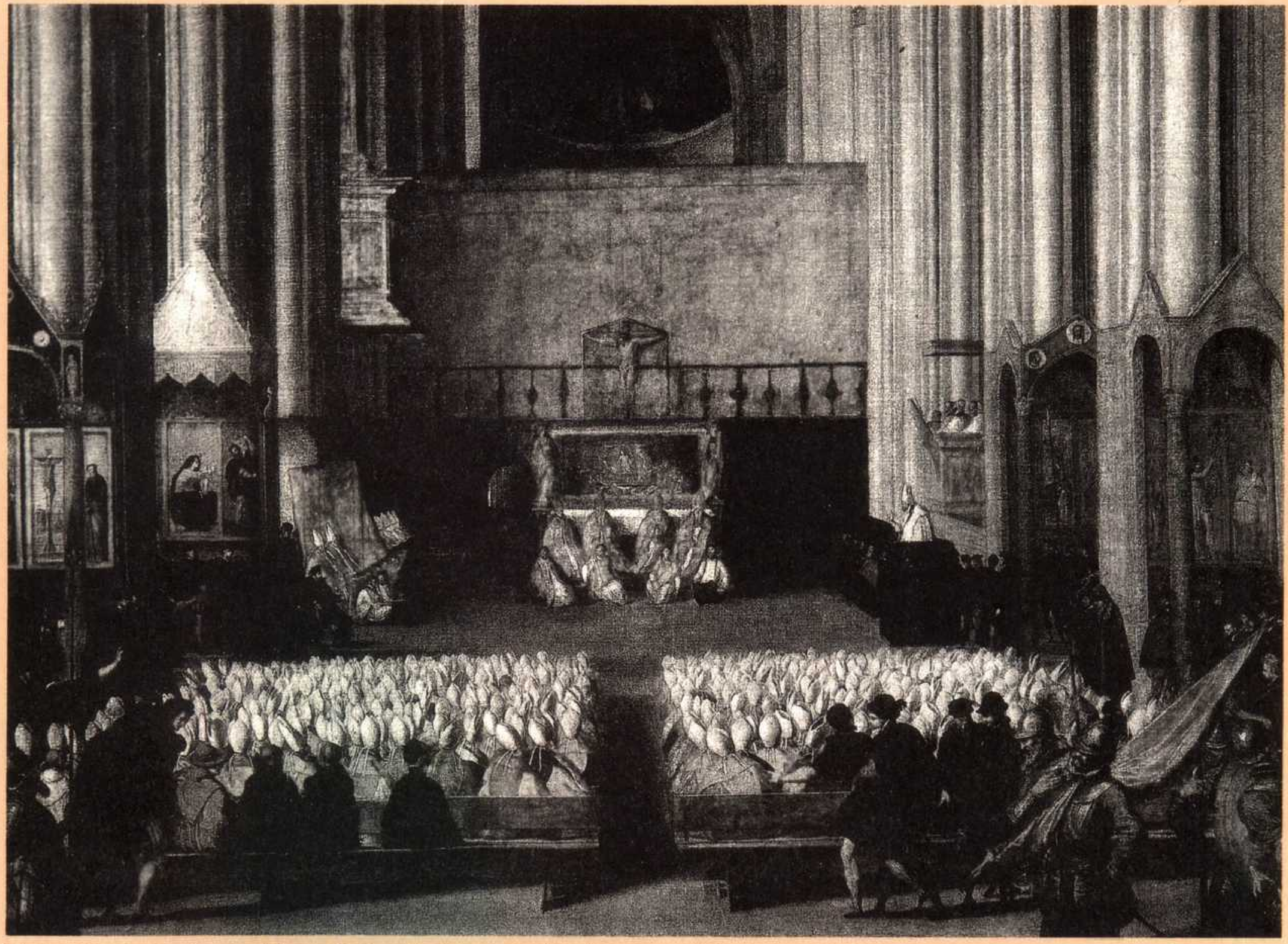
Reunión ecuménica de la Iglesia católica, celebrada en la ciudad que le dio nombre, de gran duración por sus interrupciones. Su origen se encuentra en la posición adoptada por Lutero, y el deseo imperial, postergado regularmente por el papa ante el temor de un nuevo conciliarismo, de lograr una avenencia a las diferencias sobre el gobierno de la Iglesia. Paulo II, Julio III y Pío IV, bajo cuyos pontificados se celebró el Concilio, pusieron en él toda su energía, al efecto de enfrentar las cuestiones surgidas por la Reforma. Anatematizadas en el mismo las tesis de Lutero, se precisó exactamente el régimen de los sacramentos y su número, la oficialidad de la *Vulgata,* la celebración de la misa en latín, la autoridad papal, régimen de vida de los clérigos, prelados, obispos, etc., matrimonio y su indisolubilidad y la exclusión del poder temporal en cuanto a las cuestiones religiosas.

VATICANO

Palacio y residencia papal situada en la colina romana del mismo nombre, que, con sus dependencias, constituye el Estado o Ciudad del Vaticano, expresión actual y mínima del poder temporal mantenido otrora por la Iglesia. Sus fronteras fueron fijadas en 1929 por virtud de los Pactos Lateranenses, con los que las relaciones entre la Iglesia y el Estado italiano volvieron a establecerse en términos cordiales. Su extensión es de unas 44 hectáreas y se extiende desde la Piaza S. Pietro a lo largo de la Via di Porta Angelica, Vía Leone IV, Viale Vaticano y Largo di Porta Cavalleggeri. En este territorio se hallan la Basílica de San Pedro, los palacios pontificios y museos vaticanos, así como los magníficos jardines. Pero fuera de este cinturón, y como parte del Estado Vaticano, se encuentran el Palacio de Letrán y las basílicas de San Juan y Santa María la Mayor, San Pablo y Castelgandolfo, así como la Universidad gregoriana, el Instituto bíblico y el de Arqueología cristiana, e incluso otros edificios, situados en territorio italiano.

ZUINGLIO

Pensador y predicador suizo, que, dentro de las corrientes reformistas, defendía la supresión del celibato eclesiástico, así como fundamentales modificaciones en el significado de la misa. Manifestando una tendencia dogmática como Calvino, intentó llevar a la práctica sus ideas imponiéndolas forzosamente en los cantones católicos de Suiza, con pretensiones incluso de someter *manu militari* a los Estados católicos (Italia, España, reinos alemanes, etc.). Murió en la batalla de Koppel, donde ya había sido derrotado. Sus seguidores, carentes de un dirigente, se escindieron en dos ramas, que se unieron respectivamente a Calvino y Lutero.



El Concilio de Trento, por Tiziano. El Concilio tuvo gran duración, se celebró desde 1545 hasta 1563. (París, Museo del Louvre).

INDICE VOLUMEN X

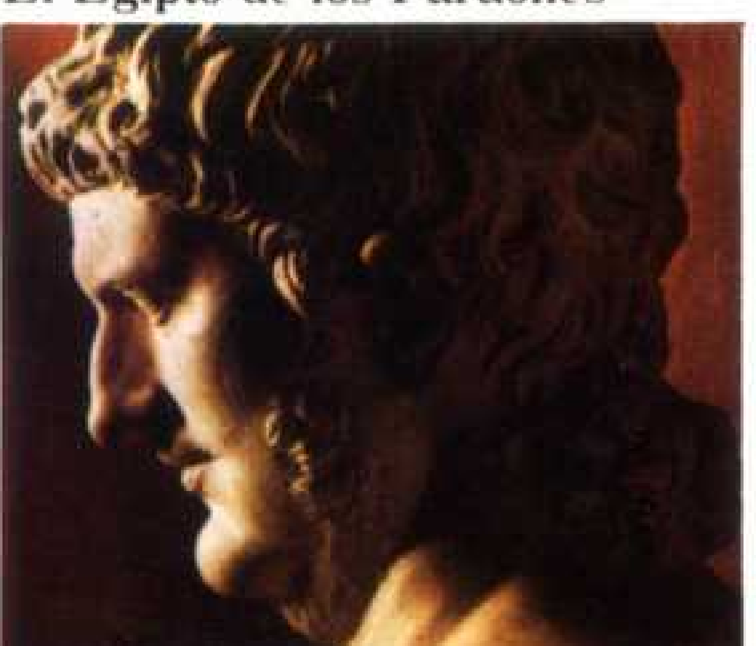
LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES


VOLUMEN 1.
El Egipto de los Faraones


VOLUMEN 2.
Atenas y Esparta


VOLUMEN 3.
La antigua Persia


VOLUMEN 4.
Alejandro Magno


VOLUMEN 5.
El poder de Roma


VOLUMEN 6.
Bizancio la magnífica


VOLUMEN 7.
Carlomagno y el Sacro Imperio


VOLUMEN 8.
El esplendor de Turquía


VOLUMEN 9.
La China de las dinastías


VOLUMEN 10.
El poder de los Papas


VOLUMEN 11.
La Isla del Sol Naciente


VOLUMEN 12.
La América precolombina


VOLUMEN 13.
El mundo de Gengis Khan


VOLUMEN 14.
La India de los reyes mongoles


VOLUMEN 15.
Los Habsburgo en Europa


VOLUMEN 16.
La España donde no se ponía el sol



VOLUMEN 17.
El Portugal de los navegantes

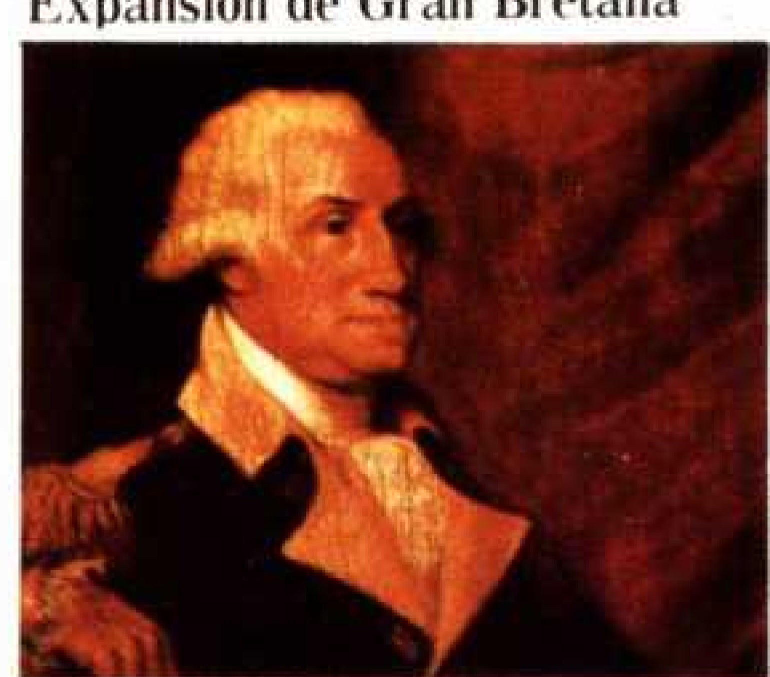

VOLUMEN 18.
La Francia de los reyes absolutos


VOLUMEN 19.
Expansión de Gran Bretaña


VOLUMEN 20.
La Rusia de los zares


VOLUMEN 21.
Napoleón y el rapto de Europa


VOLUMEN 22.
Federico el Grande y Prusia


VOLUMEN 23.
USA hacia el poder mundial


VOLUMEN 24.
El nacimiento de la Unión Soviética



TYPVS ORBI
AMERICA SIVE IN DIA NOVA. Ao 1492. a Christophoro Colombo nomine regis Castellæ primum detecta.
CIRCVLVS ARCTICVS.
ANIAN regnum.
QVIVIRA regnu
Tolm
Chilaga
Noua Fran cia.
Estotilant.
Florida.
Calicuas
Tagil.
Marata
TROPICVS CANCRI
MAR DEL NORT
Hispania noua.
CIRCVLVS AEQVINOCTIALIS
Archipelago di
Caribana.
Tisnada
Peru.
Amazones.
Brasil
MAR DEL ZVR
Noua Guinea nuper inuenta
TROPICVS CAPRICORNI.
EL MAR PACIFICO
Hanc continentem Australem, nonnulli Magellanicam regionem ab eius inuentore nuncupant.
Chile.
Chica
R. de la Plata
Terra del Fuego.
CIRCVLVS ANTARCTICVS.
190 200 210 220 230 240 250 260 270 280 290 300 310 320 330 340 350
TERRA AVSTRA
QVID EI POTEST VIDERI MAGNVM IN
OMNIS, TOTIVSQVE MVNDI NO


S TERRARVM
NTRIO.
Tartaria
EVROPA
ASIA
Mongol
Carthaio
China
Turcheltan
Natolia
Persia
Arabia
Guzarate
India orientalis
Aegyptus
AFRICA
Agisymba
Nubia
Abissini
Manicongo
Melinde
OCEANVS AETHIOPICVS
MAR DI INDI
Lantchidol mare
Vastissimas hic esse regiones ex M. Pauli Ven: et Lud: Vartomanni scriptis peregrinationibus constat.
Psitacorum regio, sic a Lusitanis appellata ob incredibilem earum auium ibidem magnitudinem.
LIS NONDVM COGNITA.
IDIES.
REBVS HVMANIS, CVI AETERNITAS
TA SIT MAGNITVDO. CICERO:



sarpe

EL PODER DE LOS PAPAS

LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES

10